

ANTOLOGÍA DE FORMACIÓN DE SELECTOS

Ángel Ayala, S. I.

ANTOLOGÍA DE FORMACIÓN DE SELECTOS

Selección y edición a cargo de Pablo Gutiérrez Carreras



HAZTEOIR.ORG
la web del ciudadano activo

Primera edición: mayo de 2008

Segunda edición: julio de 2008

© De la presente selección y edición Pablo Gutiérrez Carreras y HazteOir.org
HazteOir.org
Calle Comandante Zorita, 2
28020 Madrid
hazteoir@hazteoir.org
www.hazteoir.org

Publicado con permiso de los propietarios del copyright

ISBN: 978-84-612-3818-7

Depósito legal: M-37.543-2008

Fotocomposición: Paco Arellano

Impresión: Cofás

Encuadernación: Tomás de Diego

Impreso en España — *Printed in Spain*

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier tipo de soporte o medio, actual o futuro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN. ¿POR QUÉ ESTA EDICIÓN?	11
PRÓLOGO	15
II SELECTOS (II)	17
III SELECTOS (III)	27
IV LA ASOCIACIÓN NACIONAL DE PROPAGANDISTAS	33
V CUALIDADES DE LOS SELECTOS: TALENTO Y JUICIO	37
VI CUALIDADES DE LOS SELECTOS: TENACIDAD Y CARÁCTER	57
VII FORMACIÓN DE SELECTOS	71
VIII FORMACIÓN ESPIRITUAL	81
IX FORMACIÓN ESPECULATIVA	87
X FORMACIÓN PRÁCTICA	89
XI EL OPTIMISMO EN EL APOSTOLADO	99
XII PESIMISMO	101
XIII AUDACIA	111
XIV PRUDENCIA	117
XV UNIÓN	127
XVI PLAN	131
XVII ACCIÓN	137
XVIII PASIVIDAD	147

Presentación

Tuve el placer de disfrutar de *Formación de Selectos* en el verano de 2006. Me deleité con cada una de sus páginas. Subrayé y traté de memorizar muchos de los consejos e indicaciones que el padre Ángel Ayala, S. I. presenta con extraordinario ingenio. Todavía hoy, cuando repaso algunas de sus páginas, no puedo reprimir una carcajada. Porque una de las virtudes más destacadas del padre Ayala es sin duda su desarrolladísimo sentido del humor.

El padre Ayala es el gran apóstol de la acción. Acción que, por supuesto, es sobreabundancia de la oración. El sacerdote jesuita rompe, con su experiencia personal —reflejada en este libro— los falsos tópicos que enfrentan oración y acción. A más oración, más amor; y a más amor, más acción.

Por supuesto, he encontrado multitud de paralelismos entre algunos de los pasajes de este libro y mi experiencia personal en el campo del activismo y de la vida pública. No creo exagerar si reconozco que una parte considerable del crecimiento que HazteOir.org ha experimentado desde su creación en 2001 se la debemos al padre Ayala y a su *Formación de Selectos*.

A pesar de haberse escrito en los años 30, *Formación de Selectos* brilla por su actualidad. La mayoría de sus reflexiones permanecen perfectamente vigentes. Por eso nos hemos decidido a patrocinar este resumen, que pretende llegar a un público más extenso que las ediciones completas.

Hace ya un año comenté con Pablo Gutiérrez, gran conocedor y discípulo del padre Ayala, mi deseo de reeditar y difundir *Formación de Selectos*. Fue Pablo quien pensó en hacer una selección de los textos más actuales y relevantes de la obra del fundador de los

Propagandistas para hacerla asequible a un mayor número de gente. Y se puso manos a la obra, sin mayor demora, como corresponde a un hijo espiritual de Ayala. Gracias a Pablo hoy puedes disfrutar de este completo «manual del activista».

Con esta selección, HazteOir.org quiere contribuir a revitalizar la participación de los católicos —y de los hombres de buena voluntad— en la sociedad. En efecto, querido lector. Si el padre Ayala toca tu corazón, te inspira, te llena de deseos de participar en la vida pública, si te hace reflexionar sobre cuestiones prácticas relacionadas con la participación en acción política, si contribuye a fortalecer en tu alma la esperanza y la magnanimidad, habremos conseguido nuestro objetivo.

IGNACIO ARSUAGA
Presidente de HazteOir.org

Introducción

¿Por qué esta edición?

El carácter breve de la presente selección de textos de *Formación de Selectos* de Ángel Ayala, S.I. me obliga a ser muy escueto. Nos encontramos ante un libro que, si bien es conocido en el ámbito de la Asociación Católica de Propagandistas —fundada por él mismo— merece un lugar más destacado entre los católicos que desenvuelven su apostolado en el ámbito inmenso de la vida pública, territorio en el que —no temamos confesarlo— no siempre hemos estado a la altura. Por ello, para lograr que esta obra tenga más amplio eco y pueda llegar a un mayor número de sujetos activos de la nueva evangelización, se hace indispensable una selección de textos que lo conviertan, de hecho, en un libro «de bolsillo».

No es pretencioso afirmar que nos hallamos ante una obra insuficientemente valorada y que merece ser más divulgada; ahora bien, reconocer lo anterior no supone caer en la ingenua tentación de afirmar gratuitamente la primacía de un maestro espiritual sobre otros; se trata más bien de reconocer que en sus escritos se contienen elementos permanentes y, me atrevería a decir, universalmente válidos para hacer fértil la acción en el campo del apostolado. En otros ámbitos formativos sucede algo similar: si a una escuela de negocios acuden, a formarse en las herramientas de la dirección y de la gestión de empresas, profesionales de las más variadas ramas y actividades económicas, de un modo análogo, *Formación de Selectos* es obra de la que sacarán enorme provecho los católicos que, de una manera u otra, se sienten interpelados por las palabras de Juan Pablo II «a nadie le es lícito permanecer ocioso» (Christifideles Laici, 3), con independencia de su adscripción a una u otra realidad eclesial.

Cercano ya el primer centenario de la fundación de la Asociación Católica de Propagandistas (1909-2009) la salida de esta selección es sumamente pertinente. Y los interesados en la lectura del texto íntegro pueden acudir a la reciente edición de la obra completa del Padre Ayala, en cuyo volumen I se incluye *Formación de Selectos* (BAC Normal 602), editado por José Luis Gutiérrez y publicado con la colaboración de la ACdP.

La búsqueda de la brevedad ha obligado a descartar los últimos doce capítulos, y en los restantes, se ha tratado de mantener, en lo posible, la integridad del capítulo o, al menos de los epígrafes. Sin embargo, en varias ocasiones ha sido indispensable entresacar párrafos de un mismo epígrafe, tratando eso sí, de que la lectura no se vea por ello «cortocircuitada». Las mismas necesidades de brevedad y la búsqueda de la comodidad del lector ha motivado la ausencia del signo (...) cuando se omiten epígrafes o párrafos, manteniendo inalteradas, eso sí, las enumeraciones, cuyas ausencias sirven de guía para acceder con facilidad a los fragmentos no incluidos en esta edición.

Ángel Ayala, sacerdote jesuita, imprimió huella significativa en la vida de la Iglesia durante la primera mitad del siglo XX. De modo notable, a él se debe la fundación de la ACdP, asociación que, a su vez, escribió capítulos gloriosos de la historia de la Iglesia de España, y cuyas obras siguen dando fruto hoy. *Formación de Selectos* fue escrito durante la II República, tiempos duros que depuraron —al decir de uno de sus protagonistas— a los cobardes. Su primera edición data de 1941 y la última que conoció su autor —la cuarta— fue en 1955. Si bien el lector encontrará —a pesar de que han sido descartados los capítulos referidos a obras que hoy nos quedan lejanas en el tiempo— referencias claras a la época en que fue escrito el libro, comprobará con asombro que la mayoría de las afirmaciones, de los juicios, criterios y pautas de acción señalados por el padre Ayala conservan hoy toda su actualidad, todo su vigor.

Por otra parte, y me aventuro a formular un deseo que estaría casi seguro en la mente del padre Ayala, el objetivo de esta selección no es dirigir a los lectores a la lectura del texto completo. Si

así sucede, bienvenido sea. Pero el objetivo de esta edición es sentirnos urgidos por el fuego del apostolado, y reflexionar, a la luz de la dilatada experiencia del padre Ayala, sobre nuestro papel como católicos comprometidos en la vida pública (en el más amplio sentido de la palabra), escenario en el que los poderes del mundo han planteado a la religión cristiana una formidable batalla para expulsarla, primero de cualquier espacio público, para después —ahí tenemos Educación para la Ciudadanía— erradicarla de las conciencias.

El padre Ayala combina un admirable equilibrio entre la primacía del espíritu sobrenatural y la urgente exigencia evangélica de emplear los talentos recibidos, los mejores medios humanos en la búsqueda de los fines sobrenaturales propios de la Iglesia, a la que los fieles laicos estamos llamados a colaborar. Nos urge a adoptar una mentalidad de lucha, de sacrificio, con ánimo de victoria, fiados de la Divina Providencia, pero dispuestos a no rehuir el combate, aunque suponga riesgo físico.

Es un libro para aquellos católicos dedicados a la acción católica, poca o mucha, la que cada uno puede, como se afirma en el capítulo XIII. Por ello, cuanto más intensamente haya actuado en este campo el lector más provecho sacará; verá reflejados en sus párrafos los motivos de muchos fracasos, las causas de otros aciertos, lo grotesco y ridículo de muchas actitudes —el humor del padre Ayala es notorio—, pero si tiene en su corazón ánimo de apóstol, encontrará en cada línea fuerzas y motivos para la lucha.

Ésa y no otra es la finalidad de esta selección, puesto que ésa y no otra fue la intención del padre Ayala.

PABLO GUTIÉRREZ CARRERAS

Prólogo

Joven lector: si no te sientes con inclinación al apostolado católico, no leas ni una sola línea de estas páginas, que nada han de decir a tu espíritu. Si, por el contrario, quieres ser un defensor activo de la causa de la Iglesia, acaso encontrarás en ellas alguna idea aprovechable, fruto de la experiencia.

No contienen una tesis desarrollada lógicamente: son más bien una serie de ideas, agrupadas en torno a ciertos principios fundamentales. Ni esperes citas de autores alemanes, ingleses y franceses. No incurriremos en la práctica de aquellos que, para corroborar el aserto de que dos y dos son cuatro, acuden nada menos que al testimonio de Pitágoras.

El título más apropiado para estas páginas nos ha parecido el de *Formación de selectos*; porque, en efecto, se dirigen a ellos señaladamente. Y eso de dos maneras: porque se exponen pensamientos relativos al modo de formar a los sujetos sobresalientes, y porque a estos mismos se les señalan normas para su actividad en la acción católica; la cual no entendemos generalmente en su sentido estricto, sino como sinónimo de apostolado.

España necesita, más que sabios, apóstoles; más que doctrina, organizaciones; más que discurso, directores de masas. Nuestro mal ha sido la falta de hombres formados; por lo cual, si lográramos con estas páginas contribuir a orientarlos, nos daríamos por muy contentos y pagados de nuestro trabajo.

España es un gran pueblo, pero sus directores generalmente mediocres. Un pueblo generoso, justo, católico hasta la médula, valiente hasta la temeridad, sobrio, dócil, alegre, hidalgo y caballe-

resco; pero sin formación de ninguna clase, ni en el orden religioso, ni en el político, ni en el social, ni en el internacional. Un pueblo sin ideales, desconocedor de su historia y de sus destinos; individualista, refractario a la organización que debe sus glorias a su rica naturaleza y sus desdichas a la mala política. Pueblo, aún, el más espiritual de la tierra, capaz de ser luz del mundo y capaz también de ser el más feroz del orbe, si se apartara de la Iglesia por una dirección torcida.

Y hechas estas aclaraciones, pasaremos a la exposición de quienes son los selectos y de los principios que han de orientarlos.

Capítulo II

Selectos (II)

El gobernante. El orador. El organizador

I. EL GOBERNANTE

Las obras y los pueblos son lo que sus gobernantes: si éstos son aptos, aquéllos prosperarán; si éstos son ineptos, se hundirán.

Por consiguiente, a la sociedad interesa formar hombres que gobiernen el Estado, las provincias, las obras e instituciones políticas y sociales; les interesa tanto más cuanto más trascendentales. Permitidme unos sencillos consejos sobre bueno y mal gobierno.

1. Buen gobierno

a) Conocimiento de los hombres

Supongamos una banda de profesores acreditados. El director toma la flauta, y se la entrega al que toca el clarinete, el clarinete al que toca el bombardino, el bombardino al que toca el saxofón. ¡Qué desconcierto tan infernal! Es que nadie ocupa su sitio.

Quien dirige a otros ha de conocerlos, para que desempeñen el papel que les corresponde, según sus cualidades. ¿No atina porque no las conoce? Pues la asociación, entidad o lo que sea, resultará un desconcierto maravilloso, por culpa exclusiva del director.

d) No hay satisfacción con carga excesiva

Aunque un superior fuera el ideal de la autoridad, el gobierno sería insoportable si el trabajo no puede llevarse humanamente. El trabajo inhumano agobia el cuerpo y el alma y hace insufrible la ocupación más gustosa. De modo que si la carga no depende del que manda, él no se hará odioso, pero la vida sí.

e) No hay satisfacción donde existe ineptitud

Entre los absurdos que se achacan a la Compañía de Jesús, uno de ellos es el de contrariar las inclinaciones naturales. Es al revés: a cada cual se procura darle la ocupación más conforme a sus cualidades; con lo que el trabajo es más gustoso, rinde más y pueden llegar a formarse hombres de valer.

Cuanto contribuya a hacer la ocupación más llevadera ha de favorecerse por la misma razón; dentro, como es evidente, del cumplimiento del deber.

f) No hay buen gobierno sin estabilidad

Sin estabilidad no puede haber plan; sin plan no puede haber labor eficaz; sin labor eficaz, el gobierno es inútil o perjudicial.

Sólo por eso, aunque no hubiera otras razones que los hacen funestos, los gobiernos del sistema representativo son infecundos. Sin estabilidad no se forman gobernantes ni gobernados.

g) El prestigio del que manda se funda en sus prendas personales

Es decir, en su prudencia y discreción, su justicia y su bondad. No en que hable poco y grave y trate rara vez a los súbditos y se rodee la autoridad de trámites protocolarios. Un rey o un presiden-

te de República, con el máximo de atributos externos de autoridad, puede ser el hazmerreír de todo el mundo.

b) Suavidad y firmeza

Suavidad en las formas; firmeza en exigir el deber. Suavidad no sólo en las palabras, sino en el modo de exigir la obligación.

El arte del gobernante consiste en lograr que se cumpla el deber con espontaneidad.

i) La virtud de hacerse cargo

El superior ha de imitar a Dios en el modo de estimar las faltas.

A los ojos divinos las faltas de fragilidad humana son dignas de compasión, porque son más pecados de naturaleza que de voluntad y de malicia.

Aun las mismas faltas veniales, raras y aisladas, son un tributo a la naturaleza caída. Lo que Dios detesta es el pecado venial consciente y habitual; es lo peligroso y no tolerable a los ojos divinos, y lo que no deja sin castigo, frecuentemente, la caída en cosas mayores.

De la misma manera, el superior debe sentir compasión por los defectos y negligencias semivoluntarias de los súbditos y aun por las faltas aisladas y ligeras, aunque conscientes.

La autoridad ha de ser tolerable con esas faltas y saber disimularlas; pero entiéndase que si eso es humano, no lo es menos que los súbditos se compadezcan del superior y le perdonen las mismas fragilidades.

j) Hay que tomar a los hombres como son

¡Qué satisfacción tan honda sentiríamos todos si pudiéramos hacer que cuantos nos rodean tuvieran las cualidades que quisiéramos nosotros! Pero los hombres son como son; no como quisiéramos que fuesen. Tienen cualidades buenas y malas, no buenas solamente.

Podremos hallar sujetos que carezcan de esas malas cualidades y otros que las tengan mejores. Lo que no podremos hallar es hombres sin tacha: eso no.

El caso es ver si está en nuestra mano encontrar quien reúna un conjunto más apreciable de buenas y malas prendas. ¿No lo encontramos? ¡Ah!, pues entonces prácticamente el sujeto que tenemos es ideal; porque no es el mejor posible, pero sí el mejor en realidad.

Y, por tanto, haremos más con él que con nadie.

k) Cualidades nativas y ejercicio de gobierno

Las cualidades nativas son: prudencia, energía, vigilancia, espíritu de justicia, previsión. Pero estas cualidades no se intuyen.

No basta mirar a la cara a un sujeto para sacar de ella que ha de ser un buen carpintero. Que sea aprendiz, que pase a oficial, que suba a maestro, y cuando hayamos visto sus obras, diremos si sirve o no. Por no seguirse este criterio ocurre tantas veces el fracaso de los que gobiernan, porque se creyó tenían cualidades que no tenían en realidad, o porque, teniéndolas, no las perfeccionaron con el ejercicio, adquiriendo la experiencia necesaria para cargos de mayor responsabilidad.

En cuanto entramos en el orden moral de las cosas se pierde el juicio que en el orden económico se conserva de ordinario con lucidez. ¿Quién pone al frente efectivo de un Banco a un sujeto no acreditado anteriormente en cargos subalternos, cada vez de importancia mayor? Nadie. Pues eso que no hace nadie, tratándose de intereses económicos, lo hacemos a cada paso tratándose de intereses de apostolado.

2. Mal gobierno

b) Conservar el puesto a toda costa

Si los de abajo amenazan con líos desagradables, el arte de gobernar mal consiste en la habilidad necesaria para no quedar en

ellos envuelto, sea lo que fuere de la justicia. Un gobernador tiene planteada una huelga injusta e ilegal. Método novísimo de gobierno: se da toda la razón a los obreros. No es odio contra los ricos, ni desprecio de la ley, ni amor al proletariado: es sencillamente el arte de conservar un gobierno civil.

c) Disciplina férrea

El exceso de disciplina, es decir, de rigor demasiado en exigir el cumplimiento de lo mandado, y más aún exigir lo que no es humano, mata el espíritu, porque hace insoportable el yugo de la ley.

Una sociedad que observa sus estatutos aborreciendo al que los impone, plantea este dilema: o es una agrupación de díscolos o tiene un director inepto. En la mayoría de los casos, el que gobierna es el que contrae la responsabilidad del descontento general por falta de dotes.

d) La sanción frecuente

Un régimen en que a cada falta correspondiese una pena sería un infierno. Al gobernante que procediese así le convendría que a cada negligencia o falta suya recibiera una sanción. ¡Qué pronto cambiaría de método!

La disimulación de las faltas es, a veces, en el que manda, una virtud amable: la de hacerse cargo de la fragilidad humana.

El que dirige debe parecerse más a un padre que a un juez en la imposición de la pena; el juez la impone siempre cuando se comete la falta; el padre, sólo cuando conviene para educar.

e) La sanción fulminante

Expone a la injusticia, y además hace la corrección dificultosa, por lo mismo que se la ve originada por la pasión, aunque la pena sea justa.

Que pase la ofuscación en el de abajo y se ponga la sanción con serenidad; así el súbdito puede quedar agradecido y enmendado.

f) Disciplina laxa

Es decir, se manda con extraordinaria suavidad para contentar a los súbditos, y éstos acaban con no contentarse con las concesiones más extraordinarias. No quedan ni disciplina ni satisfacción.

g) Meterse en todo

Invadir las atribuciones de los súbditos es declararles inútiles y ponerlos en la tentación de ser remisos en un trabajo que no se estima.

Hay padres de familia que, olvidándose de que son reyes de su hogar, acuden a la cocina a ver la calidad y número de los garbanzos que bullen en el puchero. No son reyes, sino chinchas del hogar.

h) No meterse en nada

Que el súbdito esté satisfecho a fuerza de dejarle hacer lo que se le antoje, no es gobernar ni cosa que lo valga; además de que si no hay dirección, no hay acción, y sin acción no hay nada.

i) Resoluciones precipitadas

Innovarlo todo al comenzar un gobierno es de ligeros e imprudentes. Lo primero es estudiar la razón de las normas establecidas. No hacerlo así, aun siendo defectuosas, es dar impresión de suficientes. Fuera de los casos en que se necesita una disposición inmediata, en lo demás el tiempo y la reflexión ayudan extraordinariamente a juzgar con acierto.

j) Diferir la solución

El tiempo, sí, cuando es para aprovechar la coyuntura prudente; pero indefinido para no dar la solución, de ninguna manera. Como si el tiempo solo tuviese la virtud de arreglar los asuntos. Es el caso de un herido que se desangra. Modo de curarlo: dar largas al vendaje.

k) No oír

Ni oír sólo a los primeros. Es muy humano y muy corriente que cada uno de los que se quejan no diga sino aquello en que tiene razón, callándose aquello en que no la tiene. Por eso, si se toma una resolución oído sólo el primer contendiente, es muy fácil que se sentencie mal.

l) El gobernante ha de saber oír

Saber oír es de elemental prudencia.

Primero, para informarse. Sin informarse nadie puede gobernar. Sin conocer las necesidades, los gustos, las quejas, los ideales, las faltas de los súbditos, un gobernante será un ciego. Y un gobernante ciego es la mayor calamidad de un pueblo.

Para saber oír, hay que saber elegir los consejeros.

Elegir los sabios, no los ignorantes; los preparados, no los amigos; los que hablen, no los que callen; los independientes, no los tímidos o cobardes; los experimentados, no los imberbes.

Saber elegir los consejeros es un gran don y un gran bien para la sociedad. Y no sólo para ellos, sino para el mismo que pide el consejo.

Quien pide consejo a un inepto, se desacredita y más tarde o más temprano se hunde.

Pedir consejo a un inepto que se calle, o lo dé desacertado, podrá servir para no tener contradictor, sacar adelante su idea y tirar viviendo. Pero eso durará muy poco, se vivirá un día, pero con desprestigio que acarreará la muerte.

m) Oír chismes

¡Ay del que no conoce a los chismosos y los escucha!

El que gobierna ha de tener la confianza de arriba y no ser avisado a cada paso por chismes de díscolos y neurasténicos. Lo que procede es, o quitarle el gobierno, si lo hace mal, o, si se juzga que es apto, defender su autoridad.

n) Oír a todos igualmente

La autoridad necesita suma discreción para ponderar las informaciones: de lo contrario, o se armará una confusión lamentable con los juicios contradictorios, o, lo que sería peor, estimará en más el juicio de un desequilibrado que el de un hombre grave.

Una autoridad que se halla en la cúspide del gobierno correrá el peligro de aceptar los juicios de los de abajo, atribuyéndoles el mismo valor aunque lo tengan muy diverso.

¡Y tanto! Como que para un juicio imparcial hay diez falsos o apasionados. Los hombres dignos de ser oídos son muy raros. Inteligentes hay muchos; hombres de juicio, muy pocos.

Y como los inteligentes dan también su parecer, embrollan el asunto. Con talento, que es muchísimo peor.

o) Inconstancia en los acuerdos

La versatilidad es indicio de falta de visión o de debilidad de carácter. Es que el superior no ordena por el conocimiento objetivo, sino por impresiones de quienes le cercan con intereses encontrados. La autoridad es entonces como la veleta que toma la dirección del último viento que sopla.

II. EL ORADOR

Hablar públicamente es hoy una necesidad universal, porque la lucha contra la Iglesia no se desenvuelve sólo en el parlamento ni en los mítines, sino en la cátedra y en las organizaciones culturales, políticas y económicas o de cualquier orden que sean.

Un médico católico que no sepa hablar puede tener la seguridad de que hará muy poco en un congreso de medicina.

Formemos, pues, oradores. Y, en primer lugar, apliquemos aquí el principio de la selección. Elijamos, ante todo, jóvenes de talento, de palabra fácil, de temperamento sensible, imaginación brillante y no demasiada aversión a presentarse en público.

Si entre esos candidatos estáis vosotros, componed, declamad, improvisad. Leed un autor clásico, aprendiendo trozos selectos que os acostumbren el oído a la estructura de la oratoria. Hecho lo cual y corregido el discurso, breve y vibrante, aprendedlo de memoria, muy bien, y al pie de la letra. Y luego a declamarlo, ensayando el ademán, la entonación y las pausas.

Decía Cicerón que en el discurso lo primero era la declamación; lo segundo, la declamación, y lo tercero, la declamación. ¡Cuántos oradores no agradan porque no saben decir ni accionar con elegancia!

Finalmente, si queréis progresar, improvisad con frecuencia, estudiando antes el asunto.

Improvisar sin ideas es un dislate.

III. EL ORGANIZADOR

Hoy la lucha está entablada, no entre individuos, sino entre organizaciones; no entre organizaciones aisladas, sino entre grupos de organizaciones. En todo se tiende a lo internacional.

Es cosa triste que sea preciso entre nosotros exponer la necesidad y poder de la organización. Aunque más que ideas claras, lo que se necesita es espíritu de sacrificio. No tenemos paciencia para esperar el fruto, después de una actuación prolongada, tal vez de muchos años.

La organización es fuerza, porque es previsión, unión, disciplina, perseverancia, actividad, claridad del fin y de los medios conducentes a él. La falta de organización, falta de todo eso.

Cualidades del organizador

- 1.^a Visión de la fuerza y necesidad de la labor organizadora. Visión, no especulativa solamente, sino que haga sentir hondamente ambas cosas: la fuerza y la necesidad.
- 2.^a Percepción clara de un fin y de sus medios y voluntad enérgica para superar las dificultades en orden a conseguirlo.
- 3.^a Actividad intensa, porque aun con ella, toda labor de esta clase es lentísima. Una organización crece insensiblemente.
- 4.^a Gran asiduidad y vigilancia para inspeccionar el trabajo de los subalternos, cuyas cualidades de ejecución y cooperación a los planes del organizador han de ser conocidas de antemano.
- 5.^a Sinceridad en la apreciación justa y desinteresada de los resultados prácticos. ¿No se tienen? Pues que el organizador reconozca el fracaso y busque otros caminos para llegar al fin.
- 6.^a Paciencia, perseverancia, tenacidad. Somos al revés que los alemanes. Si nosotros les imitásemos en esto, tendríamos obras maravillosas como ningún pueblo.
- 7.^a Los organizadores se encuentran rara vez. Y si los queremos, hemos de pagarlos. Un Banco, una empresa industrial o comercial cualquiera no se acomete sin antes hallar un organizador, remunerándolo como al que es su creador y su alma vivificadora.
- 8.^a Hay organizadores mecánicos, incapaces de concebir una obra nueva; máquinas de hacer ficheros; pero organizadores de algo fecundo y original, muy escasos.

Un organizador es un hombre temible. Porque es un creador de fuerza constructora o destructora del bien o del mal. La pólvora, diseminada en granos dispersos, no sirve para nada; encerrada en una cápsula con bala de cañón es de una eficacia incalculable.

Capítulo III

Selectos (III)

El periodista

EL PERIODISTA

Es palmario que un periódico católico es un instrumento de apostolado. Pero es claro también que no llegará a ser un gran periódico católico, de vida duradera, si se planea mal industrialmente.

Descartado este problema, del cual hablaremos al tratar del periódico, queda el de la formación.

En España tuvimos una excelente Escuela de Periodismo. El examen de los candidatos, el plan de estudios teóricos, las prácticas de periodismo, todo estaba orientado en sentido católico y realista.

La Escuela de Periodismo se hallaba en esta disyuntiva: o tomaba alumnos jóvenes para formarlos moral y religiosamente, como es debido, y entonces la formación de los directores era muy lenta, porque, además de los cursos de la Escuela, habían de seguirse las prácticas en otros cargos subalternos varios años para alcanzar una madurez de años indispensables, o se recibían alumnos de más edad, prácticos ya en el periodismo, y entonces faltaba fácilmente el espíritu, la vida sobrenatural, la vocación para este apostolado, que era lo esencial.

Hábiles periodistas, de pluma fácil y de talento, todos los conocemos; pero generalmente inútiles para el fin que se pretende aquí.

Queda por determinar el método para que a la magnitud del sacrificio que exige una escuela de esta índole, responda un fruto

razonable. Y para ello es absolutamente preciso averiguar si el alumno siente el apostolado del periodismo, natural y sobrenaturalmente; si tiene temperamento de periodista y es un enamorado de Jesucristo y de su Iglesia. Cualquiera de las dos cualidades que le falte hará de él un hombre inepto para esta profesión.

El director de un gran diario católico necesita muchas cualidades, entre otras las siguientes:

1. Una sólida cultura literaria y filosófica

Desde luego, es interesante la formación clásica literaria. Con ella sería imposible que aparecieran en un gran diario artículos de autores desequilibrados que, diciendo cosas extravagantes, parezca que dicen cosas profundas.

Si no es necesario que la cultura comprenda la teología, sería sin embargo un complemento magnífico, y, desde luego, imprescindible la presencia de un teólogo, sin cuyo asesoramiento no se deberían tratar cuestiones morales, graves y dificultosas, so pena de exponer al diario y a sus lectores a errores de trascendencia.

2. Visión clara de los problemas políticos y sociales

No para resolverlos él en persona técnicamente, porque para eso ha de haber hombres especializados, sino para tener intuición de su realidad y trascendencia y facultad de asimilarse las cuestiones y su solución.

Esa visión no puede ser sólo de problemas aislados que resuelvan dificultades del momento. Ganando escaramuzas se puede ir a la derrota definitiva; perdiéndolas, a la victoria final.

Es la mirada amplia, profunda y lejana la que caracteriza a los grandes caudillos.

3. Conocimiento de la psicología popular

Ha de ser un gran conocedor de su público para orientarlo, corregirlo, enardecerlo, refrenarlo: conocer sus gustos para agradecerle y penetrar en él y moralizarle; apreciar los momentos de gran interés para la vida del periódico, a fin de no dejarlos pasar infructuosamente. El pueblo español tiene sus características: imaginación, vehemencia, sentimiento, coraje. El diario que quiere penetrar hondo en él ha de hablarle en español. Un sueco no podría ser director de un periódico de Sevilla.

4. Contacto continuo con el ambiente social y político

El estudio, la oración, la reflexión, el tiempo, todo eso que el claustro ofrecería a un director capuchino como ventajas, quedaría anulado por el desconocimiento de la realidad viviente e inquieta. Un periodista abstraído en trabajos especulativos no es capaz de sentir las vibraciones del espíritu popular ni a través de reporteros y redactores.

5. Espíritu batallador

Valor personal, porque es como el general de un ejército en campaña; espíritu agresivo, porque en la guerra parece sin remisión el que sólo está a la defensiva; ha de hacer vibrar el alma popular cuando las circunstancias lo pidan, y ahora lo piden a cada paso: no puede ser impresionable ni pesimista, porque ha de estar inyectando en el cuerpo social aliento, coraje, confianza en la victoria, esperanza en el porvenir.

6. Conocimiento de los hombres

Y, por consiguiente, trato de los políticos; sobre todo, viejos e izquierdistas, hombres generalmente insinceros, astutos para combatir la Iglesia, largos en promesas y parcos en cumplirlas.

7. Independencia económica

No estar atento a qué querrá el que está arriba, sobre todo si se depende de él en lo económico, es de espíritus generosos y muy contados. Pues esa cualidad excelsa y rara es precisa a todo buen director, so pena de convertirse, con apariencia de guía de multitudes, en secuaz del espíritu ajeno.

8. Amor a la Iglesia

Que se traduzca, ante todo, en la defensa del imperio de los principios morales y religiosos sobre todos los órdenes de la vida. No sea que acontezca con el director lo que con tantos católicos, que lo son privadamente y no en público; lo son en la iglesia y no en la política; lo son en la doctrina y no en las costumbres; lo son en unos mandamientos y no en otros. Mal gravísimo, porque ese catolicismo mutilado se refleja luego en las páginas del diario, y en vez de formarse un pueblo católico, se formará un pueblo indiferente.

9. Fidelidad en interpretar el sentir unánime de la opinión católica

Esa opinión es certera como lo demuestra su unanimidad y el versar el juicio sobre puntos no recónditos de alta política, sino sobre actitudes y tácticas que están al alcance de todos.

Querer entonces torcer el cauce de la opinión, dando soluciones que corresponden a un temperamento personal, es imprudente, expuesto a errores y consecuencias muy graves.

La opinión no ha de dirigir al periódico, es evidente; pero tampoco ha de ser el periodista el que, prescindiendo de un sentir que puede llamarse nacional, quiera rectificarlo y anularlo, imponiendo la opinión contraria.

10. Dotes de gobierno

Un gran diario católico es como una organización militar en campaña: ha de tener quien mande con prudencia y energía.

En los periódicos noticieros no existe más objetivo que la caja; un redactor escribe blanco y el otro negro; pero en el rotativo católico se fija una orientación, a la que ha de dar unidad, con firmeza, el criterio del director. Si él es blando o no prudente, matará el espíritu de la obra.

11. Cualidades de educador

En la dirección de los periódicos hay educadores y gerentes de empresa.

Los primeros forman multitudes, inculcándoles ideas fundamentales a fuerza de repetir las. Es el gran papel social de la prensa y de quienes la dirigen; el apostolado moderno, de eficacia casi sin rival.

Los segundos son los que, por 25 céntimos, dan toda clase de noticias. En estas páginas no hay doctrinas, sino intereses.

Un periódico-escuela tiene un influjo enorme: como que el lector se forma y se identifica con los criterios del diario, le ama, le sigue, se sacrifica por sus mismos ideales.

Un diario de empresa tiene poco o ningún influjo social. Se lee, pero no se le sigue; divierte, pero no educa.

12. Los críticos

Nos parece natural que los críticos que sostienen que el arte nada tiene que ver con la moral, juzguen con desenfado cuanto se les pone por delante.

Lo que ya no nos parece razonable es que los críticos ortodoxos juzguen toda clase de obras sin estudio de la moral ni consejo de moralistas.

Todo cristiano sabe que la blasfemia o la obscenidad es condenable.

Como sabe que es laudable la acción caritativa o el sacrificio de la vida por la patria.

Pero los argumentos de las obras artísticas, de literatura, etcétera, no son siempre tan claros: muchas veces son difícilísimos de juzgar, desde el punto de vista moral y religioso.

Capítulo IV

La Asociación Nacional de Propagandistas

17. Conclusión

De cuanto llevamos dicho sobre la Asociación de Propagandistas resulta lo siguiente:
Que tuvo su origen en los Luises de Madrid.

Que se nutrió en provincias con elementos destacados de las Congregaciones Marianas.

Que se le agregaron luego otros procedentes, muy especialmente, de los formados ya y salidos de dichas Congregaciones.

Y ahora, expuestos los hechos, falta sacar las consecuencias, que es lo que más nos interesa.

Luego no es verdad que las Congregaciones Marianas sean unas asociaciones anticuadas.

Luego no es verdad que a las Congregaciones Marianas les falte espíritu apostólico.

Luego no es verdad que los Luises de Madrid sean unos chicos devotos, divertidos e inútiles.

Luego el pueblo español no estaba perdido, sino abandonado.

Luego, con espíritu, optimismo, acción, plan y sentido común se puede en España conseguir lo que se quiera.

Luego era posible una prensa católica poderosa, aunque se creía que no.

Luego era posible una gran Asociación Católica de estudiantes universitarios, aunque se creía que no.

Luego era posible crear una gran organización obrera, católica, aunque se creía que no.

Luego era posible conseguir dinero abundante para el apostolado católico, aunque se creía que no.

Luego lo que importa en las obras es poner al frente el hombre.

En la prensa, Escuela de Periodismo y Acción Católica, lo fue Ángel Herrera; en los Estudiantes Católicos, Martín Sánchez; en la organización obrera, Anastasio Inchausti; en la Juventud Católica, José María Valiente; en la política, José María Gil Robles.

Ponemos, pues, fin a este asunto volviendo a recalcar dos ideas:

Primera. España lo que necesita son directores; a la masa, aun después de los errores pasados, se la puede llevar a donde se quiera.

Segunda. Todo se puede lograr aquí con espíritu, sentido común, actividad y optimismo.

19. Falta de valor

La lucha en pro de los derechos de la Iglesia en todos los terrenos no es de muchos.

La Asociación peleó generosamente, pero corre el peligro de habituarse a la paz más amable que la guerra.

La Asociación no debe ser un ejército de camorristas, pero sí una legión de luchadores.

En uno de sus círculos de estudios, celebrado el año 1934 en Madrid, dirigiéndose a los Propagandistas, les decía el actuante:

«Bien sé que no todos juzgan a la Asociación como yo, pero eso se debe a vuestro carácter batallador, sobre todo a vuestra intervención en el campo de la política.

»No a la política de la Asociación, que ni la tuvo nunca ni la tiene, ni la debe tener, sino a la política de los miembros de la Asociación, que, individualmente tomados y con independencia de ella, tuvieron una política, pueden tenerla y es necesario que la tengan.

»Eso es lo que no le perdonaron ni perdonarán muchos a los Propagandistas.

»No quisisteis hacer lo que no han sabido ni han querido hacer los católicos franceses, cuyo ideal fue que no los persiguieran: idea no ya de los seculares, sino de los eclesiásticos y religiosos.

»Ha sido y es, a mi juicio, una equivocación enorme. La reacción que aquí produjo la Asociación luchando en todos los terrenos, incluso en la política, por sus miembros capacitados para ello o independientemente de la Asociación; ésa, aunque no igual, pero sí semejante, se podría producir en otras naciones. Incluso Francia.

»Pero hay que tener:

»Primero. Visión de la posibilidad de esa reacción.

»Segundo. Fortaleza y generosidad de ánimo para sufrir los sabores de esa lucha.

»Tercero. Un espíritu sobrenatural muy elevado.

»En Francia hay jóvenes con espíritu religioso; lo que no hay es visión de lo que se puede con la ayuda de Dios, en todos los órdenes, y menosprecio de las contrariedades que la política católica puede acarrear.

»Pido a Dios que nunca incurráis en ese pesimismo enervador, ni en lo que es consiguiente: la satisfacción de contentarse con que no arrojen de España a las órdenes religiosas ni persigan a los católicos.

»¡Ideal tristísimo! Basado en una equivocación funesta. Los católicos lo podemos todo, porque tenemos a Dios a nuestro lado.

»Pero lo podemos con el sacrificio, con la lucha, con el menosprecio de la comodidad y de los honores, con la paciencia, con la oración, con el trabajo, con la organización.

»Aplicaos al estudio de los problemas palpitantes, dad más importancia a la acción que a la palabra, daos cuenta de que el mundo está harto de discursos, artículos, asambleas, conferencias, disertaciones.

»Quiere, más que predicación, grano; más que discursos, organizaciones; más que doctrina, soluciones prácticas a sus problemas.

»No conquistaremos al pueblo con elucubraciones brillantes, sino con lucha generosa, sufriendo, arrojando las iras enemigas y las de cuantos no estén denodadamente al lado de la Iglesia.

»Disertar especulativamente y brillantemente es más fácil que estudiar y resolver los problemas urgentes y graves de la Iglesia y la sociedad.

»Porque para esto se necesita estudiar en el libro de la vida, y más que eso verter sangre propia, si no la del cuerpo, la del alma, que es más preciosa y más doloroso derramarla.

»Que Dios os conceda el honor de ser luchadores magnánimos en defensa de los derechos de Jesucristo».

20. Eficacia de una agrupación selecta

Con una organización de sobresalientes, *a priori*, el fruto del apostolado sería incalculable y seguro.

Pero si se quisiera un criterio *a posteriori*, para juzgar de su eficacia, se podría sacar por las siguientes normas:

- 1.^a Por el número y fecundidad de sus obras buenas. «Por los frutos los conoceréis», dijo Cristo.
- 2.^a Por el odio de los enemigos de la Iglesia: «Si a mí me han perseguido, a vosotros también os perseguirán», dijo el Señor a sus apóstoles. Si los enemigos de la Iglesia miran a una asociación con indiferencia, no vale; si la combaten, vale.
- 3.^a Por el entusiasmo que despierta en los católicos militantes. Si no despierta entusiasmo, no vale. Si lo despierta, vale.
- 4.^a Por el valor en la defensa de la verdad. Si calla y no riñe con nadie, no vale. Si habla alto y fuerte contra el error, vale.
- 5.^a Por los sinsabores y sufrimientos que padece. Si huye de las molestias y busca las comodidades, no vale. Si sufre contradicciones y se enfrenta con quien puede perjudicarla, vale.
- 6.^a Si se contenta con hablar, rezar, alabar lo bueno, callar lo malo, estar bien con todos, no vale. Si actúa, mueve la opinión, organiza, se mete en todas partes, vale.

Capítulo V

Cualidades de los selectos: talento y juicio

TALENTO

1. Importancia y dificultades de la formación de los selectos

El apostolado ha de alcanzar a todos, vulgares y selectos. Pero es evidente que el cultivo de éstos es de una importancia extraordinaria. En el mismo espacio de tiempo se puede tallar una piedra y un diamante; el resultado será muy diverso. Entre la educación de un rey y la de un labriego, hay una diferencia enorme, en cuanto al efecto de la acción educadora.

No significa esto que se menosprecien las masas; es al contrario; se forman los selectos en orden a ellas. San Ignacio de Loyola tuvo una visión muy clara de esta idea. Y por eso estuvo muchos años consagrado a formar sus primeros compañeros, muy pocos, pero sobresalientes.

Es notable el hecho de que, siendo tan extraordinaria la trascendencia de la formación de los hombres de mérito, sean tan contados los que se consagran a ella. Las causas de esta conducta, a nuestro parecer, son dos: que no se reflexiona suficientemente sobre este problema y que es más difícil formar sobresalientes que educar vulgares; porque es obra más lenta y se necesitan hombres formados para educarlos. Educar a un gañán, para lo que él ha menester, cuesta muy poco: cuentas y catecismo. Educar a un príncipe, que ha de gobernar a un pueblo, requiere muchos años, vasta cultura y dotes de formador no corrientes.

Selectos son los sujetos que, por sus prendas, están llamados a ejercer un poderoso influjo social.

Educación selectos es el problema fundamental del mundo. Si un pueblo tiene buenos gobernantes, será un gran pueblo. Si un ejército tiene grandes generales, se cubrirá de gloria. Una obra cualquiera será lo que sea quien la dirija.

2. ¿Selección o formación?

En la producción de hombres notables por su influjo religioso, social o político, pueden intervenir dos causas principales: la selección y la formación. ¿Cuál es más decisiva?

Aun en el caso de una excelente educación, nosotros daríamos la primacía a la selección. La educación tiene el poder de una segunda naturaleza; pero Dios da la primera.

De aquí se desprende la trascendencia de elegir bien los que han de formarse, y, por consiguiente, la necesidad de conocerlos y apreciar debidamente sus cualidades.

En esta convicción se basa, sin duda, la exagerada importancia que hoy se da a la orientación profesional; exagerada no en sí, sino en los métodos de investigación.

En la selección deben tenerse en cuenta cualidades nativas y cualidades adquiridas. Las primeras dependen exclusivamente de la naturaleza; las segundas, preexistentes y anteriores a la selección, dependen de una educación incipiente preliminar.

3. Cómo no ha de hacerse la selección

La formación de nuestros selectos no se refiere a la producción de abogados, matemáticos, filósofos, literatos eminentes; es decir, a la educación de inteligencias más o menos notables que pudieran destacarse en el campo de las ciencias y las letras.

Se trata no de formar inteligentes, sino hombres de lucha, de un gran influjo en la sociedad.

Y como los hombres capaces de ese influjo no son precisamente los de mayor talento, sino los que reúnen un gran conjunto de cua-

lidades, entre las cuales figura el talento, no acaso como la más preeminente; de ahí que nos parezca error fundamental escoger niños para formar nuestros futuros directores.

Haríamos un esfuerzo inmenso para llegar al resultado de tener abogados, ingenieros o médicos, inteligentes, honrados y piadosos; cosa buena, pero desproporcionada al sacrificio que supone este género de instituciones.

Con el mismo esfuerzo, el resultado puede ser más eficaz, si la orientación de la obra se concibe de otra manera.

¿De cuál?

- 1.º Haciendo la selección entre sujetos de edad bastante para conocer todas sus cualidades sobresalientes y necesarias.
- 2.º Haciendo la selección entre los que reuniesen un conjunto de prendas naturales y sobrenaturales, que diesen la esperanza sólida, unidas a una formación conveniente, de dar el resultado de unos selectos de influencia positiva en la sociedad.

Una inteligencia no es un hombre.

Un hombre es el conjunto de sus cualidades físicas, intelectuales y morales.

Es falsísimo que un hombre valga lo que vale su entendimiento.

Un hombre de inteligencia corriente puede valer incomparablemente más que otro de inteligencia muy superior.

¿Para qué sirve un talento holgazán?

¿Para qué sirve un talento neurasténico?

¿Para qué sirve un talento vicioso?

¿Para qué sirve un talento extravagante?

¿Y cómo podremos averiguar que un niño de doce años no va a resultar nada de eso al llegar a la virilidad?

Un selecto, director social, ha de ser hombre de juicio, emprendedor, enérgico, sufrido, enamorado del ideal de la Iglesia, luchador, de miras elevadas, desinteresado, modesto, consciente de su necesidad de aconsejarse.

¿Se puede barruntar nada de eso cuando la selección hay que hacerla al comenzar el bachillerato?

¿Se puede conseguir con una formación exquisita la mayor parte de eso?

La formación humanística, a la que se atribuye la producción de los grandes hombres de gobierno en Inglaterra, ¿es capaz de producir hombres adornados de las cualidades necesarias para verdaderos selectos?

Los institutos religiosos, que se distinguen por su formación humanística y por la selección de su personal, ¿producen con abundancia sujetos eminentes no sólo por su talento y su cultura, sino por sus dotes de mando?

Los producen por su cultura, su virtud y su apostolado; no tanto por sus dotes de gobernantes.

Si Inglaterra produce hombres de gobierno no es sólo, ni acaso principalmente, por su excelente formación, sino por la condición de su naturaleza, por su serenidad de juicio, por su constancia de carácter, por su visión objetiva, es decir, por su selección de hombres con grandes aptitudes naturales conocidas y desarrolladas en la edad viril.

4. Cualidades esenciales. Visión de los problemas

Investiguemos las cualidades esenciales de los elegidos para directores de la sociedad. Son dos principalmente: visión de los problemas y tenacidad y carácter en el empeño de resolverlos.

Esta visión supone inteligencia y sentido de la realidad; la inteligencia, talento y juicio.

A) INTELIGENCIA

Todo selecto ha de ser inteligente. Pero no todo inteligente es selecto; hay muchos hombres de buen talento que no influyen nada en la sociedad.

Un hombre de talento es el que discurre pronto y bien. Pero se puede discurrir especulativamente bien y prácticamente mal. Por-

que para lo primero bastará tener inteligencia clara y visión de las ideas y los principios abstractos; mientras que para lo segundo se necesitará contar con los hechos y las realidades de la vida.

Y como los problemas del apostolado no son sólo especulativos, aunque puedan serlo en parte, resulta que no basta la buena facultad del discurso para formar un sujeto de influencia positiva en la sociedad.

Un hombre especulativo, ¿puede ser un selecto?

Lo será si con sus doctrinas orienta a otros para la acción, aunque él no sea hombre de acción.

No lo será si con su talento no produce ningún bien, ni en el orden científico ni en el práctico.

En España, como en todas partes, hay talentos inútiles, incapacitados, funestos y sin sentido de la realidad.

1. Talentos inútiles

Decir que hay muchos hombres de talento, que no sirven para nada, no es hablar contra los talentos especulativos, sino contra los especulativos que se contentan con tener facilidad de discutir, pero que no hacen nada útil ni en el orden puramente abstracto.

El especulativo que se consagra a la investigación, aunque él personalmente no aplique el fruto de sus trabajos, sienta los principios para que otros los apliquen, y en ese sentido es el director de los hombres de acción.

Pero el que tiene talento y no investiga nada, ni produce nada, ése no dirige la acción de nadie. Y el que censura la inutilidad de ese talento, no es antiespeculativo, ni anticientífico, ni antiintelectual: es, sencillamente, enemigo de lo inútil y de lo estéril.

Talentos inútiles, aunque discurran bien, son:

Los oradores, que admiran, pero no mueven al bien.

Los maestros, que saben mucho, pero no saben enseñar.

Los gobernantes, que saben muchas leyes, pero no promueven el bien común.

Los metafísicos, que no han hecho otra cosa que gozar del de-
leite de discurrir.

Los predicadores famosos, que en veinte años no logran una
conversión.

Los militares sabios, que pierden las batallas.

Los directores de Bancos, grandes matemáticos, que los arrui-
nan.

2. Talentos incapacitados

Unas veces lo son por falta de las dotes peculiares para los car-
gos.

Otras, por falta de estudio y preparación.

Muchos de los puestos en el régimen caído se desempeñaban
por las razones siguientes:

Por haber dejado boquiabiertos a los jueces de una cátedra,
siendo incapaces de enseñar.

Porque siendo listos y de un partido, ya por eso sabían llevar
una dirección.

Porque, como habían sido ministros de Hacienda, podían serlo
de Educación.

Porque, como eran grandes abogados, ya entendían de Banca.

Porque, como eran duques, sabían ser embajadores.

Porque, como eran marqueses, podían ser presidentes de una
archicofradía.

Porque, como eran oradores políticos, tenían derecho nativo a
ser académicos de la Lengua.

Porque, como eran hombres de confianza, tenían título prefe-
rente para ser gobernantes.

Porque, por ser presidentes del Consejo, ya eran ilustres drama-
turgos.

Porque, por ser buenos teólogos, ya tenían cualidades para con-
siliarios de la Acción Católica.

3. Talentos funestos

No nos referimos a los que a sabiendas abusan de su inteligencia para extraviar a otros, sino a los que, pretendiendo el bien, hacen el mal. Lo que es más fácil y frecuente de lo que parece.

Son hombres de talento, sin juicio, pero que creen que lo tienen.

No sólo que lo tienen, sino de los pocos, si no los únicos, que lo tienen.

Confunden sus fantasías y vehemencias con la verdad.

Talentos funestos que arrastran a otros, sugestionándolos con el resplandor de su palabra, de su imaginación, de su entendimiento.

Cuando un hombre tiene una palabra brillante y se expresa con facilidad y elocuencia, cuando ve que las multitudes le admiran y aplauden, subconscientemente o con reflexión, formula en su interior este raciocinio:

¿Hablo bien y conmuevo las multitudes? Luego digo verdad y tengo razón.

Con los hombres de talento que sutilizan, discurren o fantasean, pasa lo propio. Subyugan a sus oyentes y piensan: lo que digo es evidente.

Talentos funestos son:

Los oradores eximios, que confunden la elocuencia con la política.

Los militares de prestigio, que confunden el gobierno de un regimiento con el del pueblo.

Los inteligentes, que se llaman a sí mismos filósofos y son sólo artífices de frases bonitas.

Los escritores de fama, que niegan toda autoridad científica menos la suya.

Los catedráticos, que exponen lo blanco y lo negro y no eligen lo bueno, condenando lo malo.

Los moralistas, que se meten a políticos conociendo los principios morales y no los actos y el espíritu de los partidos.

B) JUICIO

1. ¿Quiénes son los hombres de juicio?

Ser inteligente es necesario para ser selecto; pero es más necesario ser hombre de juicio.

Sin ser un gran talento se puede ser hombre de un gran influjo bienhechor; sin ser hombre de juicio, no.

Llamamos hombre juicioso al ordinariamente acertado en sus afirmaciones, y no sólo en las teóricas, sino en las prácticas; ni sólo a los hombres de recto juicio, sino de obrar recto, en conformidad con los juicios.

Son hombres de juicio:

Los reflexivos que piensan maduramente las cosas, antes de calificarlas.

Los hombres prudentes que saben elegir los medios aptos para el fin.

Los hombres de empresa que las hacen prosperar bien de ordinario.

Los gobernantes que saben oír, ser justos y producir satisfacción interior en sus subordinados.

Los maestros que, aunque no sean sabios, saben enseñar, con contento de sus discípulos, etc.

2. Sentido común y santidad

Es notable la relación entre la santidad y el sentido común.

Todos los santos tuvieron sentido común: lo que parece demostrar claramente la influencia de la virtud en el buen juicio.

Y así es; porque el buen juicio no es sólo el resultado de una visión natural acertada, sino que influyen en ella la moderación de las pasiones, la prudencia, la sinceridad, el pensar maduramente las cosas.

Los santos hablaban poco, pensaban mucho y hacían las cosas después de mucha consideración.

La humanidad debe más a los hombres de juicio que a los hombres de talento.

A los hombres de gran inteligencia debe los grandes descubrimientos científicos; pero a los hombres de juicio debe los grandes bienes de orden moral.

El mundo lo han civilizado los santos, no los inventores de secretos de la naturaleza.

Los hombres sin juicio, puestos en las alturas del poder, ¡qué de males han acarreado al mundo! Si sobre no tener juicio tuvieron talento, muchísimo peor.

El talento es un don de Dios altísimo, pero si hemos de tenerlo sin juicio, mejor es pedir a Dios que se contente con darnos un buen grado de cordura y sensatez.

3. Sentido de lo real

El sentido de lo real es mucho más amplio que el sentido común. La visión de un hombre de empresa comprende un círculo de verdades mucho más amplio y más elevado que el de las verdades de sentido común.

El sentido de la realidad es una cualidad nativa, como el buen oído. Así como algunos nacen ciegos, así hay quien nace sin pizca de sentido práctico y sin posibilidad de adquirirlo.

Pero si la naturaleza no nos lo ha negado en absoluto, podemos perfeccionarlo. Indiquemos algunos medios.

4. Seamos reflexivos

Hay pueblos que piensan las cosas maduramente: cualidad preciosa para no juzgar con desacierto. Mientras un inglés hace un juicio, nosotros despachamos diez.

La rapidez en el discurso es menos estimable que la seguridad en el acierto.

5. Seamos hombres de acción

Notemos que existen pueblos eminentemente trabajadores, y que el trabajo es la fuente preciosa de las ideas reales. Por donde la experiencia, que es el fruto del trabajo de la vida, es prenda de sabiduría.

Dos panaderos noveles se ponen a disputar sobre su oficio y no se entienden. Pero esos mismos, al cabo de veinte años, no discrepan: ¡los dos han coincidido en la verdad!

6. Tengamos trato con organizadores de obras fecundas

Si las han organizado bien, es que tenían sentido de las realidades. Y si lo tienen, su trato y consejo serán manantiales de ideas, a las que respondan cosas objetivas.

Para perfeccionar este sentido no es sólo útil el trato con los organizadores de obras de apostolado: lo es también el trato y consejo de los hombres de negocios.

Los hombres de empresa sólo llegan al éxito por una percepción muy clara de los asuntos.

Los que viven en el mundo de los libros y de las ideas puras, después de haber discutido y raciocinado con admirable sutileza, no tienen medio de comprobar innegablemente la verdad o la mentira de sus declaraciones dogmáticas. Si las verdades y los errores fueran pesetas, buenas o malas, y conforme caen de sus labios cayeran en una caja de caudales, ¡qué chascos tan tremendos se llevarían!, ¡qué sentido tan fino de la realidad adquirirían!

El trato con los especulativos, así como será provechoso para adquirir ideas teóricas, será inútil y acaso perjudicial para el orden práctico.

Aun en lo moral, un teólogo, sin práctica de confesonario, o no saca de dudas, o las acrecienta.

Los consagrados a la especulación carecen de espíritu observador de lo que pasa en torno suyo. Si se pasan la vida estudiando el modo de pensar de los godos, forzosamente han de observar menos la vida en que ellos mismos se desenvuelven.

7. Seamos observadores

Observo, por ejemplo, que cuantos me cercan coinciden en la manera de apreciar un asunto. Pues el sentido común me dicta que probablemente esa apreciación es verdadera.

Los que no saben dar valor a este juicio unánime de muchos sobre los hechos y las personas que nos rodean suelen ser hombres fantaseadores. Aunque el género humano entero diga que sí, ellos dirán que no. ¡Como si el género humano entero pudiera ser un iluso!

8. Examinemos el éxito o el fracaso de nuestros actos

Hay sujetos que viven siempre en el mejor de los mundos, creyendo que todo les sale maravillosamente.

Estos hombres viven dentro de sí y no se dan cuenta ni de sus fantasías gloriosas, ni del regocijo que producen en los que las saben.

Es que parten del supuesto de que necesariamente les han de salir las cosas a maravilla, y no las examinan.

9. Examinemos nuestros vaticinios

Buen medio de cerciorarnos de si poseemos el sentido de lo real es el cómputo de los aciertos y desaciertos en los vaticinios que hacemos sobre los acontecimientos próximos a realizarse. Se necesita sinceridad; porque es frecuente no contar los fracasos.

Este acierto profético es una vista clara del conjunto de cuantas circunstancias influyen en los acontecimientos, que suelen ser muy complejas: intuición natural, muy diversa del talento.

10. Seamos modestos

Es decir, desconfiemos discretamente de nuestro propio juicio y creamos que el juicio ajeno vale tanto como el nuestro y el juicio adverso de muchos, y más de todos, vale muchísimo más que el nuestro.

Nadie lo sabe todo. El más listo es el más necesitado de oír qué piensan otros, porque el talento engríe e infatúa.

11. Instruyámonos bien

La enseñanza es la forjadora de las inteligencias, y mientras no se organice bien, no sólo con planes sabios, sino con maestros discretos, el pueblo español será un pueblo de desorientados, de inteligentes sin sentido de la vida.

12. Eduquemos bien

Es decir, seamos morales, religiosos, disciplinados y cumplidores de nuestros deberes.

Y con eso solo seremos sensatos y juiciosos, prácticos y activos. ¿Cómo se hace eso? Favoreciendo la educación católica, subvencionando la enseñanza privada, escogiendo educadores de la juventud que no se limiten a la pedantería de echar discursos y faltar a clase.

Haciendo cumplir las leyes y no haciéndolas para que no las cumpla ni quien las da.

13. Capacitémonos bien

Cada uno para su cargo, cada uno para su carrera. Así entenderemos lo que tratamos y acertaremos en lo que dirigimos.

14. Conozcámonos bien

El exacto conocimiento de nuestras prendas y el justo de nuestros actos nos prevendrán contra nuestra presunción y ligereza y corregirán nuestros desaciertos.

De ordinario, como nos desconocemos, no caemos en nuestros errores, ni los podemos corregir. Sólo una sinceridad muy grande para con nosotros, o una dirección muy discreta, nos podrán ayudar a seguir una conducta juiciosa.

15. Estudiemos filosofía

Los principios fundamentales de la filosofía, no sólo los de lógica, sino los de psicología, ética, derecho natural y teodícea, son las bases indispensables de casi todos nuestros juicios morales.

Y por falta de ellas es por lo que se dicen y hacen tantos desatinos.

16. Moderemos nuestras pasiones

La mayor parte de los hombres rigen su vida por sus pasiones. Su vida no son sólo sus actos, sino sus criterios y sus modos de juzgar.

Una parte de nuestro pueblo lleva en sus venas sangre mora. Sangre ardiente, apta para el heroísmo, pero también para los mayores desafueros. Y desde luego, idónea para exaltar la fantasía y producir afirmaciones rotundas, universales y falsas.

17. Pidamos consejo

Los jóvenes necesitan más el consejo que los ancianos. Pero lo piden menos que los viejos.

Y lo necesitan todos, viejos y jóvenes.

El hecho de que un hombre no lo pida de ordinario, revela que no tiene juicio.

Cuanto más talento tenga un hombre, más debe oír el consejo de otro. Porque el talento engríe y hace creer que se sabe todo. Y, por lo tanto, expone al error en muchas cosas que el hombre de talento no sabe. Porque tener talento no es tener sabiduría.

18. Observemos a los que nos oyen

Pueden ocurrir las cosas siguientes, cuando nos oyen hablar:

Que se callen y ni contradigan ni nos apoyen.

Que sientan lo contrario y lo manifiesten alguno o todos aquellos a quienes hablamos.

Si se callan, deberíamos, prudentemente, pensar: ¿por qué se callan?

Si el que nos oye nos refuta, lo razonable sería pensar: ¿me equivocaré yo?

Si los que nos oyen todos opinan lo contrario, lo sensato es decir: luego no estoy en lo cierto.

Pero no decimos eso, sino esto otro: no nos comprenden. U otra cosa peor: ¡están en Babia!

Y en el pecado llevamos la penitencia de nuestro propio error. Este ejemplar de hombre despreciador del parecer ajeno es muy frecuente.

19. Aunque el sentido de la realidad en unos asuntos no es el mismo para todos, se ayudan y preparan mutuamente

Un hombre experto en un negocio acierta pronto en otro distinto. Un violinista notable está mucho más dispuesto para aprender a tocar otro instrumento que otro cualquiera profano. Un organizador de una obra católica organizará otra no similar con más facilidad que el que nunca haya hecho otra obra ninguna.

Finalmente, para saber si un hombre tiene la facultad de que venimos hablando, el criterio infalible es éste: ¿sabe hacer cosas? La tiene. ¿No sabe hacerlas? No la tiene.

20. Sepamos hacer cosas

Una cosa es decir, discurrir, proyectar, criticar cosas y otra muy distinta hacer cosas.

Hacer cosas es hacer obras útiles, no según el propio juicio, sino según el juicio ajeno y general.

Hacer cosas es hacerlas estables, no efímeras, que se hundan al desaparecer el que las hizo.

Cosas son las obras en que sólo se pretende el bien y no el aplauso y la exhibición.

Que requieren trabajo y sacrificio, porque la naturaleza ha unido la utilidad al esfuerzo y la abnegación.

Que dan honra a Dios, provecho al prójimo y al que las hace tal vez la indiferencia o la crítica de los que no hacen cosas.

Hacer cosas es dar duros a los pobres, trabajo a los obreros, instrucción a los niños, prensa honrada a la sociedad, espectáculos decentes a los jóvenes, catedráticos sabios y católicos a la universidad.

Cuántos al morir se encontrarán con que el juez Supremo les dirá: ¿qué hiciste? ¡Perder el tiempo discurriendo mucho y no haciendo nada!

21. Conocimiento de los hombres

Es una gran cualidad, sin la cual no hay buen director de obras. Un general que sepa escoger a sus lugartenientes los más aptos para la guerra, sólo por ese hecho es un buen general.

El don de conocer las personas es una cualidad que no se identifica con el buen entendimiento; y así, hombres de inteligencia superior yerran lamentablemente acerca de los sujetos.

Cuántas veces sucede que varios hombres juzgan a otro; el primero dice que es blanco; el segundo, que es negro; el tercero, que es verde, y el cuarto, que es amarillo. ¡Y es que no hay en los juicios nada objetivo: es el cristal con que se mira!

Para conocer a los hombres y juzgarlos acertadamente se necesita:

22. Espíritu imparcial

Una madre, ¡con qué dificultad juzga bien a sus hijos! Por eso todos sus pequeñines le parecen soles y luceros matutinos.

Con el odio pasa lo mismo: ciega y no deja ver las cualidades buenas del enemigo.

23. Espíritu de observación

Generalmente, observamos lo que nos interesa: así, una muchacha se fijará en todas las novedades de la moda de un escaparate; pero no si hay en él una colección de pipas.

Quien no se interese por el apostolado católico no reparará en las cualidades de los hombres aptos para él.

24. Justa estimación de los valores

Todos observamos algunas modalidades del carácter de aquellos que nos rodean. ¡Son cosa tan de relieve! Pero no todos, después de haber pensado en ellas, les atribuimos su justo valor.

No pesan lo mismo ser simpático y laborioso, ser guapo o inteligente, ser sacrificado o saber presentarse en sociedad.

¡Cuántas veces los muchachos y muchachas sufren decepciones tremendas en sus relaciones matrimoniales por esa falta de justa ponderación!

¡Y cuántas otras vemos que se falta a esta debida ponderación enalteciendo a los hombres públicos, sin criterio católico, sólo

porque son inteligentes o buenos oradores, o por otra cualidad accidental cualquiera!

25. Justa distinción entre el hecho que observamos y las consecuencias que sacamos de él

Un papá observa que su niño desarma y arma una maquina locomotora, y, enseguida, saca la consecuencia de que va a ser un gran ingeniero mecánico. Nosotros hemos conocido no pocos niños de éstos, amigos de enredar con maquinas y absolutamente incapaces.

26. Los árboles se conocen por sus frutos, y los hombres, por sus obras

Pero los frutos no se pueden conocer sino poniendo a los hombres en la ocasión de darlos.

¿Queremos conocer si un sujeto es un gran general? Que mande primero y veremos lo que da de sí.

27. Los hombres, como los árboles, no dan sus frutos ni se conocen, sino con tiempo

Hay que reflexionar sobre los actos de los hombres y no juzgarlos rápidamente. Que un visitador de una entidad de importancia crea que en una semana va a conocer sus personas y sus obras es una ilusión.

Cada día nos descubre una modalidad nueva de aquellos con quienes tratamos; porque cada día varían las circunstancias y, según ellas, proceden de distinto modo.

La Guerra Europea reveló a Hindenburg como gran general. Y nuestra actual revolución, a muchos hombres como pusilánimes o como héroes.

28. Por las palabras pueden conocerse los hombres

Pero no es el sonido material lo que nos revela el interior, sino el acento, la expresión, el fuego que late dentro de las voces. Hay un mundo de diferencia entre un cómico y un apóstol, aunque los dos digan lo mismo. Entre el San Ignacio de *El Divino Impaciente*, representado por Calvo, y el San Ignacio real hay una distancia infinita.

29. Cuando entre las palabras y las obras hay contradicción, atengámonos a las obras

Un político habla y escribe como un Santo Padre; pero, a la par, acepta y consolida las conquistas de otros políticos izquierdistas. ¿Cómo le juzgaremos? Como un hombre funesto.

30. El conocimiento de los hombres exige cierta dosis de malicia

Los que han corrido y visto mucho y tratado a muchos están más capacitados para juzgarlos atinadamente. El trato engendra cierta dosis de malicia absolutamente necesaria para no ser engañados por la doblez de los hipócritas; señaladamente, por la doblez política.

31. Apreciación justa de todas las circunstancias personales

Lo que es laudable en un seglar puede ser reprobable en un religioso; lo que es disculpable en un joven, no lo es en un hombre maduro.

32. El valor de un hombre depende de la resultante de todas sus prendas y defectos

Sumando lo bueno y restando lo malo, se sabe lo que es: juzgarlo sólo por lo bueno o sólo por lo malo es un error. Hay sujetos que tienen defectos, y a veces graves, y a la par cualidades y aun virtudes notables.

Somos, a veces, como los que ante un panorama social risueño sólo descubren un punto negro. Como quien en un día de gran nevada sólo viese en el horizonte el humo de una chimenea.

33. Es un mal grave juzgar aptos para una cosa por ser eminentes en otra

Un gran orador no es, por eso, apto para gobernar. Un gran talento no sirve, por serlo, para organizador. Más bien lo corriente es que, por ser un hombre de estudios, no sirva para nada práctico. Mella era sublime hablando y jamás organizó nada, ni fue capaz de crear y gobernar un partido.

34. Dos consecuencias graves se deducen de juzgar con criterio estrecho a los hombres

Primera, que en los directores de obras fácilmente existe la obsesión de mudar el personal. ¡Como tiene defectos!... Sólo que la experiencia demuestra que se quita a uno de un puesto porque tiene una mala cualidad y el que le sustituye tiene más y peores. De donde nace que nadie se forma; porque la formación supone tiempo, experiencia, corrección de errores, adquisición de hábitos. Más fácil es educar a sujetos de cualidades corrientes, con paciencia y tiempo, que no a sobresalientes, si porque tienen imperfecciones, se los muda con facilidad. La segunda consecuencia es que, por juzgar por sólo los defectos, nadie tiene autoridad entre nosotros. En España no hay hombres indiscutibles. No hay prestigios consa-

grados en ningún orden, ni en el científico, ni en el político, ni en el católico. ¡Como tiene defectos!...

C) APTITUD PARA DIRIGIR

Seleccionados bien los sujetos que han de cooperar a la realización de una obra, queda saber dirigirlos. Para ello se necesita: dar a los subalternos un amplio margen de libertad de acción; sostener su autoridad a toda costa contra los chismes y murmuraciones de los inferiores; disimular las faltas y deficiencias menudas, mientras en lo sustancial procedan bien; premiar generosamente el trabajo, por lo menos con el elogio discreto.

Capítulo VI

Cualidades de los selectos: tenacidad y carácter

1. Entendimiento y voluntad

En orden a la formación de selectos, ¿a quién corresponde un mayor influjo en los destinos de la sociedad, a un poderoso entendimiento o a una voluntad poderosa?

Hay un hecho admitido por todos, a saber, que la conversión del mundo la han realizado, no los sabios, sino los santos.

Considerando a éstos sólo como hombres, despojados del elemento sobrenatural, no es la nota común de todos ellos la excelencia de su razón, ni la profundidad de su sabiduría, sino la fuerza, rectitud, energía y constancia de su voluntad. Y si de los santos, venerados en los altares, pasamos a los apóstoles de la Iglesia, ni la inmensa obra de los misioneros, ni la de sus prelados y sacerdotes, ni la de las monjitas consagradas al ejercicio de la caridad, han debido sus magníficos resultados a las grandes inteligencias, sino a las buenas, sacrificadas y firmes voluntades.

San Ignacio de Loyola no fue un sabio como lo fue Suárez, y San Ignacio ha ejercido en el mundo un influjo incomparablemente mayor que el Doctor Eximio.

Una voluntad firme con un talento corriente hará lo que quiera.

Si no lo consigue en un día, lo conseguirá en dos, si no, en cuatro.

Un ensayo le servirá para otro mejor, éste para otro, más perfecto, y así hasta lograr el éxito apetecido.

La voluntad, por consiguiente, es la gran facultad que debe educarse para todo género de empresas.

La humanidad tributa culto supersticioso al talento. Llegó a adorar la diosa Razón.

La voluntad tiene una fuerza inmensa en el orden sobrenatural con la gracia y en el natural con el trabajo, la experiencia, el estudio y el consejo.

En el orden práctico, un genio con tenacidad obrará maravillas; un talento corriente con una gran voluntad también. El genio más rápidamente; el tenaz con más seguridad.

El talento es luz; el carácter, fuerza. La luz es necesaria para ver; el carácter es fuerza para andar. La luz enseña los tropiezos, la tenacidad los vence.

El selecto ha de tener tenacidad fundamentalmente congénita.

No negamos que un hombre naturalmente inconstante puede llegar a ser tenaz; pero será un caso rarísimo.

La tenacidad se funda en la conciencia del valer del propio esfuerzo y en la esperanza del éxito.

2. Tenacidad

La tenacidad es precisa por las razones siguientes:

Primera. Porque el hombre de acción no tendrá cooperadores.

No los tendrá ni abajo, ni en medio, ni arriba. No los tendrá por nuestros individualismos y por nuestra falta de ambiente. No los tendrá ni para el trabajo, ni para el dinero. No será ni por envidia, ni por falta moral alguna; pero no los tendrá... ¡Y es tan duro luchar solos!

Segunda. Porque no encontrará hombres formados.

Aun supuesta la voluntad de cooperar, las obras tropiezan con la falta de hombres formados. Y los hombres formados no se improvisan, ni se suplen; y cuando no se tienen, corren las obras gravísimo peligro de hundirse.

- Tercera. Por falta de espíritu comprensivo.
Que no se ayude, pase; pero que encima se murmure, es para dejar lo comenzado, si no se tiene mucho temple de ánimo.
Unos ciudadanos sitiados se esfuerzan por tapar una brecha, por donde el enemigo puede entrar en la ciudad: y otros, recostados a la sombra de un árbol, contemplan impasibles cómo sudan aquéllos, y encima les abuchean. Es un absurdo, pero muy real y muy español.
- Cuarta. Porque la labor es ingente.
Un periódico, una asociación poderosa, un centro educativo, cualquier organización de verdadera eficacia para el bien de la Iglesia, necesitan muchos años. Y ya se ve por sólo ello las dificultades que deben superarse y la paciencia y tenacidad en el propósito que han de tenerse.

3. Conciencia del poder del propio esfuerzo

¿Por qué la conciencia del valer propio ha de ser soberbia, si se ajusta a la realidad? Es una verdad como otra cualquiera.

El auxilio de Dios y la fe en su Providencia y en su poder quedan descartados y supuestos, aunque un católico tenga conciencia de su valer. ¡No faltaba más!

Esta seguridad moral de que se ha de vencer los obstáculos es condición precisa para trabajar con entusiasmo y perseverar con constancia. Y se deriva de la comparación entre las dificultades que se ofrecen y las cualidades propias en orden a superarlas.

Un niño de diez años a quien se promete un premio si levanta del suelo un peso de ocho arrobas, ni lo intentará siquiera. En cambio, si a un obrero robusto se le enseña un duro, ¿vacilará en hacer este esfuerzo?

4. La esperanza del éxito

La esperanza del éxito en las obras de apostolado tiene un poder inmenso; como que se trata del bien de las almas y de la gloria de Dios; aparte de la satisfacción natural del apóstol, no por humana pecaminosa, sino legítima y de gran fuerza.

Esta esperanza del éxito se funda en dos cosas: en la visión de la realidad del ideal y en la conciencia del valor del propio esfuerzo en orden a conseguirlo.

Quien no ve con claridad que puede personalmente resolverlos, se abstiene de acometerlos.

La visión clara de la importancia del ideal y la esperanza de realizarlo son fuerzas poderosas que se aúnan para el mantenimiento de los propósitos, los cuales son tanto más firmes cuanto más seguridad del éxito da la experiencia en otros casos.

Es tenaz el consciente de sus éxitos. Por el contrario, ningún fracasado suele ser tenaz.

Existe en muchos una especie de indiferencia estoica con respecto al ideal y al éxito de las obras, que está muy lejos de ser resignación y muy cerca de parecer insensibilidad. Se dice: sea o no grande el fruto de mi trabajo, es igual, haciendo yo lo que está de mi parte. «Haciéndolo», pero no lo harán, decimos nosotros.

En el orden humano a nadie es indiferente el éxito. Un banquero trabaja por su negocio, y viene la bancarrota; pues, aunque sea un santo y merezca —igual o más con la quiebra que sin ella—, no se conformará sin sentir pena profunda. ¿Por qué? Porque se trata del porvenir de sus hijos.

A toda costa, pues, ha de buscarse el éxito. Por Dios y por nosotros mismos, no por nuestro mérito, sino por acrecentar los intereses divinos.

Y si no, será probable también que no hagamos nada de provecho. ¡Es tan fácil consolarse con la dulce idea de que, al fin y al cabo, nosotros tenemos el mismo mérito delante de Dios!

Para la formación de un carácter se requiere, además de la tenacidad, ideal elevado, amor al ideal, espíritu de sacrificio y valor personal.

5. ¿Qué es el carácter?

Nosotros queremos entender aquí por carácter la significación especial que se le da cuando decimos: fulano de Tal es un carácter; a saber, es un hombre de voluntad enérgica, constante, que arrostra las dificultades y las vence, que no se doblega ni ante el peligro, ni ante el favor, que persigue un ideal recto y justo.

Éste es el carácter que decimos ha de tener todo selecto para influir en la sociedad eficaz y bienhechoramente.

6. Educar el carácter es la gran dificultad de los educadores

¡Como que viene a ser el conjunto de las virtudes! Ya que es la constancia en el cumplimiento de todos los deberes: los religiosos, los patrióticos, los familiares, los particulares de cada estado.

7. ¿Qué no es el carácter?

a) No es el mal genio

Muchos lo tienen pésimo y a la par falta absoluta de carácter. Dejan hacer a sus pequeñitos lo que les da la gana, y luego les pegan despiadadamente.

b) No es la testarudez

El testarudo no es constante, sino terco, que no es lo mismo. Se obstina en su parecer o en sus deseos, no racionales, sino caprichosos.

c) No es la inflexibilidad

El inflexible y rígido no es prudente. La prudencia cede cuando es razonable y justo. El hombre de más carácter ha de ceder muchas veces, no para incumplir sus obligaciones, sino para mejor cumplirlas y hacerlas cumplir.

d) No es la alegría, ni la tristeza, la locuacidad o la taciturnidez, la nerviosidad o la serenidad de ánimo

Sólo de un modo impropio se llama a eso carácter. Con ello y sin ello, se puede tenerlo y no tenerlo.

e) No es la fisonomía moral, es decir, el conjunto de las cualidades de una persona

Porque así todo hombre es un carácter, ya que todo hombre tiene su fisonomía moral distinta de la de otros hombres.

f) No es sólo la constancia en el obrar del mismo modo

Porque un jugador de oficio es constante en su pasión y es lo contrario de un carácter, un hombre sin fuerza de voluntad para vencer un vicio.

8. ¿Quién no tiene carácter?

El político que cambia de partido, alistándose precisamente en el que disfruta del poder.

El gobernante que se mantiene en su puesto a fuerza de claudicaciones.

El católico que oculta o no defiende su fe por miedo a la burla, a la sonrisa o al perjuicio.

El sacerdote que por temor a un contagio deja de asistir a los enfermos.

El catedrático que un día asiste a clase y otro no, un día asiste a una hora y otro media hora después.

La autoridad que ve se falta al deber, sin aviso ni sanción.

El que en la lucha diaria de la vida tiene la propensión constante a no negar nada, a no malquistarse con nadie.

El que tiene por principio: siempre al lado del poder.

El que ensalza lo bueno y calla lo malo.

El católico que, recibida una prebenda del poder, se figura que la Iglesia está de enhorabuena.

El que hace favores creándose amigos para el porvenir.

El que hoy es blanco y mañana negro, según los vientos que soplan.

El que mira por encima del hombro a los luchadores, como si fueran tontos.

El que tiene prudencia y templanza; pero no justicia ni fortaleza.

El que si media entre dos que riñen les da la razón a los dos; a cada uno su partecita.

El que si recibe una subvención exclama: «¡Qué gran gobernante!».

El que no quiere polémicas, sino que la autoridad haga callar a su contrario.

El que defiende su alto cargo, condescendiendo con el error para que no venga otro menos afecto a la Iglesia.

Son hombres que tolerarán graves daños contra ella y harán bienes baladíes de carácter personal y privado.

Votarán contra la libertad de enseñanza y dispensarán un favor a un canónigo.

Exigirán el pase regio y regalarán un manto a la Virgen.

Desconocerán el derecho de la Iglesia a fundar universidades y comulgarán devotamente.

Permitirán la inmoralidad de las parejas y rezarán el rosario en familia.

No reprimirán la blasfemia, y presidirán la procesión de la Patrona.

Que es como si en una batalla un ejército atacara a la bayoneta y el otro se pusiera a tirarle flores.

9. Hay muy pocos hombres de carácter

Hay hombres que discurren sobre el comunismo, pero no hombres de organizaciones contra el comunismo.

Hay hombres entusiastas de la liturgia, pero incapaces de denunciar un libro obsceno.

Hay devotos de las vigiliás nocturnas, pero pocos de austeridad en los goces.

Pocos que si reciben un favor, exijan un deber.

Pocos padres de familia que tengan firmeza de voluntad para educar a sus hijos.

Pocos catedráticos que tengan voluntad para defender la libertad de enseñanza.

Hay pocos críticos literarios que enjuicien de indecente lo que lo es.

Pocos jóvenes católicos que, al iniciarse una conversación obscena, digan con energía: «No me agradan las desvergüenzas».

Altos, medianos y bajos van a vivir, no a reñir, a sacar el jugo posible al de arriba.

El de abajo mira al de en medio, el de en medio mira al de arriba, el de arriba mira al de enfrente y todos buscan mantenerse en pie.

10. Tenacidad y carácter

La tenacidad es la firmeza en llevar adelante los propósitos.

La tenacidad es, pues, necesaria para el carácter; pero no es carácter en el elevado sentido que aquí le damos.

Un tenaz en embriagarse no es un carácter; es al revés, un fallo de carácter para vencer un vicio.

El carácter supone un ideal moral, al que se tiende con firmeza inquebrantable.

11. Ideal elevado

La defensa de la patria, de la religión, de la moral, de la familia, de la justicia social.

Sólo de un modo impropio podría llamarse un carácter al bandolero valiente, y generoso, y caballeresco.

El desprecio del peligro, la energía de la voluntad, la generosidad de sentimientos, son elementos magníficos para la constitución de un carácter; pero todo puesto al servicio de una idea justa y noble.

Peculiar de los selectos es un ideal elevado, que se convierta en la aspiración de su vida.

Para el sacerdote, la santificación de las almas; para el militar, la defensa de la patria; para el educador, la formación cristiana de la juventud; para el gobernante, la prosperidad de su pueblo.

La riqueza no puede ser el fin de un selecto, ni de un carácter, aun obtenida por medios lícitos. Podrá ser no inmoral, ni injusta, pero sólo dentro de ciertos límites laudatoria y aun obligada, en orden al sostenimiento decoroso de los hijos; y entonces sólo constituiría un carácter la constancia en el trabajo, y el vencimiento de las dificultades y la energía en arrostrar la adversidad.

12. Amor al ideal

En la mayoría de los casos, no llevamos a término las obras buenas no por falta de visión de su excelencia, ni de visión de los medios necesarios para lograrla, sino por temor a las dificultades.

Es que amamos el bien muy tibiamente.

El amor de Jesucristo y de su Iglesia es el que ha movido a todos los apóstoles, fundadores de órdenes religiosas, mártires y defensores de los intereses católicos, a llevar adelante sus empresas y trabajos.

Inculquemos, pues, en nuestros selectos un amor profundo y sacrificado hacia la Esposa de Jesucristo, que Él los hará audaces e intrépidos en las obras de gloria de Dios. Y les dará tenacidad, valor y entusiasmo para defenderla.

Pero, ¿qué es amarla?

Obedecerla, respetarla, favorecerla, estudiarla, conocerla y pagarla.

Estar siempre dispuesto a secundarla como madre y como maestra.

Se la ataca en sus dogmas y en sus derechos, en su cabeza y en sus miembros, en su honra y en su libertad.

Quien no la defiende, no la ama.

Quien no defiende su libertad de enseñanza, no la ama.

Quien no defiende su derecho a tener universidad propia, no la ama.

Quien no defiende su derecho a crear organizaciones católicas, no la ama.

Quien no defiende la libertad de sus prelados a comunicarse libremente con los fieles, no la ama.

Quien no consulta con ella en los asuntos religioso-políticos, no la ama.

13. Espíritu de sacrificio

Dios, tan sabio en sus providencias, ha establecido una maravillosa relación entre el fruto de las obras y el sacrificio en hacerlas.

Por consiguiente, el hombre que quiera hacer cosas grandes ha de tener un gran amor al sacrificio.

El santo es santo por el sacrificio, el pecador es pecador por huir del sacrificio.

Cuanto más grande es una obra, mayor es el esfuerzo y trabajo que ha de poner en ella.

Los heroísmos se miden por el desprecio de los peligros y el riesgo en acometerlos.

La constancia y tenacidad son difíciles por nuestro amor al regalo.

Todos los selectos necesitan este menosprecio del interés y la comodidad propia; pero más que todos, los llamados a gobernar.

14. Valor personal

El valor personal es la resolución de defender los intereses que estimamos más: la religión, la patria, la familia, aun a riesgo de exponerse a peligros materiales, incluso de la vida.

Un cobarde es todo lo contrario de un carácter.

El valor personal ha de tenerse más para defender la fe que la vida.

Es más fácil arrostrar la muerte por la fe, que arrostrar las incomodidades de la vida por la fe.

Algunos que murieron gritando: ¡Viva Cristo Rey!, no vivían con honor para Cristo Rey.

Quien quiera formar selectos habrá de estudiar primero si el candidato es un hombre dotado, por lo menos, de la dosis suficiente de sangre para no poder llamarle un pusilánime o cobarde.

Estamos hartos de Sancho Panzas, amigos de las alforjas llenas y amigos de las Ínsulas Baratarias.

15. Medios de formación del carácter

a) Habituar al niño a que cumpla el deber desde su más tierna edad.

Depositemos en el alma de los pequeñuelos el germen de una idea trascendental: el deber. Y hagámosles sentir que para los que no son buenos hay una sanción, que es la severidad del rostro, la privación de las golosinas y, en ocasiones, algo más desagradable. Y eso de un modo inflexible.

Los niños pequeñitos son más listos de lo que parecen; la idea del deber la cogen muy pronto y la idea de que hacen de sus padres lo que quieren, lo mismo.

Son legión los padres bonachones y piadosos; y de los cuales debían esperarse hijos católicos a machamartillo y que no produ-

cen sino hijos inútiles para sí, para sus familias, para la sociedad y para la Iglesia.

Rarísimo será el joven apto para la Acción Católica cuyos padres hayan sido débiles con él, aunque fueran de comunión diaria.

El joven que se acostumbra desde niño a hacer su voluntad es, no ya un inútil para el apostolado, sino para la vida. Porque la vida es un tejido de deberes desagradables, y el que desde niño no se acostumbra a cumplirlos severamente, sino que obra a impulso de sus gustos, caprichos y pasiones, se hace víctima de su propia voluntad, al llegar a la edad madura.

Crear el hábito: eso es lo esencial.

b) Quebrantar la voluntad del niño desde sus primeros años.

Quebrantarla, aun en los deseos legítimos; pero con discreción, no negando a troche y moche.

Y, por supuesto, quebrantarla en los caprichos no razonables.

Preguntaba una vez una madre a un pequeñín de cuatro años por qué causa lloraba tanto, cuando ella no quería darle melón. «Porque si lloro mucho me lo das», respondió el pequeño. ¡Qué listo! Más que su madre.

c) No dejar las faltas sin sanción, proporcionada a la culpa y a la edad.

d) Acostumbrar al adolescente a que sufra con ánimo generoso las pequeñas contrariedades de la vida.

e) Hacerle sobrellevar bien las molestias de la vida, el calor, el frío, el cansancio, el sueño. Sobre todo, cuando se sufren por cumplimiento del deber.

Hay quienes son incapaces de sufrir las inclemencias del tiempo. De todo se quejan, todo les parece insoportable. No pueden experimentar una contrariedad, de las infinitas de las que forman el tejido de la vida. Y decaen de ánimo, se entristecen, abandonan las obras...

Precisamente esas contrariedades y esos sufrimientos físicos y morales son los que dan temple de acero a la voluntad. Con las heladas arraigan mejor las siembras.

De ahí que los jóvenes más dispuestos a la virtud y al apostolado sean los pobres y los de posición modesta. Porque están avezados a padecer: se cumple en ellos aquella promesa: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.

f) Educarlo en la mortificación voluntaria, haciéndole que sepa privarse por amor de Dios o de la Virgen de sus gustos y caprichos y aun deseos razonables.

Sin carácter no hay apóstol. Por consiguiente, el joven que quiera serlo ha de ser esclavo de su deber religioso: del que le imponen todos los mandamientos. De su deber profesional. ¿Es estudiante? Pues que estudie seriamente. ¿No lo hace? Pues no sirve para el apostolado. De sus deberes ciudadanos. Que el obrero vive hambriento, que la inmoralidad pública cunde, que los profesores universitarios envenenan a la juventud, que se hunde la gestión municipal, que la nación se desquicia... ¡Nada le turba! Pues aunque vaya a misa los domingos, es un mal joven católico.

g) Hacerle dar limosnas de su bolsillo y que visite pobres en las buhardillas donde más miseria se padezca.

La contemplación de las grandes miserias ajenas enseña al hombre a ser sufrido y agradecido a Dios.

h) Hacerle leer hechos heroicos de los santos y de los héroes de nuestra historia. Eso enardece el ánimo.

i) Hablarle de las consecuencias desastrosas que se siguen de la falta del cumplimiento del deber, del deshonor, de la ruina, de la pérdida de la salud.

j) Inculcarle el santo temor de Dios, un temor filial, pero profundamente arraigado, para no quebrantar el deber, por nada ni por nadie.

k) Hacerle varonil arrostrando los peligros aun graves, cuando se trata de la defensa de la Iglesia o de la patria.

Valientes y héroes se mostraron muchos jóvenes cuando la defensa de los conventos o las huelgas de los marxistas.

l) Premiarle con la alabanza y con la satisfacción de sus legítimos deseos cuando haya cumplido con deberes que exigieran sacrificios.

¿Por qué hay tan pocos jóvenes de carácter?

Porque se han educado mal, porque no piensan en el deber, sino en el placer, porque cuantos les rodean viven impresiones y sensaciones, porque ven escarnecida la virtud y triunfante el vicio, porque la literatura novelesca los empuja por la pendiente de la sensualidad, por su falta de fe y de temor de Dios, por el respeto humano y por herencia fisiológica de sus padres.

El carácter hay que formarlo no sólo por motivos sobrenaturales, sino por hombría, por virilidad, por valor personal.

Cuando a un joven lo tildan de mojigato, porque es devoto, ha de saber contestar: «Lo soy porque amo a Dios. Y además porque me da la gana».

El joven de carácter ha de tener convicciones y un poco de mal genio. No mucho, lo suficiente.

Sin un polvito de mal genio, sólo tienen carácter los santos. Y aun ellos, lo tienen, aunque no se conozca.

Capítulo VII

Formación de selectos

I. SACRIFICIO

La diferencia entre el virtuoso y el pecador no está en que aquél padece y éste goza, sino en que aquél busca el sacrificio y éste el placer; pero los dos encuentran el dolor, el virtuoso más que el varón justo. Porque el santo halla en el dolor sufrido por Dios la fuente de la felicidad, mientras el pecador halla en el placer un hastío que no sacia con nada, una inquietud que con nada se sosiega.

Pues siendo la vida dolor y sacrificio, los jóvenes se preparan para ella con un ansia de diversiones. Qué insensatez la de sus padres, que si no los empujan por ese camino, no los apartan, y frecuentemente los ven en él o indiferentes o satisfechos. Como si no tuvieran experiencia bastante para saber que la tierra es un valle de lágrimas, de más lágrimas cuanto más ansia de goces. Lo saben, y, no obstante, miman a sus hijos, les dan una libertad absurda, se gastan en ellos lo que no tienen. Son padres católicos que les hacen proceder como paganos. Y así quieren conciliar la asistencia a cines que rayan en lo grave inmoral con la comunión frecuente; la caridad que obliga a socorrer a los pobres con lo superfluo, con el gasto diario de meriendas opíparas; las amistades y trato en que muchachas y muchachos andan libres e independientes con un amor muy sincero a la castidad.

Jóvenes católicos, que andáis hambrientos de dicha, mendigándola en los esparcimientos y deleites del mundo: equivocáis el camino. ¿Queréis ser felices? Sacrificaos. ¿Queréis rebosar de con-

suelo y tener una vida dichosa, incomparable? Sed apóstoles, renunciad al honor vano de los puestos, buscad a Dios en vuestros trabajos, sacrificad vuestras diversiones, sed generosos con los pobres en darles limosnas, visitad a los pobres de las conferencias, subiendo a las buhardillas a sentir miserias y consolarlas. Ése es el camino de la felicidad, y no hay otro.

Y ese mismo es el de la fecundidad en la labor del apostolado. Si queréis hacer grandes cosas de la gloria de Dios, no busquéis las honras, ni los provechos, ni las altas direcciones, ni la fama; sino el trabajo oculto, sacrificado. Es el gran secreto del apóstol.

II. PENITENCIA

Algunos tienen esta norma de vida: gozar cuanto se pueda lícitamente. Es un engaño. El ansia de placeres no tiene límites. ¿Quién puede asegurar hasta aquí llegaré?

Además de ser un engaño, es una vergüenza: ¿para eso murió Cristo en la cruz? Para redimirnos no fue preciso, para enseñarnos, sí... ¡Como que ni aun muriendo sacrificado hemos querido aprender!

Penitencia es una idea claustral. ¡Como si los seglares no la necesitaran! El religioso vive aislado, medita, ve ejemplos santos y necesita penitencia, porque es hombre, padece tentaciones y es frágil. Y tú, joven, lleno de vida, de pasiones, rodeado de objetos que te incitan a la culpa, asistiendo a espectáculos peligrosos, ¡tú, que estás oyendo enormidades de todo género, que regalas tu oído y tu paladar y tu vista con toda suerte de impresiones y sensaciones!, ¿no la necesitas? Desengáñate: no irás al cielo si no la haces.

La puedes hacer, aunque te parezca que no. Puedes ayunar, cuando es obligación y aun cuando no lo sea, sin que por eso enflaquezcas y te quedés tísico. Puedes mortificar la vista, el oído, la lengua, sin que te mueras por eso. ¿No lo haces y te das todos gustos lícitos? Pues cuando menos lo pienses, habrás caído en lo ilícito. Y además no harás nada útil en el apostolado, el cual no lo hace Dios fecundo sino por el espíritu de penitencia y abnegación del apóstol.

¡Un apóstol divertido es un círculo cuadrado! Se cree generalmente que la naturaleza es de vidrio y que se quiebra con cualquier sacrificio. No es verdad. La naturaleza es elástica.

Mientras no se sufre nada, parece imposible padecer lo más mínimo. Una comida no bien condimentada es una catástrofe familiar para los dichosos de la vida; pero viene la adversidad y no se muere nadie ni porque la comida no esté bien sazonada, ni porque haya de ayunar, ni porque se padezca frío o calor o falta de lo más preciso. Parece que a medida que crecen las privaciones, la naturaleza va dando de sí, como si fuera de goma.

III. CASTIDAD

El joven no casto es un joven incapaz de nada serio. Por eso cuando se desenfrena y corre tras sus apetitos, se inutiliza para el estudio y para la vida espiritual. Entonces es cuando abandona los sacramentos y sus devociones, y es que pierde el paladar de los manjares del espíritu. Los placeres espirituales son: el deleite de la difusión del bien, de la gloria de Dios, de la salvación y perfección de las almas, del sacrificio por amor a Jesucristo. Todo esto, ¿qué tiene que ver con las groserías de la sensualidad?

Podrá un hombre no casto realizar el trabajo puramente externo de la organización y de la propaganda; pero el espíritu no se lo comunicará a la obra.

Por otra parte, quien sucumbe ante las dificultades de la castidad y no tiene fortaleza de espíritu de mortificación para superarlas, tampoco podrá sobreponerse a las asperezas del apostolado, que son muchas y continuadas y de todo género. En cambio, la actuación católica, natural y sobrenatural, es una fuente de energías para la conservación de la pureza. En el orden natural, porque la ocupación y el entusiasmo por la propaganda preservan de innumerables peligros y dan pábulo honesto a la imaginación juvenil, tan solicitada en otros por las impresiones nocivas de los sentidos.

Y en el orden sobrenatural, porque Dios derrama a manos llenas su gracia y sus consuelos sobre las almas que se consagran a

hacer el bien a los prójimos. De manera que la castidad y el apostolado se favorecen mutuamente; sin la primera, no puede existir el segundo; y la acción católica, cuanto más intensa, más preserva de los peligros de la sensualidad. Ésta es el verdadero enemigo de la juventud, el más peligroso.

Sin embargo, es notable la absoluta falta de cautela con que proceden muchos jóvenes en este punto. Educados cristianamente, frecuentan los sacramentos; pero del mismo modo frecuentan los teatros y los cines. No quieren pecar, pero tampoco dejan la ocasión: les parece mal lo que ven; pero, dejarlo, les parece peor. Y así ocurre lo que ha de ocurrir: que se habitúan a bordear precipicios, hasta que un peligro mayor los empuja al fondo.

IV. DOCILIDAD

La independencia de juicio es de suyo una excelente cualidad. El hombre es tanto más hombre cuanto en el gobierno de sí y de sus cosas más obra por dictámenes propios: es el sello de su personalidad.

Obrar a impulsos de un juicio ajeno es convertirse en una máquina: que no anda sino a merced del obrero que la maneja.

Esta anulación de la propia personalidad es, a veces, no una imperfección humana, sino un acto heroico y a la par el más perfecto de nuestra libertad, a saber, cuando en aras del amor de Dios, se hace un voto de obediencia, por el cual renunciamos a nuestra libertad y a nuestro juicio para gobernarnos por la voluntad y el juicio del superior, en cuanto representa a Dios.

Pero ser independiente no es ser duro de juicio. Se puede y se debe conciliar la independencia con la docilidad. Cuando un hombre de excelente entendimiento juzga un asunto y sabe cambiar de juicio por las razones poderosas que otros le dan, ese hombre no se hace esclavo del parecer ajeno, sino de la verdad: es independiente y dócil.

Mas cuando no oye el parecer ajeno, o si lo oye, nunca lo sigue, porque cree que él siempre tiene la razón, entonces no es esclavo de ella, sino de su orgullo.

La docilidad es amable e indicio de ánimo desconfiado de sí. La terquedad nace, o de falta de luces, o de sobra de amor propio.

Cuanto más grande es un hombre, más prueba da de talento sabiendo oír con gusto los pareceres ajenos; porque cuanto más ve una inteligencia, más ve su pequeñez y su ignorancia.

Despreciar el juicio de los demás, aunque sean juicios aislados, es vanidoso: despreciar el juicio unánime de los que nos rodean es de soberbios e imprudentes. No decimos con esto que se pida consejo a muchos. En cualquier asunto, en que halleemos dos o tres hombres prudentes, podemos darnos por satisfechos; y si coinciden, descansar en ellos y actuar con gran probabilidad de acierto.

Desde luego, no los busquemos entre los muy listos; ¡como si por serlo hubieran de dar sabios consejos! Más bien habrá que buscarlos entre los ancianos, los hombres de experiencia de negocios, los reflexivos que piensan maduramente las cosas.

Apreciamos poco a estos hombres para las obras de apostolado. Para negocios, sí. El día en que nos preocupe tanto el fruto de la acción católica como la caja de caudales, tendremos consejeros de la acción católica largamente retribuidos.

V. HUMANIDAD

1. Hemos de ser humanos en todo. Y lo primero en juzgar

Los años enseñan a ver en el fondo de la naturaleza humana menos malicia y más fragilidad de las que la poca edad imagina. ¡Cuántas faltas, y a veces notables, hay que atribuírselas al poder inmenso de la educación, del temperamento!

Juzgar duramente a los demás, y eso habitualmente, es propio de entendimientos incomprensivos. Muchas veces vemos que son injustos los juicios ajenos sobre nosotros, y es que nos juzgaron precipitadamente, sin datos bastantes, por antipatías apriorísticas, fiados en la autoridad de otros que estaban apasionados.

Verdaderamente que cuando se piensa bien el número y poder de los elementos que influyen en nuestros actos, la sangre y el cli-

ma, la educación y las tradiciones, la temperatura y las amistades, y no digamos nada del orden sobrenatural de la gracia..., vese clarísima la razón de aquellas palabras de Nuestro Señor: «... No queráis juzgar».

Los santos no fueron seres predestinados desde su nacimiento a vivir en un plano superior a donde no alcanzan las fragilidades de la naturaleza: fueron hombres, y tuvieron pasiones y flaquezas; pero fueron santos y supieron dominarlas, sin destruirlas.

Sin embargo, sus coetáneos muchas veces no les juzgaron bien porque notaron en ellos mucho humano, imperfecto a veces, que no quitaba la coexistencia de virtudes heroicas, que es en lo que estriba la santidad: no en carecer de toda imperfección.

2. Humanos en exigir

El que dirige ha de exigir el cumplimiento del deber, de un modo perseverante. No hacerlo es rebajar la disciplina y matar las obras. Pero eso no se puede hacer de un modo mecánico; porque los hombres han de faltar alguna vez, aunque sean santos. Echarles encima el peso de la ley cuando eso sucede, es confundirlos con los ángeles.

Cuando un hombre cumple como bueno en su conducta diaria es una injusticia grave no saber disimularle alguna vez. Y es convertir la autoridad en yugo odioso e intolerable.

4. Humanos con los enemigos

No sólo por caridad, sino por razón pura, debemos ser indulgentes con nuestros enemigos.

No nos odian, ni odian la religión. Si se escarba un poco en su espíritu no se encontrará en el fondo un Diocleciano, sino un sueldo o un puesto honroso.

Hay muy pocos anticlericales auténticos. Truenan contra los frailes y mandan a sus hijos a sus escuelas; son socialistas y perte-

necen a cofradías de Semana Santa. Se mueren y al punto piden los sacramentos.

Aun entre los masones, ¡cuántos lo son de pega! Parece que pretenden hundir la Iglesia, pero es una cosa más modesta lo que pretenden... vivir. Por eso una vez arriba, se declaran durmientes. Su flaco es la ambición; pero por subir, eso sí, harán cualquier barbaridad.

¡Pobres gentes! Dan pena en vez de ira. El mal ejemplo, los compromisos, el respeto humano, el ambiente, los empuja a veces incluso a crímenes de sangre; pero viene la desgracia y los que habían disparado contra los sacerdotes, esos mismos, momentos después les piden los sacramentos. Así son muchos revolucionarios españoles.

Roguemos por ellos, no para que Dios los mate, sino para algo más provechoso a su espíritu: que los derribe de su pedestal. La medicina de estos enfermos es la humillación y la desgracia; una desgracia rotunda, sin esperanzas de cambio. La vanidad los pierde y la humillación y el ridículo los curan. Y si no, no tienen remedio. Es una especie de frenesí de mando, que se quita con la aplicación del consabido aforismo: *contraria contrariis curantur*.

Sintamos por ellos más lástima que indignación; son culpables, pero son aún más desgraciados que culpables. No conocen ni a Dios, ni a su Iglesia, ni sus culpas, ni sus consecuencias. ¡Y ésa sí que es desgracia!

5. Humanos con los católicos

Un hombre público e íntegro comete un error, aunque de ordinario acierta. No es justo que se le juzgue con la misma severidad que a un hombre público chanchullero y vividor.

Un hombre público católico tiene una debilidad. No es justo que se le trate como a un sectario trapisondista.

6. Humanos con los que sufren

La virtud de hacerse cargo, que es lo que llamamos sentido de lo humano, ha de tenerse en cuenta, sobre todo con los que sufren. El que no ha sufrido no tiene esa virtud.

Los santos la tenían porque padecieron mucho.

Pero muchos educadores, aunque sean espirituales, y a veces por serlo demasiado, no saben consolar al triste. Hallándose una persona afligida, la consolaba su director con estas palabras: «Levántese sobre todas las cosas de este mundo y hágase cuenta de que no pone los pies en la tierra». Los pies en la tierra sólo hay unos seres que no los ponen: los ángeles. ¡Pero los atribulados!

Por eso es más humano hablarles condoliéndose con ellos, llorando con ellos, dándoles esperanzas de mudanza de las cosas, justificando su dolor. Luego vendrá levantar los ojos y el corazón al cielo. Es el lenguaje del amor, que no entiende sólo las penas ajenas, sino las siente y comparte.

7. Humanos con los que yerran

Así como no hay hombre que no tenga defectos, así no hay hombre que no se equivoque. Y así como debemos ser comprensivos e indulgentes con los defectos ajenos, así lo debemos ser con sus errores.

Ser implacables con el error ajeno es suponerse infalibles. Y no hay nadie infalible, sino el Papa, cuando habla ex-cathedra. Los demás, todos nos equivocamos muchas veces.

La diferencia entre el hombre de juicio certero y el hombre que no lo es, no está en que el primero acierte siempre y el otro se equivoque siempre, sino en que el uno, generalmente, atina, y el otro, generalmente, desbarra.

No conocer, pues, sus yerros ni confesarlos nunca, sino defender siempre, siempre, sus actos y sus afirmaciones, y en cambio censurar acerbamente las equivocaciones ajenas, es de hombres cegados por el amor propio. Lo cual no es exclusivo de sujetos

exaltados, sino también de hombres razonadores; no es exclusivo de hombres indiferentes, sino a veces de hombres espirituales.

Es el tributo a la fragilidad humana; tienen la cualidad de ser piadosos; pero tienen el defecto de ser soberbios. Reconozcamos que erramos mucho y seremos humanos e indulgentes con los errores de los demás.

8. Humanos con los pecadores

Si no lo supiéramos por el Evangelio, ¿quién hubiera podido sospechar que fuese Dios tan humano, que a una mujer adúltera la perdonase tan mansa y beniguamente?

El acto de la contrición perfecta, que puede parecer cosa exclusiva de los santos, es cosa en que Dios ha de poner gran facilidad. Si así no fuera, ¿qué sería de innumerables hombres que desde que pecan hasta su muerte no han tenido otro medio de salvarse que la contrición perfecta? Que si ésta es difícilísima, difícilísimamente se salvarían. Y eso ni es conforme a la misericordia de Dios ni conforme a su sabiduría. Dios, con ser Dios, es más humano que los hombres, y los juzga y trata más humanamente que ellos, porque los conoce infinitamente mejor. Pecar facilísimamente y perdonarse el pecado difícilísimamente, no es propio de Dios, que sabe nuestra fragilidad.

De la misma manera hemos de concebir a Dios humano en el premio de la gloria. Concebir el cielo como una aniquilación de nuestro ser para transformarle en Dios, es cosa tan repugnante a la naturaleza como que se trata de su propia destrucción. El cielo no puede ser eso, sino una perfección absoluta de la vida humana con una felicidad divina. Antes que nada, ser hombres, y luego, sentirse divinamente felices.

Conforme a este modelo divino, hemos nosotros de proceder con los pecadores. ¿Se arrepienten? Quedan absueltos. De los hombres es el caer, y, por lo mismo, ser perdonados. ¿Queremos estimularles con el premio? No les pintemos un cielo absurdo por antihumano y, además, difícilísimo de conseguir.

Capítulo VIII

Formación espiritual

I. ESPÍRITU

El fundamento más necesario de todo apostolado es el espíritu sobrenatural. Sobrenatural significa que los motivos que impulsan a la acción sean sobrenaturales, que la vida del apóstol sea sobrenatural, que las obras que se emprenden tengan la dosis de espíritu que requiere su naturaleza.

Cuando las órdenes religiosas perdieron su espíritu, no sólo perecieron sus obras, sino ellas mismas.

Esto debe ser así:

- 1.º Porque está interesada la honra y la gloria de Dios en que florezcan y den frutos óptimos las obras que tengan su espíritu, e, igualmente, interesada la gloria divina en que no prosperen sobrenaturalmente las que carezcan de él para que no se atribuya el fruto a causas humanas.
- 2.º Porque nadie puede dar lo que no tiene, y si el apóstol carece de espíritu, su obra tampoco lo tendrá.
- 3.º Porque el fruto del apostolado, de ordinario, es un premio y un estímulo con el que la Providencia galardona y alienta la virtud y los sacrificios del apóstol.
- 4.º Porque si Dios bendijese con éxitos grandes la tibieza y falta de vida sobrenatural de los que actúan en obras católicas, para ellos mismos sería una confirmación en su extravío, y para los que de fuera contemplaran el espectáculo, una como incitación a que no se preocupasen por la virtud y santidad.

Tres son los escollos del apóstol: el interés económico, la vanidad y el afán de divertirse.

Tomar como medio para ganar un sueldo el dedicarse a la acción católica, como pudiera uno dedicarse a vender libros de pornografía, no es ser apóstol, sino vividor.

No son pocos los periodistas a quienes lo mismo da escribir artículos místicos que artículos antirreligiosos. Sabemos de quien siendo ateo, escribe en católico, y de quien, dirigiendo un diario rabiosamente anticlerical y enemigo de las órdenes religiosas, mandaba a sus hijos a un colegio de jesuitas.

Puede un católico buscar en el apostolado un medio de vivir antes que nada, porque le sea preciso para la vida. Ése hace algo lícito; pero es funcionario de la acción católica, no un apóstol. Éste busca primero el reino de Dios y su justicia; lo demás, de añadidura.

El segundo gusano que pudre los frutos del apostolado es la vanidad.

Se quiere, ante todo, el puesto, las presidencias, la exhibición en los actos públicos, el nombre en las columnas de los periódicos.

Hay jóvenes de grandes cualidades, pero vanos, con quienes se condesciende para aprovechar sus dotes, encumbrándoles con esa esperanza. Es una equivocación lamentable. Cuando la vanidad se apodera del espíritu de un joven, inutiliza sus prendas más relevantes. Poner al frente de las obras a estos muchachos es secarlas de raíz.

Finalmente, el apóstol divertido es el tipo de los que, ante todo y sobre todo, buscan en los actos de apostolado el medio de pasar el rato. No es que intenten un fin sobrenatural y de camino gocen con algo honesto e inocente, sino que se entregan al esparcimiento con toda el alma, como si él fuera lo único que apetecen.

Si los observáis veréis que no les preocupa la formación espiritual, sino el teatro, el cine, el fútbol, la excursión al campo; todo inocente, pero humano. Entre unos Ejercicios Espirituales y una peregrinación a Jerusalén prefieren vencer grandes dificultades para lograr el éxito de ésta. Estos dirigentes no son para infundir espíritu, sino más bien para ocupar el número uno entre los divertidos.

III. EJERCICIOS ESPIRITUALES

Desde el Papa hasta los seminaristas, y en las órdenes religiosas, todas se puede decir, moralmente hablando, no hay quien no practique los Ejercicios de San Ignacio.

Y si para las almas consagradas a Dios son convenientes, no hay que decir que lo son más para los seculares y más para la juventud. Desde luego, los Ejercicios verdaderamente eficaces y formadores del espíritu son los internos. Se saca muy poco de oír una plática y una meditación por la noche por espacio de cinco o seis días. ¡Cuánto menos por tres!

Aun internos todavía cuesta tanto renovar el espíritu, ¡qué será cuando está el ejercitante envuelto en el ambiente de las preocupaciones y tareas de la vida, que absorben toda la actividad de sus facultades!

Es, pues, necesario retirarse del tránsito y el contacto del mundo para dedicarse unos días al gran negocio del alma. Y tener presentes las siguientes advertencias:

Si los Ejercicios en retiro se pueden hacer en una casa religiosa, ése será el lugar más conveniente. Porque el silencio, el recogimiento, la vida de los religiosos, el lugar de ordinario apartado y más o menos solitario, todo ello convida a pensar en Dios y en el alma.

El silencio ha de guardarse rigurosamente. Sin él no hay Ejercicios.

El tiempo de su duración para los que verdaderamente deseen aprovechar, cinco días por lo menos. En tres no puede lograrse otra cosa que una confesión general del año más preparada.

IV. RETIROS

El hombre es un animal rutinario que obra más por impresiones y costumbres que por razón y conciencia perfecta de lo que en cada momento hace.

Un alma, guiada por la más recta y elevada de las intenciones, comenzará un plan de vida virtuosa, con gran fervor e intensidad

de espíritu. Al cabo de unos días remitirá esa fuerza interior y quedará en las obras la actividad mecánica y externa.

Reponer ese desgaste del espíritu y de la conciencia sobrenatural de la vida y evitar el predominio de la actividad material es cosa difícil y necesaria. Y no se puede lograr sino por un ejercicio intenso de reflexión, apartándose de toda impresión de los sentidos y de todo ejercicio de la actividad externa.

Es decir, hay que cortar el hilo de la rutina de nuestra vida y hacer un alto en ella para examinar con plena reflexión qué hacemos, por qué lo hacemos, qué resultados conseguimos, qué relación guardan con otros anteriores, cuáles son nuestros peligros y cómo los sorteamos, qué pide Dios de nosotros y cómo le correspondemos. Para eso son los retiros.

En ellos hay dos asuntos esenciales que ventilar: un examen serio de la conducta que con respecto a Dios se sigue y un plan de reforma de vida para en adelante. Y todo ello visto a la luz de los principios sobrenaturales, y sobre todo, a la luz de las verdades eternas.

Y en orden a eso nada más eficaz que la consideración de la gravedad del pecado, de la inminencia de la muerte, del juicio, del infierno, de la vanidad de todo lo temporal, de la verdad de todo lo eterno. Estas tremendas verdades son las que más profundamente recogen el espíritu y las que más despegan de la vida, cuyo amor desordenado es la causa de todos nuestros males.

V. MEDITACIÓN

El religioso vive fuera de los peligros del mundo, guarda silencio, tiene reglas para todo, hace penitencia y, no obstante, necesita meditar, y si no medita, pierde la gracia y la vocación, y tú, joven católico, que estás en el horno de Babilonia, ¿no necesitas meditar? Para vivir en la gracia de Dios, un día sí y otro no, pase; para vivir habitualmente en estado de gracia, te bastarán diez minutos o un cuarto de hora dentro de la misa, antes de la comunión, y como medio de prepararte a ella; pero eso te será, por lo menos, muy conveniente.

Tener un devocionario es bueno; pero es mejor meditar. Y meditar frecuentemente sobre el pecado, sobre el infierno, sobre el juicio, sobre la eternidad.

Eso meditan los religiosos asiduamente y hay defecciones entre ellos; ¿qué le pasará a un joven seglar si no medita, o cuando medita lo hace sobre materias que ni de cerca ni de lejos se relacionan con el temor de Dios?

VI. COMUNIÓN DIARIA

No pretendemos decir nada nuevo sobre los frutos de la comunión diaria. Está escrito en millares de libros.

Lo que queremos hacer resaltar aquí es que se trata:

De formar a jóvenes, es decir, sujetos con pasiones vehementes, llenos de los peligros de la sangre y la fantasía.

De formar a seglares, es decir, almas no apartadas de los incentivos del mundo, reclusas en un claustro, sino a las que combaten sin cesar todas las concupiscencias, nacidas de la contemplación de los objetos externos.

De formar apóstoles, o lo que es lo mismo, de educar para el sacrificio y la contradicción de parte de los enemigos de la Iglesia.

Y de formarlos finalmente, de un modo sobrenatural, de manera que en su apostolado no intenten sino el bien espiritual de las almas y no otros fines.

Es decir, hay que crear un hombre nuevo, de criterio sobrenatural, voluntad fuerte, acción perseverante, casto, dócil, humano, sufrido, generoso. Y eso es fruto singular de la Eucaristía. Maravillosamente dice Granada: «Con este manjar es unida el alma con su Esposo; con éste se alumbrá el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábreanse las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios».

Singularmente, para la guarda de la castidad, nada como la comunión frecuente, y mejor, diaria. Para los católicos es evidente, porque saben que la Eucaristía es la fuente de la gracia, y la gracia tiene poder para hacer ángeles de los hombres animales.

El día en que un joven no comulga se siente como inerme. Parece que le cambian la voluntad de robusta en enfermiza. Después de comulgar iban los mártires contentos a ser pasto de las fieras del circo.

Observadlo, jóvenes católicos. Mirad quiénes, entre vosotros, producen más bienes en el campo de la Iglesia. No digo quién habla más y mejor, quién se mueve más hábilmente, quién arranca más aplausos, sino quién hace obras más fecundas, más duraderas, más llenas de espíritu, más odiadas y perseguidas por los enemigos de Jesucristo.

Veréis siempre que éstos son los hombres de intenso amor a la Eucaristía. Amad la Comunión. No la dejéis nunca, que así tendréis no sólo la fortaleza que da el pan de los fuertes, sino el consuelo de morir, aunque sea de improviso, sin haberos apartado de él hasta el último día de vuestra vida.

Capítulo IX

Formación especulativa

Preliminares

IV. ESPECIALIZACIÓN

La especialización tiene las siguientes ventajas:
Se puede llegar a saber algo de lo mucho que hay que aprender.

Es el único modo de tener autoridad.

Es el medio más eficaz de hacerse necesarios. Hasta nuestros enemigos tendrán que echar mano de nosotros si en enseñanza o en hacienda estamos por encima de los demás.

Los verdaderos especialistas son inamovibles, es decir, nunca varían de ocupación, porque su autoridad se impone.

Por el honor de la causa católica nos es preciso especializarnos; porque o nuestros adversarios tienen hombres sobresalientes, y será el único modo de rivalizar con ellos, o no los tienen, y seremos nosotros las mayores autoridades.

Pero un católico especializado no puede contentarse con ser eminente para su medro. Sería tener cabeza de oro y pecho de barro. Hay grandes especialistas con caracteres ruines. Capacidades de monóculo; que todo lo ven a través del cristal del arribismo; que no ven la ridiculez, indignidad e ignorancia en que incurren cuando creen amenazada su posición, porque les sonreía de lejos un cura, antiguo conocido.

La teoría de éstos es: «Yo, católico, eminente y necesario, glorifico a Dios sólo con serlo». De modo que con que él se encumbre, ya está hecho todo; no hay más que pedirle: su solo nombre, puesto en alto, salva la Iglesia. Aunque no haga nada en su favor.

VI. LAS IDEAS

Aunque ambas cosas son necesarias, la doctrina y los sacramentos, nosotros preferiríamos un colegio con más doctrina sólida, de filosofía y religión, y menos prácticas de piedad, que un colegio con muchas prácticas devotas sin base sólida doctrinal. Porque las prácticas de devoción sin principios doctrinales arraigados desaparecen pronto, al impulso de las pasiones y del ambiente.

Las ideas bien cimentadas son como las raíces profundas de un rosal, que no dejan fácilmente de darle vida. Las devociones son como las rosas, que con un sol o con un hielo se marchitan.

Las ideas son como las semillas de las acciones: si las ideas son buenas, las obras serán buenas; si las ideas son malas, las obras serán malas. Para que un hombre de ideas perversas dé buenas obras, es preciso que violente todo su ser.

Las ideas, como las semillas, no sólo son buenas o malas, sino buenas, mejores, óptimas, o malas, peores, pésimas. Ideas óptimas son las orientadoras de toda la vida. Tales son:

Es necesario pensar seriamente en la elección de estado.

Sin vida sobrenatural, el apostolado es infecundo.

Un prudente optimismo es conforme a la fe, y preciso para trabajar con entusiasmo.

Sin sacrificio, trabajo y tenacidad no hay obras eficaces.

Conviene ante todo formar a los sobresalientes.

Sin libertad de enseñanza no podremos formar a nuestra juventud.

Sin organización obrera católica, no hay salvación para el mundo.

El apostolado exige el conocimiento y manejo de los medios de lucha modernos.

Para ser apóstoles hay que formarse desde la juventud.

Con una obra se puede hacer labor más extensa y profunda que con muchas.

Como se ve, no son arcanos estas verdades, pero olvidadas a veces.

Se puede saber admirablemente latín y griego, matemáticas y astronomía, derecho, filosofía y teología e ignorar los principios fundamentales del apostolado. Luego toda esa formación magnífica y necesaria es insuficiente para la acción.

Capítulo X

Formación práctica

I. HOMBRES DE OBRAS

Entre los católicos, como entre los que no lo son, hay hombres de ideas, hombres de deseos, de palabra y de obras. Los intelectuales son los que conocen la doctrina católica, la definen, la defienden, la explanan.

Los de deseos son los que proyectan, se entusiasman con sus planes, se los leen a todo el mundo, los escriben a máquina en pliegos de papel de barba, renuevan el mundo con una facilidad pasmosa. ¿Quieren sembrar de escuelas católicas el territorio español? Medio simplísimo: ¿cuántos católicos somos en España? ¿Quince millones? Pues que cada uno dé un real al mes. Ahora bien, 15 millones de reales al mes son al año 45 millones de pesetas. Con 45 millones de pesetas al año, ¿cuántas escuelas católicas no se pueden hacer? ¡Naturalmente!

Los hombres de palabras son oradores auténticos y no auténticos: todos los que para remediar los males presentes nos hablan de lo que se pensaba, se decía y hacía en el siglo I de la era cristiana.

Finalmente, los hombres de obras son los que hacen cosas eficaces, acomodándose a las direcciones de la Iglesia y a las necesidades de la sociedad actual, en el orden que sea, religioso, social, de cultura, etc. ¿Un pobre está hambriento? Pues no echan un discurso sobre la limosna, sino que se la dan. ¿Un quiosco tiene láminas indecentes? Pues no peroran sobre tan grave calamidad, sino que la denuncian. Y así sucesivamente.

Parecería natural que a cada uno de estos géneros de hombres se le reconociese autoridad en lo suyo y que ellos a su vez la reconociesen a los demás en el suyo; pero no es así.

¿Un teólogo profundo habla sobre la Trinidad? El proyectista, el orador y el hombre de acción le oyen con reverencia. ¿Un fantaseador planea la regeneración rápida de España? Los demás le escuchan con cierta curiosidad y complacencia benévola. ¿Un orador echa un discurso magistral? Todos dicen: «¡Qué maravilla!». ¿Pero un hombre de acción calla y hace cosas sin meterse con nadie ni pedirle nada a nadie? Pues el orador pone el paño y corta y raja por donde quiere, sin saber de aquello una palabra. El intelectual se muestra profundamente disgustado y sorprendido, porque no se han acomodado a sus teorías trascendentales. Y el iluso arremete contra el prácticón, porque lo que hace no tiene importancia ni vale dos cominos. Como si dijéramos: un torero, un pintor y un violinista ponen como chupa de dómine a un financiero.

Es un abuso. Sólo los hombres organizadores de obras tienen autoridad, nacida de su experiencia y de su aptitud demostrada con los hechos, para ser oídos.

Por eso cuando algún hombre ilustre parezca exigiros el acatamiento a sus juicios, en materia de organización, preguntaos a vosotros mismos: y este señor, ¿qué ha hecho? Y si no ha hecho nada ni dirigido nada, guardaos de inclinaros a respetar su parecer, basados en su cultura, en su talento, en su fama de orador o de matemático, porque os engañará miserablemente sin pretenderlo.

Recordamos a este propósito haber oído decir a un hombre de gran talento especulativo que no había necesidad de que los católicos se organizaran políticamente. ¡Qué horror! Y se indignaba si se le contradecía. Los sobresalientes en algo suelen ser vulgaridades en lo demás. ¿Vulgaridades? Menos; porque a veces dicen verdaderos dislates. Es un efecto ineludible de la división del trabajo. Sabido es que ésta causa rapidez y perfección en una sola de las operaciones precisas para producir un objeto; para las demás queda el obrero completamente incapacitado. Es el caso de los intelectuales que se consagran a una materia determinada; de aquellos saben mucho; de lo demás, nada. Discurren teóricamente bien; sobre

lo práctico, mal. Si se dedican a prehistoria, dirán maravillas; pero en cuanto comienzan a hablar de lo que sucede delante de sus ojos, dirán vaciedades o cosas inverosímiles. No es incapacidad, sino falta de observación. Con una particularidad: que hablan no como quien expone una opinión, sino un dogma científico.

III. DIRECCIÓN DE OBRAS

Cuando un médico joven quiere formarse bien, practica al lado de un médico eminente. Cuando un abogado novel pretende completar su educación para el foro, practica como pasante de un juriconsulto reputado; para cuando un seglar o un sacerdote joven van a encargarse de una obra católica, no hay necesidad ninguna de que practique al lado de un experimentado director: se le coloca de golpe al frente de la organización.

Una obra cualquiera de importancia es un mundo de cosas menudas: como un negocio cualquiera, aunque sea de ultramarinos, es un mundo de conocimientos. Si se tienen, producen lucro, y si no, pérdidas. Por consiguiente, es error figurarse que porque un hombre tiene talento, tiene ya la aptitud y preparación necesarias para cualquier cosa. Ha de adquirir los conocimientos necesarios para ella, poco a poco, más que en los libros, en la misma dirección, no llevando él el peso de la responsabilidad, sino auxiliando al que la lleva, aprendiendo de él, experimentando las dificultades, resolviéndolas con el consejo ajeno. Y eso, no por espacio de una semana o un mes: de la misma manera que no se satisface un médico incipiente en practicar al lado de otro por espacio de un mes.

El procedimiento es pesadísimo para nuestro carácter vehemente. Y exige, además, el sacrificio de tener a dos hombres ocupados en la misma cosa; pero es lo seguro y tiene además la trascendencia grande de hacer posible la continuidad.

El ideal es que los hombres puestos al frente de organizaciones importantes estén en ellas toda su vida. ¿No puede ser? Pues que a los directores que han de cesar se asocien hombres que reciban la debida preparación práctica, antes de ponerse a dirigir bajo su

responsabilidad exclusiva asociaciones de que depende el bien espiritual de un gran número de sujetos, y por consiguiente, de la sociedad y de la Iglesia.

IV. EL MÉTODO ACTIVO

2. Hombres útiles para la vida

En el famoso artículo «Un mensaje a García», del yanqui Elbert Hubbard, se describe la escena siguiente:

«Pasa en una de nuestras grandes casas comerciales.

Un empleado maduro pide autorización para presentar una queja al director.

—¿Qué hay?

—Señor director: ayer ha sido nombrado X para ocupar la vacante de Z. Yo soy cinco años más antiguo que X y X dieciséis años más joven que yo.

El director le interrumpe:

—¿Quiere usted averiguar la causa de ese ruido?

El empleado sale a la calle y regresa diciendo:

—Son unos camiones que pasan.

—¿Qué llevan?

Después de nueva salida:

—Unos sacos.

—¿Qué contienen los sacos?

Otro viaje a la calle.

—No sé lo que contienen.

—¿Adónde van?

Cuarta salida.

—Van hacia allí (señalando con el dedo).

El director llama al joven X, al preferido para el ascenso.

—¿Quiere usted averiguar la causa de ese ruido?

X sale y regresa cinco minutos después.

—Son cuatro camiones, cargados de sacos de lana; forman parte de una gran partida que la casa A remite a Amberes. Esta mañana

na pasaron los mismos camiones con igual carga; se dirigen al puerto; van consignados a...

El director, dirigiéndose al empleado antiguo:

—¿Ha comprendido usted la causa del ascenso de X?».

3. Formación de apóstoles

Hay quien primero compra su biblioteca sobre Acción Católica: libros italianos, franceses, belgas, españoles. Y allí se pone a estudiar con toda precisión: ¿Qué es Acción Católica?— Su naturaleza. Sus divisiones.— Su historia.— Su importancia.— Sus frutos.— Muy bien, ¿quién puede decir que no? Lo que sí se puede asegurar es que con eso no saldrá apóstol.

Quien quiera formarse para la acción, que actúe: ése es el método. Es un error figurarse que para ejercitarse en el apostolado es necesario estar primero educándose a sí mismo años y años. Para dar una conferencia científica ante una asamblea de sabios, claro que sí; para defender a la Iglesia de un despojo injusto, ante un auditorio de obreros del campo, no. Estudiar desde luego, pero actuando: como debe estudiar un ingeniero, conociendo el mecanismo de una máquina y manejándola.

Por otra parte, enrolarse en el ejército de Acción Católica desde muy jóvenes, actuando como elementos de lucha, es como un juramento de su bandera. Y gustar las intensas dulzuras del apostolado desde los tiernos años es sentir un estímulo poderoso para la acción, cuando ésta se toma con la intención recta de servir a Dios. Aparte de que hay una satisfacción humana, pero no ilegítima en el joven que logra el aplauso y el entusiasmo de las multitudes: la de ver que con su esfuerzo personal influye notablemente en el sentir y pensar de sus compatriotas.

V. INICIATIVA

Hombre de iniciativa es el de ideas propias, actos y obras sugeridos espontáneamente por su propio espíritu.

El tener ideas personales no se opone al estudio de las ideas y obras ajenas. No hay hombre, por independiente en sus juicios y actos, que no necesite del estudio y observación de lo pensado y hecho por los demás. Sería fatuidad.

Muchos talentos carecen de ideas personales y son incapaces de obras concebidas por su propio ingenio. Discurren, pero no inventan.

La iniciativa es el gran sello de la personalidad; porque por ella somos los verdaderos creadores de nuestras ideas y nuestras obras.

Estar siempre a lo que opinan los demás es una mutilación del propio espíritu. Ni aun en la vida religiosa es eso apetecible, ni el ideal.

Pero los actos ajenos y las opiniones de los demás pueden ser despertadores de ideas propias.

¿Con qué medios puede crearse la iniciativa?

Primero. Poniendo a los jóvenes en la necesidad de actuar por cuenta propia. A un perrito de pocos días se le arroja al agua y el instinto le despierta la aptitud de nadar.

Así se enseña a los niños por los bañeros.

Segundo. Dándoles puestos de responsabilidad en proporción con los años.

Es lo que se practica en las expediciones de los scouts. Los exploradores se reparten los oficios y han de ejercitarlos y, por consiguiente, saberlos e ingeniarse para resolver continuas dificultades que surgen en el campo.

Tercero. Excitando la emulación de los jóvenes para que agucen los ingenios y presenten soluciones a problemas prácticos. Premiando las ideas más originales y útiles.

Cuarto. Respetando la espontaneidad y libertad del joven en todo lo que no es nocivo a su alma o su cuerpo. Respetarla, estimarla y disimular los errores, cuya corrección puede encoger el ánimo y hacerle cobarde para la acción.

El estímulo de las iniciativas es de una importancia muy grande en los negocios, en la pedagogía, en el apostolado. La vida toda, salvas las normas esenciales en todo género de actividad, se está renovando más o menos rápidamente, pero sin cesar. Y esa renovación no se hace sino por los hombres de iniciativa, desde el lenguaje y la literatura, hasta los inventos científicos y las costumbres sociales.

Los hombres capaces de algo nuevo son los guías de la sociedad: los demás les siguen, como los corderos al pastor.

Un hombre de iniciativa en el orden moral o material es un valor social de importancia, aunque no sea un portento de inteligencia. No lo es, pero sí juicioso, acertado, activo. Y eso basta para hacer de un joven un sujeto muy estimable, lo mismo en las empresas de carácter económico que en las de orden religioso.

Anular las iniciativas juveniles o no guiarlas y enderezarlas, es como arrancar de un rosal todas las capotas y capullos que van surgiendo y dejar sólo las ramas con sus hojas y sus espinas. ¿Para qué sirve eso?

VI. LOS MEDIOS HUMANOS

Hay quien siente horror no sólo a los medios modernos, sino a los medios humanos.

Sin duda, existen quienes creen que con pesetas se remedia la cuestión social. No es verdad.

Quitad al obrero la idea de Dios, de la otra vida, de su alma, y cuantos más billetes de Banco le deis, más querrá. Pero si eso es cierto, no lo es menos que la cuestión social no se cura sólo con sacramentos. A un obrero muerto de hambre que ve a sus hijos perecer de necesidad no le podéis ofrecer como remedio la confesión.

Es hombre, tiene alma y cuerpo, necesidades del espíritu y la materia, enfermedades del alma y del cuerpo. Hay que emplear, para sanarle, medios sobrenaturales y humanos; éstos primero, y luego los otros, pero necesariamente unos y otros.

Pensar que con medios humanos se va a salvar el mundo es una herejía o una necesidad. Ningún católico consciente puede creer semejante disparate.

Pero creer por eso que no hemos de trabajar con entusiasmo en emplear medios humanos, es una exageración. Es pasarse del extremo de que todo se arregla con medios humanos al extremo de que nada se arregla con ellos.

¡Es notable cómo se truena a veces contra los que se industrializan para encontrar dinero en favor de las obras católicas! Está muy bien. Sólo que cuando estos censores necesitan dinero para sus obras lo piden y buscan tan lindamente como si nada hubieran dicho contra los otros.

En resumen, es evidente esta norma de San Ignacio: «En las cosas del servicio de Nuestro Señor que emprendía —dice Rivadeneira— usaba de todos los medios humanos para salir de ellas, con tanto cuidado y eficacia, como si de ellos dependiera el buen suceso, y de tal manera confiaba en Dios y estaba pendiente de su divina Providencia, como si todos los otros medios humanos que tomaba no fueran de algún efecto».

Pero Jesucristo no fundó sindicatos. ¡Naturalmente! Y si los apóstoles hubieran vivido entre nosotros, se hubieran guardado muy bien de usar luz eléctrica, poner telegramas, hablar por teléfono, viajar en tren, hacer uso de la imprenta, de la radio, etc. ¡Todo eso es incompatible con la santidad apostólica!

Lo práctico hubiera sido que mientras los enemigos de la Iglesia usan rotativos, ellos hubieran escrito en tablas de cera con punzón, y mientras los anticlericales hacen sus campañas por radio a millares y millones de almas a la vez, ellos hubieran predicado uno a uno a los pecadores, y mientras los apóstoles del demonio caminan en auto, en ferrocarril y en avión para hacer más rápidas sus propagandas, los apóstoles de Cristo caminaran a pie o en burro. Eso es lo eficaz. ¡Parece mentira que haya mentalidades capaces de concebir el apostolado así!

¡Y eso después de ver que el Papa es el primero en usar de la radio para ponerse en comunicación con todos los fieles del mundo!

VII. IR AL PUEBLO

Es un hecho que por espacio de muchos años hemos perdido el contacto con el pueblo. Hoy mismo hay muchedumbres inmensas con las que la Iglesia no tiene relación ninguna. Y no podemos esperar que esa falta de contacto se rompa porque los hombres vengan espontáneamente a nosotros.

¡Si el pueblo no conoce a la Iglesia, si la odia, si aborrece a sus ministros, si le han hecho creer que todos sus males provienen de la doctrina católica, si son los propagandistas del mal los únicos que le hablan, le prometen, y muchas veces los únicos que le unen, le organizan, le defienden!... ¿cómo va a venir a nosotros?

Cristo no se quedó en Nazareth esperando que los hombres fueran a él; salió a buscarlos por las villas, por las plazas, por el campo. El gran mérito del apóstol moderno no está tanto en convertir al descarriado cuanto en lograr ponerle a su alcance; no tanto en predicar, cuanto en conseguir que vaya a oírle.

Acaba sus estudios un sacerdote joven, secular o religioso. Va a empezar su vida apostólica, lleno de santos deseos, y se presenta a su párroco o superior a pedirle orientación. Desdichado de él si oye que le dicen: ¡ahí tiene usted su confesonario! ¡Pobre sacerdote! ¡Metido en él sin que se le acerque un alma!

O mejor dicho: ¡pobres almas, ovejas descarriadas y perdidas, que andan expuestas a la voracidad de los lobos, mientras el pastor está tranquilamente sentado! Ni eso, porque al cuarto de hora de no acudir nadie, él se marcharía de allí aburrido, pesimista, lleno de prejuicios contra los feligreses. Y no son ellos los culpables de la soledad de la Iglesia; es él quien no sabe cumplir con su deber. Son los que le educaron, los que no supieron infundirle la idea de la necesidad de buscar las ovejas perdidas por los montes y los caminos. Son los que le educaron, que no le sugirieron medios de atraerlas al redil, de ganarles el corazón. ¡Como si no existieran infinitos recursos para eso!

¡Ah! Pero eso requiere sacrificios, moverse y preocuparse y estudiar y pedir cooperaciones. Y eso es lo que se teme y se rehúye y la verdadera causa muchas veces de que no vayamos al pueblo.

VIII. PAN Y CATECISMO

Se da la doctrina para que otros hagan las obras, y las obras no se hacen. Nos ocurre lo que acontecería a un sindicato de albañiles en que uno tras otro perorasen todos sobre la necesidad de intensificar el trabajo de una casa, pero en la que nadie quisiera poner un ladrillo.

Sobran discursos y faltan obras; sobran conferencias y faltan organizaciones.

Faltan iglesias; pero más y antes, dar duros para que coman los pobres y entiendan que les amamos.

Capítulo XI

El optimismo en el apostolado

¿España es católica?

I. EL OPTIMISMO EN EL APOSTOLADO

Optimismo es la propensión a juzgar de las cosas bajo el aspecto más favorable.

Optimismo en el apostolado católico será la propensión a juzgar del éxito de los trabajos apostólicos de un modo halagüeño.

Juzgar siempre de un modo optimista es necio. Hay hombres que siempre juzgan triunfos sus actos, aunque vulgares. Eso es puerilidad ridícula.

Porque se trata del optimismo sensato, que ve realidades y no visiones, aunque la tendencia sea a destacar en las circunstancias más temerosas, la parte más agradable y lisonjera.

Las realidades en que se funda el apóstol optimista son, de una parte, el poder de la gracia de Dios, y de otra, el hombre mismo, en el que hay más reservas morales y religiosas de las que se suelen suponer.

Esto en cuanto al optimismo, en general; en cuanto al particular de casos determinados, las realidades son las cosas mismas, hechos o situaciones que se juzgan; v. gr., el estado moral y religioso de España en el momento actual.

Supuestas estas consideraciones, el pensamiento nuestro es: «España es un pueblo que con un apostolado inteligente puede rendir frutos maravillosos de regeneración moral y religiosa».

Nos referimos no sólo al momento actual, sino al anterior a nuestra guerra.

Porque la guerra no cambió sustancialmente la fisonomía religiosa de España; aunque haya influido en ella.

Además, queremos descartar la idea de que nuestro juicio se basa en el influjo religioso que puede derivarse de la situación política de estos momentos.

El valor que eso puede tener en nuestro movimiento religioso lo conocemos, pero prescindimos de él, aunque luego aduciremos datos relacionados con él; advirtiéndole que el optimismo lo extendemos a todo el campo de las actividades católicas, a la enseñanza, a la prensa, a las misiones, a las asociaciones obreras, a los suburbios, a las clases más cultas, a la formación espiritual, etcétera.

Capítulo XII

Pesimismo

II. EFECTOS DEL PESIMISMO

Reflexionemos ahora sobre los efectos del pesimismo:

1. El pesimismo entristece

Quien juzga que todo está perdido y no ve sino calamidades en el porvenir, por fuerza ha de estar dominado por un sentimiento continuo de tristeza. Ahora bien: con tristeza habitual es moralmente imposible llevar a cabo ninguna obra de apostolado, que requiere actividad, entusiasmo, satisfacción interior por lo que se hace y los frutos que se esperan.

2. El pesimismo enerva

Si las empresas son imposibles, o muy difíciles de llevar a cabo, lo razonable es abandonarlas; nadie quiere molestarse inútilmente o con una gran probabilidad de no lograr un éxito feliz.

3. El pesimismo es desconfiado

No confía en Dios, con cuya gracia todo se puede; no confía en sí, en el poder de una voluntad firme y enérgica, que es capaz de

grandes cosas en bien y en mal, como lo experimentamos todos los días. No confía en los hombres, a quienes hace peores de lo que son. No confía en el pueblo, cuyas virtudes latentes quedan a sus ojos oscurecidas por hechos que no sabe interpretar justamente.

4. El pesimismo acobarda

Es causa; pero efecto también de la cobardía. Quien es medroso no se atreve a acometer las empresas. Y si es valiente, por lo menos, el pesimismo le resta valor, porque así como la esperanza de la victoria aumenta el coraje, así el temor de la derrota reprime el arrojo.

5. El pesimismo es anticristiano

No se hallará en el Evangelio ni una sola frase que tienda a hacer a los hombres pusilánimes. Ningún santo fue pesimista.

6. El pesimismo es inhumano

Es un gran desconocedor de los hombres. El dicho: «Piensa mal y acertarás» es falso y degradante de la naturaleza humana. En el fondo del corazón hay menos perversidad de lo que nos figuramos. Los hombres, más que malvados, son inconscientes, ligeros, vanidosos, infelices o seducidos. Aparecen como tigres feroces, y son borregos arrastrados por un cabecilla.

7. El pesimismo es irracional

Si en todos los órdenes de la vida dominase el pesimismo, se habría acabado la santidad, la prosperidad de los pueblos, el trabajo, las grandes empresas de la industria, todo. Un sentimiento y

una idea que conducen a esos efectos por fuerza tienen que ser contra razón y verdad.

La consideración del estado del mundo, ciertamente nada halagüeño, no es motivo para fundar en él un pesimismo desalentador. ¿Acaso cuando vino Cristo a la tierra era el mundo mejor que ahora?

V. EL HOMBRE-DIFICULTADES

Hay un tipo de sujetos al que se puede llamar el Hombre-Dificultades. Es molestísimo y hay que dejarle en paz, que no haga nada, que es, en último término, lo único de que se trata.

Para contrarrestar el efecto depresivo de los «Hombres-Dificultades» debería crearse una asociación de «Hombres-Soluciones». El primer artículo debería decir así: «El fin de esta asociación es formar hombres aptos para vencer dificultades. Queda absolutamente prohibido a los miembros de esta entidad exponer dificultades sin dar la solución».

Para no ceder ante ellas, ayudarán las consideraciones siguientes:

- 1.^a Todo hombre de acción debe estar persuadido de que no hará lo que se propone sin contradicciones. Le sobrevendrán, cuando menos lo piense, de donde menos imagine: de en medio, de abajo y de arriba.
- 2.^a Es ley general que una obra tiene tantas más y mayores dificultades cuanto sea más importante y trascendental. Un sacerdote que consagra su vida a confesar cuatro devotas, de seguro no tendrá quebraderos de cabeza. Este mismo, si se dedica a crear organizaciones de lucha contra el socialismo, o a reunir capital para un gran periódico, que se prepare a subir con la cruz hasta el Calvario.
- 3.^a En orden al vencimiento de los obstáculos en la ejecución de las obras, es de importancia suma tener una visión muy

clara de la posibilidad y trascendencia de la empresa que se acomete. Quien no ve claro el éxito y el valor de lo que emprende cede al primer tropiezo y contradicción.

- 4.^a Tener amor intenso a las almas para salvarlas por amor de Jesucristo es tener una fuerza avasalladora, que no reconoce ni teme obstáculos de ningún género. Por ese amor y celo de las almas, San Francisco Javier superó los inmensos trabajos de su apostolado.
- 5.^a Para salvar los tropiezos hay que imitar al agua que fluye de arriba: si no salta, da un rodeo, pero no se detiene hasta llegar al fondo.
- 6.^a Pero el medio más eficaz para no ceder ante las dificultades es la educación.

VI. LOS ARISTARCOS

Siempre habrá en la sociedad castas privilegiadas con derecho a la censura.

1. Los holgazanes

Que son los primeros detractores de las obras ajenas. Como ellos no hacen nada, se entretienen censurando el trabajo de los demás.

Da pena ver las multitudes de ociosos que llenan nuestros cafés y las aceras contiguas, que ocupan, en virtud de su derecho a no hacer nada y a criticarlo todo. El pueblo de Madrid los asocia con el regocijante título de Confederación General de Trabajadores.

2. Los envidiosos

Éstos no pueden soportar que haya quien suba y sea aplaudido delante de sus ojos, y por eso muerden las honras ajenas y rebajan el mérito de sus obras, para de ese modo quedar todos pigmeos.

3. Los soberbios

Que hacen obras, pero que no quieren que otros las hagan iguales o superiores, y para eso las roen por sus puntos flacos, reales o imaginarios; que creen tener derecho a que se les consulte su parecer en todo y se siga en todo, y cuando no se hace, porque no entienden de todo, censuran lo que se ha tenido la osadía de hacer sin su consejo.

4. Los ignorantes

Que no están capacitados para juzgar la actuación ajena, porque nunca han hecho nada ni saben cómo se hace, y confunden su propia ignorancia con la incapacidad de los demás y aun la misma imposibilidad de las obras.

5. Los amargados

Que se creen injustamente preteridos y arremeten contra la sociedad y contra todos los que no están hundidos como ellos. Llenos de bilis, no pueden vivir aislados y se suman al coro de los descontentos de la vida, y donde encuentran un grupo de censores severos de la sociedad, o de sus iguales y superiores, allí están ellos, abominando siempre de las injusticias que se han cometido contra ellos.

6. Los fracasados

Que intentaron obras y se hundieron por su impericia, y no reconocen su yerro, sino que atribuyen el fracaso a todos menos a ellos mismos.

7. Los exaltados

Por una idea, mala o buena, pero que los saca de quicio, hasta el punto de no ver nada bueno, sino todo malo, en los ideales de los que piensan de otra manera.

Da pena ver cómo se ciegan hasta las personas más religiosas cuando se apodera de ellas una idea falsa, pero que ellos juzgan salvadora, o una idea verdadera, pero cuya eficacia se exagera desmesuradamente. Se exalta, v. gr., la raza, y Dios permite que caiga en manos indignas de gobernarla.

8. Los satisfechos

¿Quién lo diría? Pues una de las especies más dañinas de pesimistas son los satisfechos, es decir, los que tienen plenamente resuelto el problema de la pitanza. Como carecen de graves preocupaciones, les sobra tiempo para juzgar los problemas sociales, políticos y religiosos, y como están contentos de la vida, se figuran que todas las dificultades públicas y privadas se despachan con la misma expedición con que ellos trinchan y descuartizan en el plato. Cualquier contratiempo los amilana y entristece.

9. Los incomprensivos

Los que no se hacen cargo; los que resuelven las cuestiones desde un punto de vista absoluto; los que, ignorando las dificultades de los demás, les echan en cara la falta de resoluciones tajantes; los que desconocen la diferencia entre edificar y destruir; los que, olvidando lo hecho, ponen los ojos en lo que está por hacer.

Son hombres que desde el diván en que leen el periódico ahogan en sangre la más terrible revolución, y en la plaza de toros, desde el tendido de sombra, dan al toro estocadas formidables. Si los que actúan no remedian los males graves de la patria, como ellos, los incomprensivos, quieren y dicen y saben que se puede

hacer, la consecuencia es evidente: es que los hombres de acción o son tontos, o cobardes, o malvados.

Naturalmente que aunque estas variedades de jueces son Aristarcos, no todos los Aristarcos pertenecen a ellas, y aunque todos los criticones suelen ser pesimistas, no todos los pesimistas son criticones.

Hay pesimistas inofensivos, bonachones, incapaces de morder las honras ajenas, y que si juzgan sombríamente es por timidez, por falta de preparación, por desconocimiento de los asuntos.

Los Aristarcos de la vida privada y de la pública son pesimistas que deprimen el espíritu y lo desalientan con la consideración de que el único premio que van a recibir los que trabajan es la crítica mordaz y despiadada. Crítica tanto más amarga cuanto que procede frecuentemente de los más obligados a no hacerla. Como españoles, deberíamos alentar con nuestro aplauso a los españoles; pero no es así; el aplauso, para los franceses, los alemanes, los rusos; y la crítica, para los españoles. Como católicos, deberíamos disculpar, excusar a los católicos, alabarles, alentarles, y combatir sin tregua a los hombres de izquierda, a los anticlericales, a los socialistas y comunistas; pero no es así; a éstos se les deja en paz, y la guerra se guarda para los católicos.

VII. EL PROFETA NEGRO

Unos ojos que todo lo vieran negro serían ojos que no vieran nada. Todo negro, negro, sería un defecto de visión: algo que estaba en los ojos, no en los objetos.

Así hay entendimientos que no aprecian sino la parte sombría de los hechos y de las ideas. Cuando se fijan en los sucesos de actualidad, instintivamente se clavan en lo triste, en lo desagradable, en lo terrorífico, en lo inmoral. Todos los objetos, las personas y los hechos tienen luces y sombras, pues esos ojos son unas cámaras oscuras que lo reproducen todo menos la luz.

¿Y qué diremos del horizonte, de lo que está lejos, de lo futuro? Todo son visiones de males fieros. A veces, el Profeta Negro toma una idea, cogida del ambiente social o político, y de ella saca con-

secuencias y consecuencias cada vez más aterradoras. Y como ve con evidencia que se eslabonan unas con otras fatalmente, se figura que en el orden de los hechos ha de pasar lo mismo, y vaticina como un verdadero vidente.

No hay más sino que la lógica de las ideas es una y la de los hechos otra, totalmente diversa y a veces contradictoria. La lógica de las ideas es como una cadena de hierro, cuyos eslabones se enlazan inquebrantablemente. La lógica de los hechos es una cadena de barro, que se quiebra con cualquier cosa. En el orden doctrinal, el ateísmo, cuando se atraviesa la adversidad en la vida, lleva lógicamente al suicidio; en el orden práctico, se quiebra la lógica por el instinto de conservación.

De manera que el Profeta Negro ni ve lo presente ni lo futuro; lo presente, porque en la naturaleza no se da todo de un solo color, y lo futuro, porque el porvenir no es el resultado de unas consecuencias lógicas, sino de un conjunto de caprichos y de pasiones, de virtudes y de defectos, de ideas falsas y de ideas verdaderas, de incongruencias de conducta e inconsecuencias palmarias.

El Profeta Negro no tiene memoria. Un día sí y otro no vaticina cosas horrendas, y las cosas horrendas no llegan. Pero la falsedad de sus pronósticos ni le impresiona ni la advierte. Cuando deja de cumplirse un vaticinio, ya está preocupado con el presagio de otro suceso futuro inminente.

El Profeta Negro es indolente. Nadie le hace moverse para nada; ¿para qué, si todo está perdido? Sus dos lemas favoritos son: cuanto peor, mejor; o todo, o nada. Es decir, húndase todo y así estaré más cerca de mi ideal, sin necesidad de que yo trabaje ni me moleste. O todo o nada; es decir, como lograrlo todo es un mito, nos quedaremos con no hacer nada para no trabajar en balde.

Cuanto peor, mejor: es notable la seguridad con que muchos afirman: «¡Aquí tiene que venir algo gordo! Sin una cosa muy gorda no hay remedio para nuestros males».

Ha de ser algo tremendo, pero que durará poco. Ahora bien; pasado ese bautismo de sangre vendrán días de bonanza.

De manera que no sólo es inevitable, sino necesario que ocurra una catástrofe; si no viene, nos fastidiaremos. Pero es el caso que

ya vino, y como el ideal de muchos no ha llegado, ahora esperaremos otra hecatombe. De modo que ya se sabe: a fuerza de hecatombes llegaremos al ideal.

Alegrarse de que se agraven los males de la sociedad para que sane, suele ser una inconsciencia. Y, en definitiva, suele reducirse a este sentimiento: ¡gracias a Dios que todo se va a arreglar sin que yo me moleste lo más mínimo!

Conducta que San Pío X tacha de traición cuando, en carta al Arzobispo de Toledo le dice: «Cooperar con la propia conducta o con la propia abstención a la ruina del orden social, con la esperanza de que nazca de tal catástrofe una condición de cosas mejor, sería actitud reprobable, que por sus fatales efectos se reduciría casi a traición para con la religión y con la patria».

O todo o nada. Ésta es la otra norma del Profeta Negro. Y no se ve la disyuntiva; o todo o nada. No, señor; o parte; en la práctica, nadie aplica ese principio.

Capítulo XIII

Audacia

I. CONTRA EL PÁNICO

Los enemigos de la sociedad y de la religión usan frecuentemente la táctica del pánico. Es una táctica positiva y negativa; infunden miedo y lo quitan.

Cuando están en el poder amenazan, atropellan, encarcelan, imponen multas, destierran. Todo para infundir el miedo en el resto de los ciudadanos.

Cuando no pueden abusar de la fuerza, hacen correr los más absurdos disparates, cada día nuevos, cada día más temerosos. Es una táctica sagaz, que hace víctimas innumerables.

Antes de que llegue la hecatombe es cuando hay que reaccionar. ¿Cómo?

Teniendo serenidad para no creer en peligros imaginarios.

Teniendo ánimo para desafiar y arrostrar los peligros verdaderos.

Actuando sin cesar y organizándose en todos los órdenes de la vida.

II. UNA SORDERA EXCELENTE

¡Qué triste es ser sordo como una tapia! Pero también tiene sus provechos muy estimables. Supongamos un banquero sordo. Mirad cómo va por la calle, sin detenerse por nada, derecho a su banca. Ni que pase una banda de música ni que le llamen judío, todo le da igual; él, a su negocio.

Así ha de ser el hombre de acción. Que le critican, que le desalientan, que le contradicen, que le amenazan, ¡como si nada! Y desdichado de él si no se hace el sordo; no dará un paso en sus empresas.

Desde luego, le pondrán delante todas las dificultades positivas, ¡como si él fuera ciego y no las hubiera visto! Después, todas las imaginarias, existentes sólo en cabezas desequilibradas. Y, finalmente, se meterán en sus intenciones; eso, que es tan recóndito, que ni lo sabe el demonio. Dirán que es un ambicioso, que sólo aspira a ser ministro...

¡Válgame Dios, qué cosas han de oír los hombres de empresa católicos, no de parte de los judíos ni de los moros, sino de los cristianos!

Pidamos a Dios el gran don de la sordera. Y cuando nos vengan ganas veheméntísimas de encararnos con los contradictores y decirles: pero vamos a ver, señores: ustedes, que todo lo critican, ¿qué han hecho?, acordémonos del silencio de Jesucristo ante Pilatos y hagámonos no sólo sordos, sino mudos.

Cristo calló e hizo la redención; callemos nosotros y redimamos al pueblo de sus miserias morales y materiales, actuando sin cesar hasta dar la vida por nuestros hermanos.

Para callar y actuar hay muchas y muy graves razones:

Que, contestando, se pierde el tiempo y la paciencia.

Que los que contradicen, es de ordinario porque no saben palabra del asunto.

Que no sólo no saben, sino que muchas veces tampoco quieren. *A priori*, aquello no sirve para nada. Es el mismo caso de los sujetos a quienes repugnan ciertos manjares sin haberlos probado jamás. Que el mundo está ahíto de palabras y discusiones; lo que necesita es hombres de acción, que cada día hagan su labor, poca o mucha, la que puedan.

Callar y hacer es el gran lema de la vida. ¡Qué pocas discusiones tienen las Hermanitas de los Pobres! ¡Pero qué vida la suya, tan llena de heroicidades!

III. VALOR EN LAS PALABRAS

No sólo los actos; también las palabras tienen su valor.

La cobardía en el hablar nace de dos causas principales: de falta de visión y de falta de espíritu.

Quien habla vergonzosamente de su fe lo hace movido con frecuencia por la idea de que las multitudes no quieren sermones. Se equivoca. Nada enardece más a nuestros auditorios que la defensa acérrima de la religión.

Observadlo; cuando asistáis a mítines católicos fijaos en las ideas que arrancan las ovaciones más nutridas en los discursos. Veréis que son los párrafos más vibrantes en defensa de la Iglesia.

Las conmociones populares más profundas y extensas de nuestra patria han tenido siempre por causa los ataques al sentimiento religioso. Y es natural que así sea, porque para los que creen no hay interés comparable al de su destino supremo.

Los que soslayan la idea religiosa, cuando hablan a multitudes de derechas, es que no ven. Es defecto no sólo de seglares, sino, a veces, de sacerdotes. No quieren hablar del infierno, sino del arte cristiano, y los auditorios o no acuden o, si asisten, no se confiesan. En cambio, la muerte, el juicio, el infierno, la eternidad, que parece deberían espantar a las muchedumbres, las atraen, las subyugan. Y es que entre el arte y la eternidad hay una diferencia inmensa de poder de atracción y de interés personal.

Esta cobardía nace a veces de falta de espíritu sobrenatural. Hay católicos que jamás se llamarán católicos en público. Católicos que jamás pronunciarán el nombre de Dios y del Papa cuando hablan en sus mítines. Y, sobre todo, católicos que ni por casualidad expondrán una idea piadosa, propia de quien vive vida sobrenatural intensa. No pueden dar lo que no tienen.

Están satisfechos de sus discursos laicos, porque los períodos son rotundos y las ideas brillantes, y se figuran que con figuras retóricas van a subyugar al mundo.

No sólo el valor en la defensa de la fe electriza a las multitudes; más aún, si cabe, las electriza el lenguaje sobrenatural, el propio, no del predicador, sino del seglar enamorado de Cristo y de su Iglesia.

IV. VALOR EN LAS OBRAS

Joven católico no es lo mismo que joven tímido. Puede y debe ser católico y valiente.

El valor ha de demostrarlo en arrostrar los peligros, en la defensa de la religión y en acometer empresas difíciles.

Huir de los peligros cuando hay que arrostrarlos es de cobardes; además, no se evitan ni la afrenta ni el riesgo. El riesgo suele ser mayor cuando se huye, porque se recibe la herida por la espalda.

Cuando en días de revuelta acecha la muerte en la calle, si el peligro no es sólo para nuestras personas, sino para la religión y la patria, salir a las plazas es derecho y deber, cosa de valientes y más de jóvenes, porque se necesitan no sólo ánimos, sino fuerza.

En esta lucha violenta no buscada, ni querida, pero sí aceptada como una obligación dolorosa, ha de haber víctimas. ¡Cuántas ha habido ya! Pero no por eso es ni decoroso ni lícito abandonar el campo, como no lo es en la guerra justa.

Así lo entendió nuestra juventud, que en días de revolución, recordando bajas dolorosas, salió por las calles a vocear periódicos, repartir alimentos, conducir tranvías, transmitir órdenes, barrer las calles... Es una juventud gloriosa de España y de la Iglesia.

Eso no es provocar. Como no lo es organizar una procesión, defender conventos de monjas, repartir hojas por las calles, poner unas colgaduras, protestar contra una representación canallesca. Todo eso o es ejercicio pacífico de un derecho o defensa legítima contra una agresión injusta.

Pero hay un valor moral, tal vez más difícil y raro que ése: el de dar la cara por Jesucristo. No se necesita para eso manejar la pistola; basta el entendimiento, la palabra, la pluma, el influjo.

Hay más valientes para la guerra cruenta que para la de las ideas. En la guerra da valor el peligro personal y el ejemplo, la disciplina, la misma sangre vertida y la muerte; en la lucha moral y doctrinal son enemigos el respeto humano y los intereses que peligran, los puestos y honores que vacilan. Para la guerra de sangre basta el coraje; para la de las ideas se necesita una estimación justa de sus resultados, que depende del criterio moral, de la educación

y de la intensidad de la vida sobrenatural. Por eso hay tanto católico cobarde.

V. VALOR EN LOS SUFRIMIENTOS

La causa de la Iglesia exige de sus apóstoles saber sufrir la contradicción de los enemigos y la contradicción de los amigos, que es más dolorosa; el desagradecimiento de los de abajo y la incomprensión de los de arriba, en vez del aliento que se esperaba y merecía; la falta de cooperación de todos, y encima el estorbo, la murmuración, la crítica despiadada, el silencio injustificado, las defecciones.

¡Y hay que sufrir callando como Cristo! Como si no se supiera contestar, como si no se tuviera razón, como reo que tiene conciencia de su culpabilidad. El apóstol que quiera hacer algo grande por Cristo, que se resigne a ser asaetado como San Sebastián, despellejado como San Bartolomé y tostado como San Lorenzo.

¡Gran fortaleza, por cierto! Y bien necesaria, porque la persecución le seguirá como la sombra al cuerpo. El hombre de acción ha de tener fortaleza para sufrirla y ánimo generoso para entenderla. La persecución no es un mal absoluto. Mayor mal que la persecución es el pecado de la sociedad que la merece. ¡Ese sí que es mal!

Mayor mal que la persecución que encarcela es la persecución que halaga y seduce. Más daño ha hecho a la Iglesia la Institución Libre, seduciendo a los universitarios de talento con las cátedras, que el comunismo, quemando nuestras iglesias y conventos.

VII. AUDACIA

Hay una audacia cristiana, que no repara en la desproporción entre los medios y el fin; porque cuenta siempre con el poder de Dios y de su gracia.

¡Qué audacia la de los apóstoles! ¡Querer conquistar el mundo ellos solos, sin armas, sin prestigio, sin autoridad, contra toda clase

de pasiones, de intereses, de costumbres arraigadas, de doctrinas y hombres tenidos por sabios!

Hernán Cortés no fue sólo un hombre valeroso, fue un ánimo gigante. ¡Conquistar a Méjico con un puñado de hombres! La quema de sus naves es una de las hazañas más grandes del mundo.

No se pide de todo hombre de acción, dedicado a luchar por la Iglesia, que sea un héroe ni que sea un santo; pero sí que no tenga ánimo tan apocado ni tan prudente que mida con exactitud matemática la proporción entre los medios y el fin.

Hay que tener una gran confianza en la Providencia y un convencimiento profundo de lo que puede un hombre fiado en ella.

Aun en el orden humano, es increíble lo que puede una voluntad férrea, puesta al servicio de un ideal. Las hazañas de nuestros conquistadores en América son legendarias. Y es que lucharon por España, por la gloria de hacerse ilustres capitanes y por la difusión del Evangelio.

Es el Papa quien dice que los jóvenes han de tener sabias indiscreciones. Es decir, el arrojo propio de sus años, puesto al servicio de una causa elevada, aunque los pusilánimes lo tachen de imprudencia y temeridad.

Quien ama ardientemente la gloria, la patria, la religión, no es un calculador.

Es vergonzoso, pero es verdadero; hay más audaces entre sindicalistas y comunistas que entre nosotros.

El ideal del lucro tiene más servidores que el ideal religioso entre seglares.

Pues mientras eso sea así, renunciemos a la gloria de las grandes empresas del apostolado.

Los santos hicieron grandes cosas sin medios humanos proporcionados. Las comenzaban destituidos de todo menos de un ánimo audaz, confiados en la Providencia, con la conciencia de que ella fecundaría su obra.

Capítulo XIV

Prudencia

TÁCTICAS CÓMODAS

La mayor parte de nuestros errores en punto a la defensa de la Iglesia dependen de que prácticamente partimos del supuesto de que no vivimos en estado de lucha, en que hay que arriesgarlo a veces todo; no sólo la tranquilidad, sino la hacienda y la vida.

De ahí que adoptemos tácticas peregrinas y sobre todo cómodas. Vamos a enumerar algunas:

1. Rezar

Era generalísima.

La lucha contra la religión en el terreno de la enseñanza, en el religioso, social, moral, político, era horrenda. Se la combatía en la universidad, en la escuela, en la prensa, en los espectáculos, en las organizaciones obreras, en los parlamentos. ¿Cómo se contestó a este ataque?

Con frecuencia, se iba a la iglesia, se ponían las medallas al cuello, se oían pláticas fervorosas, y en paz.

Que nadie crea que con esto vamos a negar la eficacia de la oración ni que desconozcamos que los medios sobrenaturales son antes que los naturales en orden a la labor del apostolado. ¡No faltaba más!

Pero que nadie se figure tampoco que podamos creer en la eficacia de la oración cuando, debiendo usar los medios naturales, no lo hacemos, porque nos cuesta más que rezar.

Si yo, en vez de ganarme el pan nuestro de cada día con el sudor de mi rostro, conforme a la voluntad divina, me siento en un diván y me paso las horas muertas diciendo: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy», es evidente que Dios no me lo dará. En el apostolado pasa lo mismo.

Mientras se blasfemaba en el Ateneo, se corrompía a las juventudes con editoriales pornográficas, se envenenaba a los obreros en los mítines y en los sindicatos, se disparaba toda clase de armas mortíferas contra las almas, muchos cumplían su heroico deber de soldados de la Iglesia abandonando esos campos de batalla y rezando devotamente. Nos engañamos.

Y por eso no oía Dios nuestras oraciones. Le pedíamos que nos enviase apóstoles, y como no hacíamos para lograrlos sino sólo rezar, no los enviaba.

Hemos de rogar a Dios y hemos de pensar que eso es lo primero. ¡Naturalmente! Pero no lo único, ni lo suficiente; cuando podemos y debemos trabajar.

2. Callar

Era otra norma prudentísima.

Salía un día la prensa atronando los oídos con un escándalo calumnioso contra el clero. Los católicos se aguantaban.

Un profesor de instituto suspendía a toda una clase de latín porque el colegio era de religiosos. Los papás de los alumnos se enfurecen y toman el grave acuerdo de callarse.

Se sabía de un alcalde socialista que decretaba en virtud de su autoridad omnímoda que el cura no dijera misa. Los fieles llegan a punto de ir en manifestación enérgica a meterle el resuello en el cuerpo; pero lo piensan mejor y deciden no decir ni palabra. Todos callan, no sea que por evitar un mal venga otro mayor; que arrecie la campaña contra el clero, que el instituto aniquile a todo el colegio y que el alcalde socialista cierre la iglesia parroquial. Pésima táctica.

3. Prudencia y legalidad

Es un error hablar demasiado a los jóvenes de la virtud de la prudencia. No es ésa su virtud. Pero es que, además, no entienden ese lenguaje.

Como sería un error y una falta de discreción hablar a viejos de ochenta años de la audacia.

Precisamente el poder de la juventud está en su acometividad, puesta al servicio de una causa noble. De eso es de lo que hay que hablarle; de las empresas arriesgadas, de lo heroico. En cada joven hay un soldado: en cuanto se le habla de guerra, vibra toda su alma. Podrá ser que sobrepase en un momento los límites de lo justo; pero si eso acontece en la defensa de un ideal elevado, esos excesos equivalen a los males inevitables de una guerra justa.

No es humano en un ataque a la bayoneta pedir al soldado la perfección en el dominio de sí mismo. Y si en ese ataque se le exigiera moderación, concluiría por sentirse obligado a no luchar. Es decir, que por hacerle prudente le habríamos hecho pusilánime.

No conviene, por consiguiente, hablarle demasiado de la prudencia; ni demasiado de la legalidad.

Hablemos, pues, a nuestros jóvenes de luchar generosamente por la Iglesia. De despreciar los peligros, de acometer empresas arduas, de sacrificar la comodidad, las expansiones, el dinero, la vida. De todo, menos de la prudencia.

4. Disimular

«Los sindicatos neutros, los estudiantes neutros, la prensa neutra, la política neutra..., ¡ése es el gran procedimiento para coger a las masas! Nada de confesionalismos; porque de ellos huyen las multitudes, y sin multitudes no tenemos fuerza, y sin fuerza no hay organización y sin organización sucumbiremos ante el adversario.

Pero influyamos sobre las masas hablándoles sobre los principios universales de la moral. Y así poco a poco las conquistaremos para la causa del orden y de la paz». Eso se decía antes de la guerra.

¡Qué pena daba oír este lenguaje en labios no ya de católicos, sino de sacerdotes y religiosos! Cuando lo verdadero y fecundo es lo contrario: primero es el espíritu, luego viene el número; porque Dios bendice sus obras y los pocos con espíritu son apóstoles que atraen masas.

8. Las visitas al presidente

Dos ejércitos se han declarado guerra a muerte, y el uno de ellos tiene al otro acorralado y casi vencido. De repente uno de los capitanes del último se da una palmada en la frente y exclama ante varios oficiales: «Quitémonos las armas y a vestirnos de levita y de chistera». Y, en efecto, se enguantan y van a ver al general del ejército contrario. Entran en su cámara, le hacen una profunda reverencia y le dice el que lleva la voz cantante: «Excelentísimo señor: profundamente apenados al considerar la espantosa matanza que los soldados de Su Excelencia han causado en nuestras filas, venimos a protestar respetuosamente del agravio que se nos hace». Y hecha otra reverencia se va cada uno por donde ha venido.

Siempre nos produjeron esta impresión extraña y ridícula las visitas al Presidente del Consejo, cuando éste era un enemigo declarado de la Iglesia.

La experiencia dolorosa de todos los días nos refregaba ante los ojos la realidad de lo estéril de este medio de combate. Y, sin embargo, llega otra ocasión y a ponerse la levita, los guantes y la chistera.

¿Estábamos ciegos? Pero, ¿no nos estaban acribillando con la prensa, con el Parlamento, con las organizaciones socialistas, con el profesorado volteriano de las universidades, con las escuelas laicas, con los espectáculos indecentes e irreligiosos? ¡Y nosotros, a protestar respetuosamente ante el Presidente del Consejo!

Claro es que muchos iban justamente esperanzados, porque figuraba en la comisión un primo tercero de cualquier ministro. ¡Una fuerza definitiva!

9. Ceder

Ceder es peor que callar, porque es abandonar el campo.

No debemos ceder ni un ápice de nuestros derechos, ni un ápice en el terreno de los hechos. Sólo se puede y se debe ceder en cualquier terreno cuando lo mande la Iglesia; si no, no. Y la Iglesia muchas veces no cedería si nosotros defendiésemos valerosamente su libertad.

No debemos ceder; lo primero, porque el terreno que se abandona se reconquista con gran dificultad. Es más fácil mantenerse en el puesto que se tiene, resistiendo varonilmente, que no perderlo y recuperarlo después. Muchos religiosos que abandonaron sus puestos en la dispersión de Francia, no han podido luego volver a ellos.

Las leyes dan muchos recursos: si uno falla, se adopta otro; hasta agotarlos todos. Es el procedimiento de sentido común que usan para defenderse izquierdas y derechas.

Ceder es dar muestras de debilidad; y nada envalentona tanto al enemigo como ver que se le teme.

Hasta los niños nos enseñan el procedimiento. Desde que un profesor nuevo se encarga de una clase de veinte pequeños, comienzan éstos el sistema de sondeos y exploraciones, sin plan preestablecido, sino sólo por virtud de su instinto de lucha. Desgraciado el profesor que cede. Uno de los alumnos dice una palabrita al vecino; y todos observan el efecto que causa en el enemigo común. ¿No dice éste nada? Se ponen a hablar varias parejas. ¿Se calla? Bolitas de papel a las cabezas de los que están delante. Así hemos conocido alumnos que llegaron a pasear al maestro sentado en su silla por el ámbito de la clase.

La revolución seguía el mismo sistema. Y cuando los gobiernos son débiles, la sociedad está perdida. Las revoluciones modernas no las hacen los pueblos enérgicos, sino los gobiernos cobardes.

Si la autoridad cede, la revolución avanza. Si la autoridad procede con energía, la revolución cede.

Los católicos debieron tener en cuenta este fenómeno frecuentísimo en los gobiernos democráticos. Temiendo, nos acosarían cada vez más; luchando, cederían cada vez más.

Si una mujer riñe con un hombre y éste se atemoriza, la mujer es una fiera, que lo abofetea. Más claro será que si de dos hombres el uno ataca y el otro cede, éste será el vencido.

Pero no debe ser así, porque hemos conocido a muchos que cuando arreciaba una tormenta contra la Iglesia, aconsejaban que se aguantara el chubasco capeando el temporal. Capear el temporal era una frase muy linda, que significaba que cediese y sacara el partido posible.

Ejemplo: un sujeto amenaza a otro con darle cincuenta palos. Éste se da una palmada en la frente y exclama lleno de júbilo: «¡Ya estoy salvo!». E *incontinenti* dice a su agresor, volviéndole las espaldas: «Descargue usted veinticinco y en paz». ¡Este individuo ha sacado el partido posible!

Era el método de defensa de la Iglesia de muchos políticos. ¿Se trataba de privarla de sus bienes y sus derechos? Pues que en vez de robárselos todos se deja que le roben la mitad. Y ya está el triunfo.

Nosotros hemos visto la siguiente escena muchas veces: un perro grande ve un lagarto y le acomete; si el lagarto huye, muere irremisiblemente; si el lagarto le hace rostro, enseñándole sus dienteillos agudos, el can se contiene, aunque sea un mastín. ¡Hasta el fuerte respeta al débil cuando se defiende!

10. Diferir

Una de las formas en que se manifiesta el miedo es en diferir la resolución de los problemas. Es un modo de ceder.

Aunque proceda sólo de falta de visión, siempre esta actitud nos pone en condiciones desfavorables para con nuestro enemigo. Si no somos medrosos, es que no vemos.

Cuando la autoridad teme, se siente como inspirada y feliz dejando para más adelante la energía. Cuando los católicos temen, dejan para mañana las actitudes que pueden acarrear conflictos. Y mientras tanto, la revolución va paso a paso invadiendo el terreno. No acaba con nosotros de una vez, pero nos inutiliza uno a uno. El resultado es idéntico.

La revolución para los católicos siempre tiene promesas; realidades, nunca.

Los católicos, por el contrario, siempre con esperanzas, difieren el ataque a fondo. ¡Como si la revolución diese algo si no es forzada!

Cuando la autoridad y el pueblo son débiles y difieren el ataque, se reproduce aquella magistral escena de *Los hombres de bien*, de Tamayo: el que más tosía, aunque temiera más, asustaba a su contrario. Y en último término, se imponía la apariencia de valor.

11. Halagar

La táctica de ceder era sabia; pero había otra más eficaz, propia de inteligencias superiores, la cual consiste en halagar al enemigo. Ejemplo: viene un toro furioso a darnos una cornada; el método novísimo de luchar con él no es darle una buena estocada, sino unos bombones. ¡Es de un éxito fenomenal! ¿Se quiere, v. gr., amansar la furia de un catedrático enemigo de la religión? Pues se le regala una cátedra en la Central. Y ya está.

Son cosas que si no se ven no se hubieran creído. Antiguamente era otra cosa. ¿Venía un enemigo con un garrote? Pues se le enseñaba otro y en paz.

12. La Congregación de los pacifistas

Como la vida es una lucha, el apóstol optimista ha de luchar, si quiere hacer algo de provecho.

Por consiguiente, los que se figuran que pacíficamente han de conquistar el mundo están condenados al fracaso: o a lo que es peor, a creer que hacen grandes cosas, cuando no hacen nada.

Crean que peleando no se consigue nada, y pacíficamente lo consiguen todo; es verdad si ese todo son sólo provechos propios.

Si los enemigos atacan a la Iglesia, no les responden; para que no la ataquen más. Le pegan a uno un palo; pues se aguanta para no recibir dos; ¡eso es un triunfo del método pacifista!

Si a fuerza de arrimarse al poder público consiguen un cargo lucrativo, estos pacíficos se figuran que la Iglesia les debe eterno agradecimiento. Si un católico responde con energía a un ataque a los intereses de la Iglesia, los pacíficos le tachan de polemista, de imprudente y de tonto.

Si son sacerdotes, consagran su preciosa vida a confesar tres docenas de devotas, siempre las mismas; sólo para evitarse líos.

Si son escritores, para no tener polémicas por sus escritos, escriben sobre un cacique chino del siglo IV. Y no sobre las cuestiones candentes de actualidad.

13. ¿Delante o detrás de la Iglesia?

La cuestión es ésta: se trata de un derecho de la Iglesia claramente conculcado, la supresión del catecismo en las escuelas, la supresión de las órdenes religiosas, etc.

¿Qué deben hacer los católicos? ¿Esperar a que los prelados den la orden de ataque, o lanzarse a la lucha sin esperar a más?

No es cuestión teórica.

Los prudentes contestan: esperemos a que los prelados publiquen una pastoral colectiva; y asegurados así, luchemos como leones.

¡Como leones!

Que es como si recibidas ya las primeras descargas del enemigo, los soldados de un ejército dijeran: ¡quietos! Y cuando nuestros generales publiquen una arenga, entonces, todos a la bayoneta.

¿Qué dirían los generales? ¿Os acribillan a cañonazos y aguardáis una arenga?

Cuántas veces si los católicos defendieran valerosamente los derechos de la Iglesia, claramente conculcados, ganaría ella sus batallas sin más que decir a los poderes públicos: «He aquí la voluntad de España». Y cuántas veces, por la prudencia, la comodidad o la cobardía de los buenos se vio la Iglesia sin fuerza ante los poderes públicos para reclamar sus derechos.

Cuando la jerarquía no crea prudente una protesta clamorosa, ya ella hablará; pero mientras calle, qué ha de pensarse que dice sino: ¡valientes! ¡Adelante!

Es una falsedad piadosa esperar en todo caso las órdenes de la Iglesia para orientar y estar seguros en la actuación.

Primero, porque hay muchas cosas que no son de su jurisdicción.

¿Quién podrá exigir que le diga la Iglesia el número de años de latín que ha de estudiarse en el plan de enseñanza secundaria?

Segundo, porque hay muchas cosas sobre las cuales ya ha hablado cien veces la Iglesia, por ejemplo, sobre la libertad de enseñanza.

Tercero, porque hay muchas cosas sobre las que pueden actuar los católicos como ciudadanos, que gozan de derechos sólo por serlo. Tampoco en este caso es preciso aguardar instrucciones de la Iglesia.

Esa actitud expectante puede proceder:

Primero. Del amor a la comodidad. El raciocinio es éste: no lucho mientras la Iglesia no me lo mande. ¡Muy cómodo!

Segundo. De ignorancia religiosa, la cual es notable, no ya en la gente menuda, sino en la más granada y culta. No se sabe religión porque no se estudia. A veces, ni el catecismo.

Tercero. Por falta de ciudadanía. Pues siendo muchas veces derechos ciudadanos, no lanzarse a su ejercicio es inactividad y pereza.

La Iglesia nos quiere dóciles, pero hombres y no niños, necesitados de andadores.

¿Qué soldados son esos que es preciso que a cada paso oigan de sus jefes: apunten. Fuego. Más bajo. Más alto. A la derecha. A la izquierda?

Ésos no son soldados: son maniqués.

Capítulo XV

Unión

II. LA UNIÓN DE LOS AFINES

He aquí el desiderátum de todos los buenos. Son muchos los que se preocupan de hallar el talismán que realice esta gran aspiración. «¡Que hablen los obispos!», dicen unos. Y en efecto, hablan los obispos, y todos dicen que sí, que a unirse... ¡y nada! «¡Que lo mande el Papa!», suspiran otros. Y lo manda y lo vuelve a mandar y todos acatan sus palabras..., y la unión no parece por ninguna parte. «¡Que venga la persecución!», piden otros; que ésa sí que une, por el instinto de defenderse. Y viene la persecución e incendia templos y despoja a las órdenes religiosas y suprime su enseñanza y... lo mismo que antes.

Como es un asunto tan grave, daremos nuestra opinión.

- 1. La unión no se hará discutiendo**
- 2. Ni por mandato tampoco**
- 3. A palo limpio, menos**

A palos se puede hacer callar; unir a palos no se puede.

La unión es cosa de las almas, porque consiste en la igualdad de las ideas y de los deseos.

Fusilando a quien piensa de distinto modo no se llegaría nunca a un estado en que todos pensáramos del mismo modo.

Ése fue el plan marxista; pero en absoluto equivocado. Si el comunismo hubiese exterminado a todos los hombres de derechas,

de debajo de las piedras hubieran surgido derechistas. La sangre de los mártires es semilla de mártires, entre católicos y no católicos.

4. Para unirse, lo primero, actuar intensamente

Proponemos que los sectores que deseen la unión se callen y no hablen nada de unión; que trabajen, que organicen, que formen hombres, que den mítines, que celebren asambleas, que funden periódicos, y, sobre todo, que ataquen al enemigo común. ¡Y ya está la unión! Porque esos sectores se llevarán tras sí las multitudes, hartas de fantasías y hambrientas de realidades y de actuación, fuerza y organismos que defiendan lo divino y lo humano. Y los que no actúen así se quedarán con sus programas, pero sin el pueblo y, lo que es más, sin muchos de sus propios partidarios.

Ésta es la unión de las masas con los jefes, la fundamental, sin la que importa poco se unan los jefes, seguidos sólo de núcleos insignificantes de partidarios.

En cuanto a la unión de los jefes entre sí, es cierto que cuanto menos actúen menos próximos estarán a unirse; porque quien no trabaja es que no le importa su ideal, o lo considera fracasado, o lo quiere conseguir sólo a fuerza de tertulias.

Si de dos jefes el uno actúa y el otro teoriza, nunca se entenderán; porque el uno vivirá en la realidad y el otro de fantasías. Si dos jefes actúan intensamente, como el trabajo aguza el sentido de la realidad, llegarán, por lo menos, a aceptar ciertas conclusiones de interés común. Si el uno actúa y triunfa y el otro actúa y fracasa, éste se sentirá inclinado a abandonar su táctica y seguir la del que logra el éxito. Actuar, por consiguiente, es el mejor camino de la unión.

5. Lo segundo, ver la posibilidad de una gran organización

La falta de esperanza en una gran organización se fundaba en que ni había acción, ni plan, ni prensa, ni hombres formados, ni dinero, ni nada; ¿quién podía entusiasmarse así?

Hubo, en vez de acción, discusión; en vez de organización, individualismo; en vez de esperanza, desaliento; en vez de estima recíproca, desconfianza y recelo. El día en que se vea la posibilidad de una gran fuerza organizada se habrá dado un gran paso para la unión posible, que no es la de todos, sino la de la mayoría.

Pero una gran organización no es una gran aglomeración. Un rebaño no es una organización, ni un presidio tampoco. Se necesita un ideal común, unos jefes aptos, unos medios definidos, entusiasmo y actividad, satisfacción interior por el bien que se reporta.

6. Lo tercero, un programa popular

Un programa de unión ha de estar al alcance de las multitudes que deben unirse, y para eso ha de ser extraordinariamente sencillo: puntos en que todos coincidan, de interés supremo para todos, divulgados hasta la saciedad. Nosotros hemos visto programas que eran folletos con cuestiones intrincadas absolutamente inasequibles para el pueblo.

Este programa ha de ser además de inmediata realización.

Se puede congregar en torno a un caudillo un núcleo reducido de prosélitos con un programa realizable al cabo de medio siglo; congregar grandes multitudes con esa esperanza lejana, no es posible. No es humano. Están demasiado oprimidos los pueblos por problemas e intereses gravísimos y urgentes para satisfacerse con la ilusión de esos horizontes. No es que se desprecien; es que no interesan por el momento.

Capítulo XVI

Plan

I. ¿QUÉ SIGNIFICA PLAN?

Plan es un orden preconcebido para la consecución de un fin. De su misma naturaleza se desprende la gran dificultad que tiene para nosotros los españoles. Un orden preconcebido significa un estudio maduro de lo que hemos de hacer y eso es penoso para nuestro carácter impetuoso. Significa, además, una sujeción de nuestro espíritu a normas fijas; a las que hay que atenerse para la ejecución.

El plan exige reflexión y sacrificio. Por carecer de este doble espíritu no se crea en España una gran riqueza futura. Entre nosotros serán contadísimas, por ejemplo, las personas que planten pinares para sus nietos. Hacemos al revés, talamos los que nos legaron nuestros padres, aunque los hijos se queden por puertas. No es sólo falta de previsión, es que no queremos sacrificarnos.

Un educador, si quiere formar educadores, ha de carecer de ellos para sus obras actuales en beneficio de las futuras. Es decir, ha de renunciar a su propia gloria en beneficio del sucesor.

El plan ha de tenerse en todo, pero muy especialmente:

En la formación de los hombres.

En la organización de las obras.

En su armonización y coordinación.

III. PLAN EN LA ORGANIZACIÓN DE LAS OBRAS

1. Selección

La selección en el apostolado, en que suele haber amplio campo y libertad, es de importancia suma. ¿Qué normas hemos de seguir?

a) Las obras que producen un bien más universal

Entre un rotativo católico, que influye social y políticamente en los destinos de un pueblo, y un asilo para 500 niños huérfanos, no se debería dudar.

Han de preferirse las obras que favorecen a mayor número, con mayor duración. Una organización de cien maestros católicos es mucho más estimable que un patronato de cien obreros.

b) Las más necesarias

Buena cosa es escribir una historia de España para vindicarla de la leyenda negra; pero si nos pusieran en la disyuntiva de hacer eso o remediar el paro obrero: por humanidad, por mayor bien, por evitar mayores males, habríamos de atender a esta mayor y más grave necesidad.

c) Las que producen un bien más espiritual y permanente

Un seminario para misioneros es obra más excelente que una caja de ahorros o una escuela de instrucción primaria.

Advirtamos que una obra material puede, a veces, ser preferible a una espiritual; a saber: cuando una sea condición preliminar para la otra. Una iglesia puede posponerse a un puesto de la Guardia Civil si, de no existir éste, ha de incendiarse aquélla.

Generalmente se han preferido entre nosotros, no las obras que hacían mayor bien, sino las de nuestro agrado; no las más influyen-

tes, sino las que herían más el sentimiento y el afecto; no las más espirituales, sino las más comprensibles.

2. Caracteres de las obras

La primera característica de nuestras obras ha de ser *la catolicidad*. Hemos conocido muchas escuelas sin apenas catecismo; sin estudio serio de la religión, muchas más; sin práctica de sacramentos frecuentes, muchísimas.

No ha sido por principio, sino por miedo o por desorientación; pero ha sido así equivocadamente. Ni el obrero joven, ni mucho menos el niño, rehúyen la frecuencia de los sacramentos cuando se les cultiva bien.

Nuestras obras han de tener la dosis de religión teórica y práctica que pide su naturaleza, y no podemos defraudársela sino con grave daño.

Hemos visto no exigir el silencio en los Ejercicios espirituales y creer que ni estudiantes de facultad ni luises de una congregación eran capaces de hacer Ejercicios en retiro; que no era posible hacer sindicatos católicos, partidos católicos, teatro y cine católicos; todo, por prevención. La experiencia demostró el error.

Que sean modernas.

Es decir, *que se adapten a necesidades actuales*. Un gran libro sobre el maniqueísmo sería un desacierto. ¡Nos destruyen los ejércitos inmensos de socialistas, y nosotros disparamos contra los maniqueos!

Que sean de la mayor eficacia. De la mayor, no de alguna. No hacerlo, sería contentarse con un molino del Evangelio para hacer competencia a una gran fábrica de cilindros; como si con catapultas hiciésemos frente a los cañones modernos.

Que si son de sacrificio, no lo rebuyamos. Es consecuencia de la condición anterior. Porque la eficacia supone molestias que se rehúyen a toda costa. Se necesita dinero, trabajo, tiempo, exposición, propaganda. Eso se rechaza; pero, en cambio, se pide a las monjas que lo encomienden a Dios.

4. Personal apto

Ni una fábrica, ni un colegio, ni una orquesta se pueden llevar bien con personas ineptas. ¡Ni con aptos, si son insuficientes!

Es el que dirige, si tiene cualidades para ello, el que debe elegir sus colaboradores.

Imponérselos desde arriba, es tanto como matar la obra.

Porque para la colaboración no basta la aptitud: se necesita la identificación con el plan del que dirige, la cordialidad, la unión de las voluntades.

Cualquier obra de organización católica lleva consigo dificultades proporcionales a su importancia. Y si sobre ellas se acumulan las nacidas de la falta de inteligencia entre el que dirige y sus colaboradores, es seguro que sobrevendría el fracaso.

Supongamos que se quiere crear un colegio con principios pedagógicos nuevos. Quien lleve su dirección sabe de sobra los inconvenientes que eso tiene; pero sabe también sus ventajas. Si quien ha de colaborar para llevar adelante la idea se hace cargo de las dificultades y no de los provechos, no habrá familia que mande sus hijos al colegio. Es decir, no habrá obra, por falta de personal apto para él.

El personal apto no es el muy inteligente y muy católico, sino el formado para el caso. O, lo que es lo mismo, se necesita personal con cualidades y preparación.

Un obrero puede ser muy virtuoso y no servir para albañil, aunque sea inteligente. Necesita haber trabajado bien en el oficio.

Muchas obras se vienen abajo por eso. Tienen colaboradores excelentes, pero inútiles.

Busquemos, pues, antes de acometer las empresas, los sujetos que han de llevarla y no nos lancemos a hacernos cargo de ellas sin tener seguridad de que contamos con personas aptas.

En la acción social católica ha habido fracasos. Y se ha sacado la consecuencia funestísima de que eran obras imposibles entre nosotros. No, no son imposibles. Lo que sí lo es es hacer obras sin hombres preparados para ellas.

5. Medios materiales

A un director de orquesta se le pide conocimiento de la música, arte de la instrumentación y estudio de las obras que ha de dirigir; pero que busque dinero para comprar flautas y violines, no. Eso se sale de su esfera.

Pues eso es lo que frecuentemente han de hacer los directores de España.

Y así ocurre que escasean extraordinariamente. Y las obras más.

Nosotros conocemos sujetos designados para organizar obras nacionales a los cuales no se les facilitaron ni los céntimos necesarios para el franqueo de una carta. ¡Una monstruosidad!

¡No puede prosperar así la Acción Católica! Si queremos verla fecunda, dotemos a los organizadores de medios, no suficientes, sino abundantes.

Cuando no hay dinero es preferible que no nazcan las obras a que mueran abortivas.

No fundemos escuelas sino bien dotadas, con material moderno y profesores bien retribuidos; porque si no, tendremos el desecho de profesorado, murmurarán ellos y los de enfrente, enseñarán mal y nos desacreditaremos nosotros.

Y para dotarle bien, entendamos que eso no es cosa del obispo.

Aquí todos cargamos la responsabilidad sobre cualquiera.

El gobierno es el que está obligado a todo, ¡pero nosotros!

¡Y no es así! Somos todos y cada uno de los católicos los que hemos de contribuir generosamente a sostener nuestras obras.

Estamos acostumbrados, lo primero, a no dar nada, y, en último término, a dar miserablemente.

Capítulo XVII

Acción

I. HOMBRES DE ACCIÓN

Entendemos aquí por acción católica el ejercicio de la actividad humana en orden a conseguir los fines sobrenaturales y esenciales de la Iglesia.

No restringimos el sentido de la palabra a los límites de la actuación organizada bajo la jerarquía eclesiástica que constituye propia y estrictamente la Acción Católica.

Acción, para nosotros, es sinónimo de apostolado. Es, por consiguiente, mucho más amplio el sentido en que tomamos esta palabra, porque comprende todo acto individual o social, encaminado al triunfo de los principios doctrinales y morales de la Iglesia sobre los hombres y sobre el Estado y la sociedad.

La acción es la fuente de todos los bienes, como la inercia la fuente de todos los males.

En el orden material, el trabajo es la riqueza y prosperidad de los pueblos, así como la indolencia y la pereza es la pobreza y la miseria.

En el orden religioso, la acción, la propaganda, son la vida de la Iglesia, su difusión, su triunfo sobre los individuos y sobre los pueblos.

De ahí la necesidad de la Acción Católica y el empeño de la Iglesia por hacer partícipes a todos los seglares de su espíritu apostólico.

Seamos, pues, hombres de acción y salvaremos a España.

Si somos hombres de acción, nos uniremos; porque viendo que trabajamos, nos seguirán las multitudes, hartas de palabras y hambrientas de obras, que son la única esperanza del éxito.

Si somos hombres de acción, no censuraremos la actuación de los demás, pues sólo el que es hombre de acción aprecia lo que cuesta el trabajo de los otros y es humano en disimular sus desaciertos.

Si somos hombres de acción, obtendremos magníficos resultados en nuestras obras, ya que la acción perseverante es el manantial más fecundo del éxito.

Si somos hombres de acción, tendremos unidad de pensamiento, porque la realidad nos hará a todos concurrir en las mismas afirmaciones.

Si somos hombres de acción, seremos racionalmente optimistas, porque Dios bendice, no los lamentos y las tertulias, sino los sacrificios y los trabajos.

Si somos hombres de acción, daremos nuestro dinero con generosidad, porque nos persuadiremos de que trabajar sin él es perder el tiempo lastimosamente.

Si somos hombres de acción, lucharemos con plan, sin el cual es absurdo pensar obtener ninguna victoria.

Si somos hombres de acción, tendremos sentido común, porque el trabajo aguza el sentido de lo real, y, por consiguiente, no suspiraremos porque perdimos las elecciones la primera vez, ni la segunda vez, ni la tercera vez.

II. DIRECTORES

1. Necesidad de directores

El tiempo, la actividad, el talento de un hombre son cosa tan limitada, que, de ningún modo, puede satisfacer las legítimas aspiraciones de quien quiera influir sensiblemente en la sociedad.

De ahí la tendencia a buscar cooperadores y crear obras que perpetúen el influjo y lo ensanchen dentro de círculos más amplios del que puede abarcar la actividad de una persona.

No todo el que sabe actuar sabe dirigir. Sarasate fue un gran violinista, ejecutor de obras maravillosas; pero no por eso podemos asegurar que hubiera sido un gran director de la Sinfónica.

En España son pocos los hombres de acción, pero son muchos menos los que saben dirigir. Si hubiera más que dirigieran bien, habría muchísimos más que actuaran.

El hombre de acción que aspira a dirigir ha de adiestrarse en el arte de hacer hacer. Y así multiplica su influjo por el número de aquellos a quienes hace actuar.

Hacer hacer es un don que exige dotes de gobierno, prudencia, vigilancia, asiduidad y firmeza de carácter. Y si no se tienen, el puesto de mando se convierte en una ocasión magnífica de que los que han de hacer no hagan nada.

El papel de director es poner derecho lo torcido, ilustrar, corregir, orientar, suscitar iniciativas, estimular, premiar, castigar.

Un director de colegio que se ocupe demasadamente en enseñar matemáticas, por hacer un bien, dejará de hacer otro mayor. Podrá ser un maestro excelente y un director muy malo; enseñar muy bien y hundir el colegio.

El que hace hacer, sin hacer otra cosa, hace más que nadie. Doscientos albañiles construyen una casa y tienen un encargado. Pues él, sin poner un ladrillo, trabaja con las manos de todos.

Cuanto más elevado es el puesto que una persona ocupa en la sociedad, más necesario es el arte de hacer hacer. ¿Qué diríamos si viésemos que el Papa se ocupaba habitualmente en enseñar el catecismo a los niños pobres de Roma? Que hacía una gran obra de misericordia a los niños y dejaba de hacer un bien inmenso a la Iglesia, desatendiendo los problemas trascendentales del mundo. Nadie concibe al director de una gran orquesta tocando al mismo tiempo la flauta.

IV. CONSTRUIR

El socialismo ha actuado destruyéndolo todo: no es, pues, lo mismo actuar que construir. Sería triste pasarse la vida demoliendo lo ajeno, a veces bueno, no construyendo lo propio, aunque no sea lo mejor.

Gritan algunos: «¡Abajo el cine indecente, el rotativo anticlerical, las Casas del Pueblo socialistas, las modas provocativas de las

mujeres, el teatro subversivo, la política izquierdista!»». Está bien; pero con eso no destruimos nada, y si lo destruimos, no lo sustituimos.

El procedimiento ha de ser otro: levantar frente al cine sinvergüenza el cine decente; no el ñoño, sino el hecho con gusto y con talento; frente al rotativo anticlerical, el católico; no el que se lo llame, sino el que lo sea, llámese o no, y tenga difusión e influjo en la sociedad.

Frente a la playa, que es una exposición de desnudos y un peligro y una vergüenza para toda persona decente, la playa de las personas honradas, que no quieren mezclarse con mujeres que parecen cualquier cosa, aunque estén muy lejos de serlo.

El cine, el periódico, las organizaciones sociales, las playas, etcétera, son cosas necesarias; o se ofrecen buenas o se toman malas.

Es, pues, necesario actuar construyendo, y actuar intensamente.

Hay hombres pasivos, ejecutivos, rápidos y de iniciativa.

La vida de muchos hombres es un trabajo que no rinde nada; hacen lo que los albañiles socialistas: un ladrillo y un cigarro. Después de un día de actuar pueden preguntarse: ¿y yo qué he hecho?

En los trabajos de apostolado no es infrecuente la remisión. Y así se han de reducir a una tertulia de aficionados, donde se comenta el suceso político del día.

La esterilidad va unida a la remisión. Si sudasen para hacer la obra, no se satisfarían viéndola infecunda. Subconscientemente piensan: ¡para lo que trabajamos, bien está!

Los que actúan intensamente, aguzan el sentido de la realidad y ven pronto que hacen el ridículo y pierden el tiempo, si no son fructuosos sus actos. Un albañil que trabajase febrilmente y no recibiera un buen jornal, dejaría pronto de hacerlo.

Quien actúa con intensidad busca, por la misma razón, la permanencia del fruto y de la obra.

Tres elementos influyen poderosamente en la estabilidad de ésta: su necesidad, las líneas directrices y la formación de los dirigentes.

Cuando una obra responde a una gran necesidad social, todo empuja a su creación y su permanencia.

Cuando sus bases fundamentales son firmes, la actuación orientada sobre ellas no puede menos de ser eficaz.

Cuando los dirigentes están preparados para actuar, no sólo con ideas especulativas, sino con experiencia, difícilmente dejará de ser su trabajo de efecto duradero.

Hay quien construye cosas tan efímeras que cuando falta su presencia se vienen abajo. Y es que, en realidad, en el fondo no había sino el influjo de un hombre, su prestigio como científico, su oratoria, pero no una construcción sólida y perdurable.

V. MÉTODOS NUEVOS

¡Qué bonito papel haríamos si ante una invasión extranjera, saliéramos a su encuentro armados de flechas y catapultas!

Nuestros adversarios nos combaten con formidables instrumentos de propaganda modernos: la prensa rotativa, el cine sonoro, la radio, las organizaciones socialistas, la universidad atea, las editoriales pornográficas, la escuela laica.

Nosotros, muchas veces, les contestamos con revistillas miserables, con tocar las campanas de la iglesia, con asociaciones de obreros, en que se les regala un vale; con meterse el sacerdote en el confesonario a esperar si alguien acude por casualidad.

VI. LO QUE NO SE DEBE HACER

En presencia de los males que aquejan a la Iglesia, hay muchos que se interesan por ella. Pero son pocos los que de hecho hacen algo positivo y eficaz. La mayor parte se contentan con... puerilidades. Entre ellas se pueden enumerar las siguientes:

- 1.^a Lamentarse.
- 2.^a Hacer muchos proyectos.
- 3.^a Esperar un hombre providencial.
- 4.^a Poner la confianza en lo que hagan los demás.

- 5.^a Entusiasmarse con estos augurios: «Se dice... Se espera...».
- 6.^a Esperar la resurrección del hundimiento de todo.
- 7.^a Criticar los desaciertos de los que actúan.
- 8.^a Verlo todo negro y comunicar el pesimismo a otros.
- 9.^a Poner la esperanza en una recomendación al presidente por medio de un primo segundo del presidente.
- 10.^a Querer que las mujeres luchen varonilmente mientras los varones descansan femeninamente.
- 11.^a Llenar pliegos de firmas para protestar con todo respeto.
- 12.^a Llamar a los obreros socialistas para que construyan nuestras iglesias y luego las vuelvan a quemar.
- 13.^a Empeñarse en demoler lo bueno sin construir lo mejor.
- 14.^a Querer una organización política sin base de organización social.
- 15.^a Luchar en el siglo XX con las armas del siglo IV.
- 16.^a Empezar obras sin hombres preparados para ellas.
- 17.^a Poner el mismo empeño en educar a un tonto que en educar a un genio.
- 18.^a Esperar que al socialismo se le destruya con hojitas de propaganda.
- 19.^a Educar a los obreritos hasta los doce años y abandonarlos precisamente en esa edad.
- 20.^a Trabajar a salga lo que saliere, sin plan ni coordinación de esfuerzos, etc.

VII. LO QUE SE DEBE HACER

- 1.º Dar dinero para toda clase de propaganda católica.
- 2.º Aceptar un puesto en la movilización civil.
- 3.º Acudir a los mítines católicos cuando hay peligro de palos.
- 4.º Sostener escuelas primarias o profesionales.
- 5.º Pagar un buen sueldo a un propagandista obrero.
- 6.º Declarar el boicot a las casas que se anuncien en los periódicos anticlericales.
- 7.º Celebrar mítines con pocos, buenos y enérgicos oradores.

- 8.º Fundar sindicatos no sólo antimarxistas, sino católicos, llámense así o no se lo llamen.
- 9.º Ganar una cátedra de universidad o de instituto.
- 10.º Costear una cama en un dispensario para un obrero.
- 11.º Dedicarse a la formación de dirigentes.
- 12.º Pagar la carrera a un seminarista o un maestro de espíritu y talento.
- 13.º Asociar en cristiano a niños y jóvenes de clase humilde, como vendedores de periódicos.
- 14.º Consagrarse al apostolado en la Asociación de Propagandistas.
- 15.º Dar trabajo a los obreros católicos.
- 16.º Luchar por la libertad de enseñanza.
- 17.º Escribir un buen libro.
- 18.º Organizar un teatro decente y artístico.
- 19.º Organizar el boicot contra los cines inmorales.

VIII. UN HOMBRE, UNA OBRA

Es un absurdo que los directores de la Acción Católica consagren a su trabajo ratos perdidos.

Un banquero se entrega a su negocio todo el día; un político izquierdista, si quiere hacer algo de provecho para el partido, le dedica el día y parte de la noche; un hombre de ciencia no deja sus libros ni un momento, fuera de las horas precisas para comer y dormir; pero un director de una obra católica basta muchas veces con que se ocupe de ella una horita o dos a la caída de la tarde. Es un absurdo. Será necesario muchas veces remunerarle bien, para que pueda despreocuparse del problema de la vida, y para esto se necesitará que el plan general del apostolado católico cuente con que ha de tener recursos abundantes para estos casos. ¿Se hace? Pues habrá organización en todos los órdenes. ¿No se hace? Pues no la habrá.

Más aún: el director ha de entregarse a una sola cosa. El lema un hombre, una obra, es evidente; porque si divide su atención en

unas cosas y en otras, quizás en todas haga algún bien; pero unas obras vivirán a expensas de las otras. El sacerdote que quiera educar, que se consagre a educar; el que quiera predicar, que no haga otra cosa; de lo contrario, se figurará que hace dos obras completas: educar y confesar, y no hará sino educar a medias y confesar a medias; hacer mal una cosa muy buena por intentar hacer dos.

De ordinario nos figuramos que aumentamos el bien multiplicando el número de nuestras obras. No es exacto. Un sujeto al frente de una docena de asociaciones podrá hacer menos que al frente de una sola, con tal de que esa sola asociación forme un núcleo de selectos, para lo cual es necesario tiempo, atención y estudio, que no se puede consagrar cuando las obras son muchas.

Ser un matemático notable y recorrer el mundo para ver sus museos de pintura, no puede ser. Cuando observemos que un sujeto le da la vuelta al orbe y se llama astrónomo o teólogo, podemos estar ciertos de que no hay nada de eso: sencillamente, porque no puede ser. No da para tanto la correa humana. O una cosa u otra: o filósofo o turista.

No sólo debe buscarse un hombre para una obra, sino hallar el hombre para ella. El hombre es el dotado de todas las cualidades precisas para ella. Ésta es toda la dificultad, y en resolverla hay que poner todos los esfuerzos antes de comenzarla. Cuando se encuentra al hombre, se ha encontrado todo, porque él hallará la solución para todo.

A nosotros nos aqueja el mal de no preocuparnos por el hombre, sino de poner un hombre.

Son a veces hombres de grandes cualidades, a quienes falta alguna necesaria. Y por faltarles esa única cualidad son inútiles para sus cargos. Un gerente de una fábrica puede ser inteligente, activo, emprendedor, hombre que conoce perfectamente el negocio; pero si descuida la administración, por ese solo portillo se le irá el dinero. No es el hombre. Un director de un colegio puede ser culto, pedagogo, laborioso; pero si es un erizo para los niños y profesores, cerrará las clases. No es el hombre. Un hombre de gobierno tendrá tal vez mucha ciencia, mucho carácter, mucho trato; pero si es impetuoso y agrio, no servirá para gobernar. Tampoco éste es

el hombre. En los tres casos faltó una sola cualidad, pero necesaria. Y por serlo, siendo hombres de grandes cualidades, no sirven para sus puestos. No es que sirven poco; es que no sirven nada. Y si por considerar que tienen cualidades excelentes se les pone al frente de las obras, sucederá, no que éstas marchen regularmente, sino muy mal.

Capítulo XVIII

Pasividad

I. EL HOMBRE PROVIDENCIAL

Yo soy el hombre destinado por la Providencia para salvar a España.

Yo, el católico consciente y previsor, que sabe asociarse para todo, ni más ni menos que lo supo cualquier zapatero sindicalista.

Yo, el español con vergüenza decidido, para defender sus derechos, a usar todos los medios legales, los puños inclusive.

Yo, el ciudadano que no se satisface con indignarse contra los pasquines blasfemos y clandestinos, sino que además tiene coraje para arrancarlos.

Yo, el padre de familia que sabe sufrir las molestias de una denuncia contra las publicaciones obscenas que se venden en los quioscos.

Yo, el joven católico que tiene el valor de patear una representación en que se escarnece la religión, la patria y la familia.

Yo, el patriota que vota en las elecciones al mejor candidato.

El que administra los negocios públicos de un modo intachable.

El que paga lealmente sus contribuciones.

El que sostiene su prensa generosamente.

El que no perdona fatigas para llevar con su palabra la luz del Evangelio al mundo, seducido por miserables embaucadores.

El patrono que trata a sus obreros como a hermanos, con amor y con justicia.

El periodista, el literato, el obrero, el militar que cumple sus deberes profesionales y no oculta sus convicciones, sino que las defiende y propaga ante cuantos le cercan.

Si yo hago eso, es decir, si tú lo haces, o lo que es lo mismo, si lo hacemos todos, no hay necesidad de más hombre providencial.

Gobernaremos el país a las mil maravillas.

Habrá un ejército glorioso, y una magistratura admirable, y unos políticos que no habrá más que pedir, y unos obreros que serán el ideal del ideal.

¿No hago yo eso? ¡Ah!, pues es inútil el hombre providencial.

III. INHIBICIÓN

Es un error que los católicos se abstengan de tomar parte en la dirección, no sólo de la política, sino de todas las actividades de la vida nacional en que trabajan sus enemigos. La inhibición es fruto generalmente del pesimismo, y además, de la falta de espíritu de sacrificio. A veces, es ignorancia de los problemas morales; creemos que nos contaminamos cooperando con otros de diversas ideas. El resultado es siempre el mismo; dejar dueños del campo a los enemigos. Los enemigos de la Iglesia asaltan todas las fortalezas; la política, la administración, las universidades, las academias. Y los católicos se inhiben. ¡Pues ya se sabe lo que será de nosotros! Es necesario ir a la lucha, por deber y por instinto de conservación.

Pero si no ir a ella es una equivocación, ir a ella sin preparación y sin plan es peor. Un soldado que intente él solo tomar una fortaleza enemiga es un demente. Un católico que hubiera querido él solo conquistar el Ateneo era otro, no menor, que el primero.

Se necesita un plan de conjunto, en que entren tantos que puedan combatir con gloria. Y además, preparación, es decir, un núcleo selecto de hombres de talento, y preparados para sus puestos.

¿No vemos cómo los católicos pudieron apoderarse de la Academia de jurisprudencia, de la de Medicina, del Colegio de Abogados, que antes estaban en manos de izquierdistas? Lo que consiguieron las vejaciones de un gobierno, ¿no lo hubiera podido realizar antes la acción de los que después triunfaron tan gloriosamente?

Desgraciadamente hemos seguido la norma de la abstención; y cuando no, hemos pecado de incautos. Si la fortaleza de una insti-

tución está tomada de un modo que no es posible llegar a su conquista, sino que por razón de su reglamento y la manera de elegir sus miembros se asegura el espíritu hostil a la Iglesia, entonces ingresar en las obras es candor de paloma. Nuestros enemigos solicitan a veces nuestra cooperación en estas obras con un interés vivísimo; es que quieren cazarnos y que les sirvamos de cimbel para coger a otros. Así hemos visto ejemplos deplorables de católicos ilustres que figuraron en organismos de la Institución Libre y que sólo sirvieron de reclamo y tapadera.

El plan consiste muchas veces en preparar el triunfo. De un general que no quisiera comenzar una guerra hasta estar seguro de dar una gran batalla y ganarla, diríamos que era un pésimo general; porque desconocía la necesidad de entrenar sus tropas en escaramuzas, de conocer a los jefes, de darse cuenta de las condiciones del enemigo, de conocer el estado de los servicios. Pues un jefe político que se abstuviera de la lucha electoral por temor a la derrota, sería tan pésimo como el pésimo general; porque la lucha electoral es siempre un entrenamiento de las fuerzas, un recuento de ellas, un medio de conocer el valor o las deficiencias de las organizaciones. Pero hay que formar la conciencia de las masas declarándoles el verdadero objetivo de la lucha, que a veces no es la victoria inmediata, sino la preparación para ella. Y así las masas no sufrirán una desilusión, que podría perjudicar a la causa.

IV. HACER QUE SE HACE

Da pena ver a ciertos hombres buenos, pero completamente desorientados. Quieren hacer algo; no saben qué. Y como no tienen preparación para actuar, proyectan una inutilidad y se entusiasman. Y viene el fracaso y desaparece lo proyectado, y ni se dan cuenta de que aquello que se hundió no sirvió para nada. Y encima lo ponen en su haber como una gran partida.

Cuando se hace que se hace, todo es bombo y platillos. Ya que no se hace nada, por lo menos que parezca que se hace mucho. En una graciosa piececita cómica moderna, sale a la escena un sujeto

que se finge director de orquesta: hace que toca el clarinete, pero no lo toca; es otro el que dentro de bastidores hace las maravillas.

Hay tipos de estudio, a quienes devora el ansia de exhibición, que crean una obra inútil para hacerse a sí mismos presidentes, que bullen con una actividad incansable para traer al retortero a toda la aristocracia y a todas las autoridades, que se confieren a sí propios el honor de dirigir la palabra en las asambleas pergeñadas a fuerza de visiteos, y que, en último término, no sacan de toda esta acción estéril sino el gusto de bombearse a sí propios.

La señal más inequívoca de que trabajamos con eficacia es que nos combatan rudamente. ¿Los anticlericales atacan sañudamente la enseñanza católica? Luego es una gran obra de la Iglesia. ¿Persiguen con ensañamiento a las órdenes religiosas? Luego son fuerzas terribles para ellos.

Yo pertenezco a una entidad que, a mi juicio, es trascendental y tiene una fuerza avasalladora; pero no preocupa a los adversarios de la religión. ¡Ah!, pues mi predilecta asociación, o lo que sea, no sirve para nada; hace que hace. El odio de los enemigos da la medida del daño que les hacemos.

Hacemos que hacemos cuando las obras surgen por arte de encantamiento. Mirad lo que ocurre con un prestidigitador. Coloca la chistera en una mesa; coge un huevo, lo parte y lo echa en ella, coge otro y hace lo mismo. Toma la varita mágica, da unos golpecitos y saca del fondo una tortilla. ¡Ca! No la ha hecho, ¡sí no ha tenido tiempo! Hacía que hacía. Una juventud católica de 20.000 jóvenes en un año, no puede ser. A lo más, serán nombres escritos en unas listas, una junta, un domicilio, unos impresos, unas invitaciones a las autoridades, unos discursitos y unas notas a la prensa. Total, nada.

La indiferencia de los buenos, ante la desaparición de una obra, es otra señal de que con ella no se hacía cosa positiva. Cuando nuestra acción es provechosa y se concreta en una entidad útil a la sociedad, las raíces que han penetrado en ésta se cortan con mucho dolor. Por consiguiente, si los católicos contemplan sin pena el paso a mejor vida de una institución o sociedad cualquiera, es que ésta no interesaba al pueblo, es que en ella se hacía que se hacía.

Hay muchos modos interesantes de hacer que se hace:

Querer lo mejor, criticar lo bueno y no conseguir nada.

Quitar a una asociación sus elementos para hacer con ellos otra asociación similar.

Dar mítines católicos a obreros socialistas.

Intentar vencer a la revolución desde las tertulias y los banquetes.

Nombrar el comité de los trece, la comisión de los cinco y la asamblea de los cincuenta.

Hacer que los obreros estudien apologética, cuando no saben el resumen del Ripalda.

Hablar a los hambrientos del infierno y de la gloria.

Echar discursos a los niños para enseñarles y tenerles rabiando para educarlos.

Publicar en los periódicos columnas y columnas de actos religiosos.

Meter en una asociación a los que piensan blanco y a los que piensan negro.

Trabajar en una obra católica con vividorcillos políticos.

Meter en una misma asociación a obreros, estudiantes, empleados y militares.

Predicar novenas con teologías profundas, etc.

Pero además hay otros procedimientos especiales de hacer que se hace. Enumeremos algunos:

V. LAS JUNTAS

En España, la vida de una asociación es inversamente proporcional al número de sujetos de su junta directiva. ¿Tiene diez directivos? Pues hace la mitad que si tiene cinco. Naturalmente que llegará al colmo de la actividad cuando tenga un hombre. Un hombre para cada obra; ése debe ser el lema. Un hombre inteligente, entusiasta, sacrificado, activo, con sentido práctico, en fin, un hombre. ¿No lo hay? Pues no habrá obra, ni se hará nada y menos cuantos más directivos haya.

VII. LOS CONGRESOS

Un congreso debe ser cosa utilísima, pero puede ser cosa inútil; un modo de hacer que se hace. Entre nosotros los hay fecundos; estériles, muchos más. Hablamos de los congresos en general, literarios, científicos, educativos, etc.

Tres, cinco días, con sesión mañana y tarde, lecturas de sabias ponencias, discusiones vivas, conclusiones, y unos magníficos discursos de clausura: son algo con que se da la sensación de actividad y de provecho. Y en efecto, concluida la asamblea, cada cual se va a su casa, a esperar la Memoria del congreso. La cual llega (hay ejemplos, antiguos y modernos) a los dos años con toda puntualidad.

Mientras tanto, los congresistas olvidan las conclusiones y se dedican a la dulce tarea de hacer cada cual lo que le da la gana, o a no hacer nada, que es nuestra ocupación más favorita.

Sin embargo, no seamos pesimistas; porque los socios se ilustran mucho, viendo museos, mejoran de salud con las excursiones a los alrededores, los ponentes lucen sus dotes de inteligencia y cultura, los oradores arrancan ovaciones, los espectáculos se ven más concurridos, y con la Memoria, los autores de los trabajos, al cabo de los años, se recrean leyendo en letra de molde cada cual su propio escrito. ¡Cuántos provechos de un golpe!

Para el éxito rotundo no hay necesidad de aconsejar las cosas siguientes:

Es imprescindible que los temas y las ponencias sean tantos, que no haya tiempo material para tratarlos; como suele suceder.

Lo mismo decimos de las conclusiones, cuantas más se saquen mejor. Que se pueda hacer con ellas un folletito.

Los congresos deben sólo celebrarse de tarde en tarde; así las cosas parecen nuevas y no se fatigan demasiado los asistentes.

Ha de ponerse exquisita diligencia en que a nadie se le ocurra la peligrosa idea de pedir al comenzar el congreso una breve Memoria de lo actuado desde el congreso anterior.

La elección de los oradores que han de clausurar las sesiones, pide sean hombres de palabra fácil, selecta; pero, sobre todo, que no sean especialistas.

Hablemos con sinceridad. No podemos vanagloriarnos de ser exclusivos en la celebración de congresos de esta naturaleza. También los congresos internacionales nos dan ejemplo de banquetes, excursiones, visitas a espectáculos y demás métodos de aprovechar el tiempo.

VIII. LAS OBRAS-ASILOS

Apenas corre la noticia de que se va a fundar una obra, el presidente se ve abrumado con cartas como ésta:

«Mi querido Pepe: Te recomiendo eficazísimamente al dador. Con decirte que es un excelente católico, padre de diez hijos y por añadidura cojo y sordo, me parece que he dicho bastante para que lo coloques.

Un abrazo de tu buen amigo,
Juan».

Otra carta:

«Queridísimo Fernando: Enhorabuena por tu cargo. De veras que me he alegrado de tu nombramiento, entre otras causas, para que ejercites tu caridad con los desgraciados.

Hace un año me viene persiguiendo el dador de la presente y espero me libres de esta pesadilla. Dale cualquier cosa, que de fijo se contenta con ella. No sabe leer ni escribir; pero es un alma de Dios. Está delicado de salud, no sé si herido del pulmón, y hay que procurar que no se canse, ni se esfuerce, ni se enfrie.

Tu amigo que te abraza,
Paco».

Y ahora vamos al presidente. Si se entenece, llena la obra de inútiles y la mata y falta a sus deberes de justicia para con los accionistas que le confiaron sus intereses. Es decir, convierte en un asilo de desgraciados lo llamado tal vez a ejercer un influjo religio-

so, social o político de primer orden. Y por añadidura, los asilados se quedan en la calle, porque como son inútiles, ellos mismos matan la obra.

X. DEJAR HACER

No hacer nada, pero desear que el vecino lo haga todo, es cómico. Que unos caballeros descarguen en las señoras el peligro de recoger firmas es el colmo de lo valiente y lo ridículo. Pero al fin, dejan trabajar y desean se trabaje: lo trágico es no dejar hacer.

No sólo trabajando se puede hacer, sino dejando hacer. Cuando, en el famoso cuento de la cucaña se nos pinta tirando de los pies al que va subiendo, por lo visto, no nos es tan fácil a los españoles dejar que otros trabajen.

Hay muchas maneras de dejar hacer.

1. Dejar hacer a los que trabajan en nuestro propio campo con espíritu y orientación

¡Cuántas obras magníficas se han visto fracasar por impedir que trabajen los demás! Cinco veces, nos decía un organizador, nos han echado abajo el sindicato. ¡Cinco veces! Y eso, los amigos, los que en muchos años no habían podido hacer nada. Y es que ocurre lo siguiente: se pasan lustros y lustros sin que a nadie se le ocurra una idea provechosa. Pero viene un hombre de iniciativas y concibe una empresa y comienza a ejecutarla. Lo que era un lago tranquilo se convierte en un mar tempestuoso. ¿Cómo se entiende?, dicen los de abajo. Y despellejan al desgraciado que ha tenido la osadía de querer hacer algo. ¡Abajo!, dicen los émulos, los que tal vez proyectaron algo parecido y no lo supieron hacer. ¡Alto!, dice la autoridad. Eso no se puede hacer sin sus trámites debidos. Total: se examina el plan, se discute, se le dan largas, se le ponen condiciones al autor y se acaba por no dejar hacer nada. En unos es molestia, porque ven que otros trabajan, mientras ellos se dedican a

holgar. En otros es envidia, porque ven que otro va a sacar adelante lo que ellos no pudieron. Y finalmente, en la autoridad es a veces falta de orientación. Y así, en vez de estimular las iniciativas, las mata.

Las mata, o porque estorba que se actúe, o porque ella lo quiere hacer todo; hombres absorbentes que se figuran que sólo ellos saben organizar; personas inútiles como gobernantes, cuya cualidad más excelente consiste en estimular las actividades de los de abajo, dándoles un margen amplio de movimientos, a fin de que trabajen con gusto y demuestren sus aptitudes; frecuentemente jóvenes que mandan antes de tiempo y ven sus éxitos y los exageran y se creen que lo saben todo y lo pueden todo y no necesitan de nadie, ni quieren en su engrimiento que nadie descuelle, con lo que se hacen insufribles e intolerables.

2. Dejar hacer a los enemigos

Cuando en un teatro se representa una obra irreligiosa u obscena, el método corriente de combatirla de las personas decentes es muy sencillo: no asistir. Con no asistir, y dejar que se ponga en escena centenares de veces y que se envenenen los demás, ¡el colmo del deber cumplido!

Los indecentes e irreligiosos aplauden a rabiar... ¡Claro; están en su derecho! Ejercitan la libertad de pensamiento, la libertad de reunión, la libertad de conciencia... Y los decentes y honrados también están en el suyo: en el derecho a no molestarse por la decencia pública, en el de no meterse en líos para evitar que se hunda la sociedad...

Parecería natural que tuviéramos derecho a que no se ultrajasen públicamente nuestros sentimientos religiosos y, por consiguiente, a manifestarlo así. Pero los demasiado prudentes se espeluznan y exclaman: ¡Oh! ¡Ante todo, la corrección y la legalidad!

Mas lo que sucede es que si los osados se desenfrenan y los decentes se callan y la autoridad se inhibe, prácticamente la calle y la plaza y los espectáculos quedan en poder de los enemigos del or-

den. Es decir, que si no cabe la protesta fundada, pero pacífica, será necesario que emigren de la tierra los ciudadanos decentes.

Para los demasiado legalistas, es un consuelo pensar que protestar sería peor que aguantarse; dar aire al incendio. Es un consuelo. Le pegan a uno cuatro palos; pues mejor es que los reciba con resignación que no exponerse a que le den ocho.

Sin embargo, resignarse es dar aliento al enemigo para que multiplique los golpes. ¿Hay leyes? Pues exigir que se cumplan. Lo segundo, protestar ante la autoridad, como quien exige su derecho, con tenacidad y energía. Lo tercero, acudir a la prensa, hablando recio, para que se entere el mundo. Y lo cuarto, y lo quinto, y lo sexto, usar de todos los medios morales y físicos que conceden las leyes divinas y humanas; todo menos callar y aguantarse para no dar aire al incendio. Es decir, todo menos creer que un incendio crece si se echa agua a las llamas y se apaga si no se echa.

3. Dejar que cada cual haga lo que se le antoje, o no haga nada, según le venga mejor

Con este método tan sencillo se lesionan la justicia, la caridad, el orden, la disciplina, el trabajo y la satisfacción interior. Eso y no haber autoridad es lo mismo.

4. Dejar que la autoridad consienta el atropello de víctimas inocentes

Es el sistema de combatir la revolución que se siguió con los religiosos cuando la quema de los conventos.

Lo primero fue avisarles caritativamente que no tuvieran armas, no para evitar que se defendiesen, ¡claro está!, sino para no enfurecer a los incendiarios.

Lo segundo, ordenar a la fuerza pública que dejase a los criminales saquear e incendiar. Era un desahogo consentido al pueblo para que, contento con eso, no degollase a los frailes.

Lo tercero, que si los religiosos o sus amigos defendían algún convento, la autoridad encarcelase y multase a los asaltados.

Lo cuarto, no abandonar el mando, como protesta, a pesar del incendio de los conventos.

Lo cual dicen que no fue desamparar a los inocentes, sino habilidad política y misericordia no agradecida. ¡Qué hubiera sido de los restantes conventos de España si no se sigue este maravilloso procedimiento! ¡Causa espanto pensarlo!

XI. TENER QUE HACER

Es ley general que no pueden hacer nada los que no tienen nada que hacer.

¿Les sobran todas las horas del día porque tienen aseguradas la subsistencia propia y la de los suyos con superabundancia? Pues éstos son los que no disponen de media hora para consagrarla a promover el bien común y a defender la causa de la religión.

¿Están abrumados de trabajo porque han de procurar la sustentación y el bienestar de sus familias? Pues éstos son los que sacan tiempo de cualquiera parte para defender sus ideales religiosos.

Los mismos hombres de negocios, que no tienen cinco minutos libres al día para honestas expansiones, esos mismos hallarán tiempo para cooperar a las obras católicas. Todos menos los que no tienen que hacer.

Y es que el que no tiene que hacer es un hombre sin ideales que no se da cuenta de que es un soldado obligado a la lucha por su fe; un inconsciente de sus deberes para con la sociedad, de la cual recibe innumerables bienes y a la cual debe una parte de su tiempo y de su actividad.

Por eso, cuando queráis un hombre al frente de una de vuestras obras, no discurráis así: don Fulano, que no tiene que hacer; sino así: don Mengano, que está abrumado de ocupaciones.

Los que no tienen que hacer, o son ricos acostumbrados a no sacrificarse, o son inútiles para el buen desempeño de cualquier puesto de responsabilidad.

XV. ACADEMIA DE ELOCUENCIA RECREATIVA

Tácticas contra el comunismo

Son muchas y muy fecundas.

La primera es hacer un estudio profundo de la esencia metafísica del comunismo.

La segunda es hacer una historia documentada de sus orígenes, su desarrollo, su estado actual, sus funestísimos efectos.

La tercera, celebrar un cursillo de ocho días, con ponencias eruditas sobre las diversas especies de comunismo.

La cuarta, celebrar un curso superior sobre los diversos modos de combatir el comunismo.

La quinta, reunir una asamblea nacional para oír el parecer de las diversas regiones acerca del estado en que el comunismo se encuentra en cada una de ellas.

La sexta, crear una asociación cuyo fin sea combatir el comunismo poniéndose en el ojal de la americana un distintivo con ese letrero: anticomunista.

¡Qué fecundos son muchos españoles en hallar remedios eficaces contra los males de la Iglesia y de la patria!

Con eso y lucir unas banderas, y celebrar de cuando en cuando una misa de campaña, ya podemos descansar tranquilos, pensando en que sobre el sepulcro del comunismo se pueden poner las con-sabidas palabras: *requiescat in pace*.

